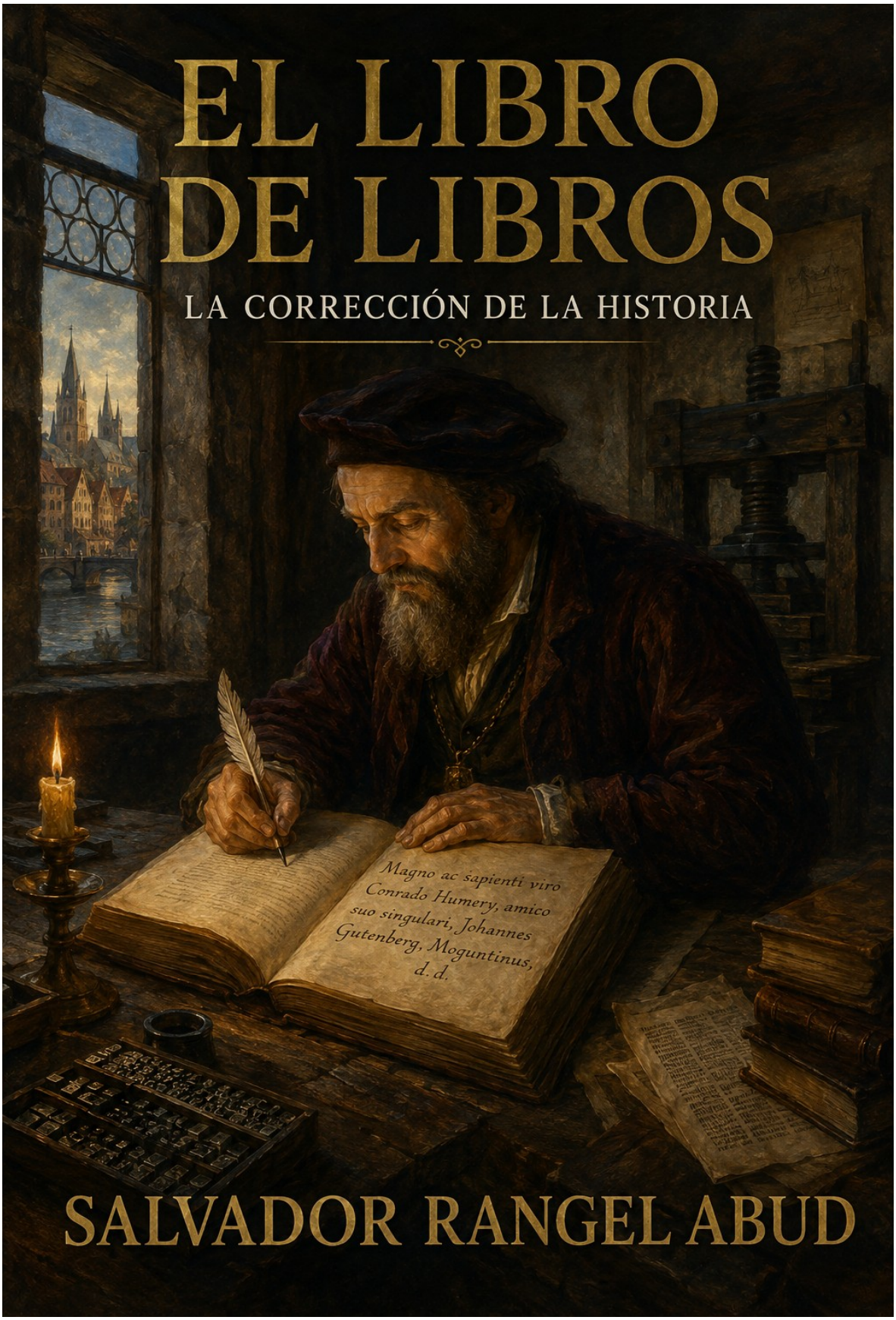
EL LIBRO DE LIBROS
LA CORRECCIÓN DE LA HISTORIA
Magno ac sapienti viro Conrado Humery, amico suo singulari, Johannes Gutenberg, Moguntinus, d. d.
SALVADOR RANGEL ABUD

EL LIBRO DE LIBROS

La corrección de la Historia

Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

En octubre de 2024, durante la restauración del palacio Metternich en Coblenza, un derrumbe accidental revela un compartimento secreto sellado en el siglo XIX. Dentro, en el fondo de un arcón de roble, Elena Vancea, restauradora rumana, encuentra un volumen de piel tosca y sin ornamento que resulta ser una Biblia de cuarenta y dos líneas. En las hojas de guarda, oculta durante siglos, hay una inscripción manuscrita de cuatro líneas en latín: la única dedicatoria autógrafa que Johannes Gutenberg dejó en su vida, dirigida a su amigo y acreedor Konrad Humery. Lo que comienza como un hallazgo arqueológico se convierte en una investigación que enfrenta las técnicas científicas más avanzadas del siglo XXI contra el escepticismo riguroso de la academia, los intereses del mercado del arte y los engranajes de la burocracia cultural alemana. Paralelamente, la novela reconstruye el arco histórico completo: el juicio de 1455 que arruinó a Gutenberg, la rehabilitación tardía de 1465, la muerte de Johann Fust en París en 1466, y la noche de 1467 en que un hombre viejo y sereno escribió cuatro líneas en un libro que sabía que duraría más que él. Una novela sobre la verdad, la paciencia y la manera silenciosa en que la historia se corrige a sí misma.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta obra contiene reconstrucciones históricas de hechos documentados del siglo XV, incluyendo procedimientos judiciales, secularización de monasterios durante la campaña napoleónica en la Renania y debates académicos de alta tensión intelectual. Los personajes históricos —Johannes Gutenberg, Konrad Humery, Johann Fust, Peter Schöffer y Adolf II von Nassau— son reales y su caracterización se basa en las fuentes históricas disponibles. Los personajes contemporáneos son enteramente ficticios. La única libertad narrativa de carácter factual es la existencia del ejemplar dedicado de la Biblia de cuarenta y dos líneas: todo lo demás está documentado. Apta para lectores adultos con interés en historia del libro, filosofía del conocimiento y novela histórica rigurosa.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctor en ciencias, además de escritor aficionado. Con más de doscientas dos novelas publicadas, su obra narrativa abarca la novela histórica, la novela didáctica, la desmitificación biográfica y la ficción genealógica. Su práctica clínica

activa en Xalapa de Enríquez, Veracruz, informa tanto su trabajo académico como su escritura, en la que la precisión científica y el rigor documental son condiciones no negociables. Pertenece a la tradición de los escritores-médicos latinoamericanos que encuentran en la literatura un instrumento para comprender lo que la ciencia puede explicar pero no siempre puede narrar.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El libro de libros. La corrección de la Historia

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Novela histórica

Subgénero: Thriller académico / Novela de investigación científica

Estructura: Prólogo + 18 capítulos + Epílogo

Ambientación: Maguncia y Renania (siglo XV) / Coblenza, Hamburgo, Berlín, Oxford y Maguncia (2024-2026)

Palabras aproximadas: 46,000

Idioma original: Español

País de origen: México

Primera edición: 2025

Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Esta novela nació de una pregunta que la historiografía oficial no había considerado necesario hacerse: si Konrad Humery custodió legalmente el material de imprenta de Gutenberg tras su muerte, ¿es posible que custodiera también algo más? La respuesta que construí es ficticia. Todo lo que la rodea no lo es. El instrumento notarial de Helmasperger existe. El nombramiento de Gutenberg como Hofmann del arzobispo Adolf II von Nassau en 1465 existe. La muerte de Johann Fust de peste en París en 1466 existe. Los cuarenta y nueve ejemplares conocidos de la Biblia de cuarenta y dos líneas existen, distribuidos en los archivos que esta novela menciona. Las técnicas científicas que emplean Elena, Adler y Lin —imagen multiespectral, fluorescencia de rayos X en sincrotrón, análisis paleográfico computacional— existen y funcionan exactamente como aquí se describen. El mapa de Vinlandia y su historia son reales. Lo único que no existe es el libro de Humery. Me pareció el único tipo de mentira que vale la pena contar: la que está hecha enteramente de materiales verdaderos.

LICENCIA

Esta obra está publicada bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución del texto original siempre que se cite al autor, se indique la licencia y no se utilice con fines comerciales ni se generen obras derivadas sin autorización expresa del autor. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

---

PALABRAS CLAVE

Gutenberg · Biblia de 42 líneas · incunable · arqueometría · paleografía computacional · inteligencia artificial en humanidades · sincrotrón · autentificación de manuscritos · historia del libro · Renania · Maguncia · Coblenza · novela histórica · Konrad Humery · Johann Fust · secularización napoleónica · mapa de Vinlandia · patrimonio cultural · historia de la imprenta

---

TEMAS PRINCIPALES

La naturaleza de la verdad histórica y sus mecanismos de corrección. La tensión entre el rigor científico y la presión institucional. El valor del anonimato como estrategia de supervivencia cultural. La colaboración involuntaria a través de los siglos: cómo los actos parcialmente ciegos de personas separadas por generaciones pueden producir resultados que ninguna de ellas planeó. La paradoja del genio que no puede administrar lo que inventa. La diferencia entre un final y una conclusión. El conocimiento como organismo vivo que se reproduce más allá de quien lo genera. La inteligencia artificial como herramienta que no reemplaza al juicio humano sino que lo obliga a ser más preciso sobre sus propios límites.

CITAS DESTACADAS

"Las cosas que no parecen nada sobreviven mejor que las que parecen mucho."

"El hallazgo extraordinario no requiere evidencia ordinaria. Requiere evidencia extraordinariamente verificada."

"El invento no era suyo en el sentido de la propiedad. Era suyo en el sentido de la responsabilidad."

"Los pies de página son, con demasiada frecuencia, el lugar donde la historia real se esconde."

"La historia, como el conocimiento que Gutenberg ayudó a multiplicar, no termina. Se corrige."

"Cuatro líneas. Y habían tardado quinientos años en llegar a donde tenían que llegar."

COMPARACIONES LITERARIAS

El libro de libros dialoga con la tradición de la novela histórica de investigación que Arturo Pérez-Reverte estableció en El club Dumas y La tabla de Flandes: un objeto del pasado como motor de una investigación en el presente, con personajes que encarnan posiciones intelectuales más que tipos psicológicos, y un narrador que confía en la inteligencia del lector para seguir el argumento sin simplificarlo. Comparte con El nombre de la rosa de Umberto Eco la convicción de que el rigor erudito y la tensión narrativa no son incompatibles, y que una novela puede ser simultáneamente un ensayo histórico y una historia apasionante. La estructura de líneas temporales alternadas recuerda a El maestro de Petersburgo de J.M. Coetzee en su capacidad para hacer que el pasado y el presente se iluminen mutuamente sin que ninguno de los dos instrumentalice al otro. En el ámbito latinoamericano, la voluntad de construir ficción con materiales históricos verificados enlaza con la tradición de la novela-río de Alejo Carpentier.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Hasta qué punto el entusiasmo científico puede constituir una forma de sesgo tan peligrosa como la negligencia? ¿Qué diferencia hay entre la cautela metodológica y el conservadurismo académico que se resiste a reescribir los manuales?

¿Puede un objeto sobrevivir mejor en la ignorancia que en el conocimiento? ¿Qué dice eso sobre la relación entre el valor y la visibilidad?

La dedicatoria de Gutenberg sugiere que era consciente de la magnitud histórica de su invento. ¿Cambia eso la manera en que entendemos el juicio de 1455 y su derrota ante Fust?

¿Es legítimo que el Estado intervenga un hallazgo arqueológico en propiedad privada? ¿Dónde termina el patrimonio colectivo y empieza el derecho individual?

¿Qué papel juega la inteligencia artificial en la revisión de certezas históricas que la academia ha sostenido durante generaciones? ¿Es un instrumento de democratización del conocimiento o una nueva fuente de autoridad que puede usarse para legitimar o invalidar hallazgos según los parámetros que se elijan?

La novela muestra cómo Humery, Lorie, Lemesurier y McLockey salvaron el libro sin saber exactamente qué salvaban. ¿Puede hablarse de agencia histórica cuando los actores ignoran las consecuencias de sus actos?

CÓMO CITAR

APA 7.ª edición Rangel Abud, S. (2025). *El libro de libros: La corrección de la Historia*. (1.ª ed.). Licencia CC BY-NC-ND 4.0.

Chicago 17.ª edición (Notas y bibliografía) Rangel Abud, Salvador. *El libro de libros: La corrección de la Historia*. 1.ª ed. México, 2025.

Chicago 17.ª edición (Autor-fecha) Rangel Abud, Salvador. 2025. *El libro de libros: La corrección de la Historia*. 1.ª ed. México.

MLA 9.ª edición Rangel Abud, Salvador. *El libro de libros: La corrección de la Historia*. 1.ª ed., 2025.

Harvard Rangel Abud, S. (2025) *El libro de libros: La corrección de la Historia*. 1.ª ed. México.

Vancouver Rangel Abud S. El libro de libros: La corrección de la Historia. 1.ª ed. México; 2025.

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas, entre las que se encuentran proyectos en curso de novela histórica, novela didáctica coral y desmitificación biográfica. Entre sus obras activas destacan *El último rojo del Soviet*, ambientada en la Roma de Ciudad de México y construida en torno al ocaso de la ideología soviética; *Una España siempre en llamas*, reconstrucción coral del arco familiar de la Guerra Civil Española entre 1874 y 2024; *Las voces de la razón*, debate filosófico e histórico en La Sorbona en 2026; *La sangre del norte*, genealogía novelada del linaje Wrangel-Rangel Abud; *La república que pudo haberse sembrado*, novela-río contrafactual sobre el México que pudo haber sido a partir de 1858; *Esto es lo que hicimos de México*, crónica coral de la historia nacional; *Aquiles, el señor de los barcos negros*, desmitificación de la guerra de Troya y el colapso de la Edad del Bronce; y *Francisco I. Madero: El elegido del más allá*, segunda entrega de su serie de desmitificaciones históricas. En no ficción, trabaja en *Las dictaduras*, ensayo histórico y político de alcance universal.

MENSAJE FINAL

Esta novela es un homenaje a todos los que han guardado algo valioso sin saber exactamente por qué, y a todos los que han tenido la paciencia de buscarlo. El conocimiento no muere cuando se pierde. Espera. Y la historia, que es el organismo más paciente que existe, siempre termina por corregirse. Gracias por leer.

ÍNDICE

Prólogo: El acuerdo de Coblenza

Capítulo 1: El compartimento sellado

Capítulo 2: Cuatro líneas en latín

Capítulo 3: El instrumento de Helmasperger

Capítulo 4: Lo que la luz no destruye

Capítulo 5: El algoritmo y su hambre de muestras

Capítulo 6: El cortesano del arzobispo

Capítulo 7: El mercado de las certezas

Capítulo 8: La tinta del sincrotrón

Capítulo 9: El testamento de Coblenza
Capítulo 10: La tormenta napoleónica
Capítulo 11: El espectro del mapa de Vinlandia
Capítulo 12: La cicatriz de Oxford
Capítulo 13: El eslabón perdido del siglo XIX
Capítulo 14: El legado de los rivales
Capítulo 15: La imprenta secreta
Capítulo 16: La convergencia de las ciencias
Capítulo 17: El cambio de paradigma
Capítulo 18: La vitrina y el escrutinio
Epílogo: El eco de la tinta

EL LIBRO DE LIBROS

La corrección de la Historia

Salvador Rangel Abud

Prólogo

El peso del silencio

Hay objetos que cambiaron el mundo y hay objetos que cambiaron la manera en que el mundo se cuenta a sí mismo. No es la misma cosa, aunque a veces parezca serlo. La rueda cambió el mundo porque permitió mover cargas que antes era imposible mover. La brújula cambió el mundo porque orientó barcos que de otro modo habrían navegado a ciegas. La pólvora cambió el mundo porque multiplicó la capacidad destructiva del ser humano hasta convertir la guerra en algo cualitativamente diferente de lo que había sido antes.

Todos estos inventos actuaron sobre la materia, sobre el espacio, sobre la física bruta de las cosas. Pero la imprenta de tipos móviles de Johannes Gutenberg actuó sobre algo más difícil de tocar y más imposible de destruir: actuó sobre la velocidad a la que una idea puede

cruzar un continente, sobre la exactitud con que un pensamiento puede reproducirse mil veces sin deformarse en la transmisión, sobre la posibilidad misma de que el conocimiento deje de ser patrimonio de los pocos y empiece a ser, al menos en potencia, el territorio de todos.

Por eso la Biblia de cuarenta y dos líneas impresa en Maguncia entre 1452 y 1455 no es simplemente un libro antiguo. Es el primer objeto impreso a escala industrial en la historia de Occidente, y cada uno de los ejemplares que sobreviven es, en cierta medida, el certificado de nacimiento de un mundo que todavía habitamos.

Se conocen hoy cuarenta y nueve ejemplares completos o parciales distribuidos por los archivos y bibliotecas más importantes del planeta. Cuarenta y nueve, de una tirada original que los investigadores estiman entre ciento cincuenta y ciento ochenta unidades, número extraordinario para la época pero casi inverosímil desde la perspectiva de lo que ese libro llegaría a significar.

La Biblioteca del Congreso de Washington custodia tres volúmenes en papel de un mismo ejemplar, adquiridos en 1930 por trescientos mil dólares, cifra que entonces pareció escandalosa y que hoy resulta casi cómica comparada con lo que cualquiera de esos volúmenes alcanzaría en una subasta. La Biblioteca Británica conserva dos ejemplares, uno en papel y otro en vitela, este último considerado entre los más completos y mejor conservados del mundo. La Bibliothèque nationale de France guarda en París un ejemplar que llegó a sus fondos por los caminos tortuosos que recorre todo objeto valioso en tiempos de guerra y confiscación. La Biblioteca Estatal de Baviera en Múnich, la Biblioteca Universitaria de Gotinga, la Biblioteca Bodleiana de Oxford, la Biblioteca Pública de Nueva York, la Biblioteca Nacional de España en Madrid: la lista de las instituciones que custodian un fragmento de ese primer gran acto de la imprenta occidental es, en sí misma, un mapa de la civilización que ese invento ayudó a construir.

Los ejemplares en vitela —doce en total, de los cuales solo once son considerados auténticos con plena certeza— son los más raros y los más codiciados. La vitela, elaborada con piel de ternero o cordero tratada con cal y estirada hasta conseguir una superficie de escritura de blancura casi luminosa, era el soporte más caro y más duradero de la época.

Que Gutenberg imprimiera una parte de su tirada sobre vitela indica que desde el principio concibió la empresa en dos registros distintos: el libro para el uso cotidiano del clero y el libro para el coleccionista, para el príncipe, para el obispo que quería exhibir en su biblioteca un objeto que fuera, simultáneamente, instrumento de devoción y demostración de poder. Esa distinción entre el libro como herramienta y el libro como símbolo es una de las tensiones que recorre toda la historia de la imprenta occidental y que esta novela, a su manera, intenta explorar.

Lo que ninguno de esos cuarenta y nueve ejemplares contiene es el nombre de quien los imprimió. No hay colofón, no hay marca de impresor, no hay firma. Johannes Gutenberg —cuyo nombre completo era Johannes Gensfleisch zur Laden zum Gutenberg, tomado del nombre de la finca familiar— decidió, o se vio obligado, a permanecer en el anonimato de su propia obra maestra.

Podría interpretarse como modestia, aunque los documentos que se conservan de su vida no sugieren un hombre especialmente modesto. Podría interpretarse como precaución comercial, aunque la precaución habría resultado más efectiva si se hubiera extendido también a los contratos de préstamo que firmó con Johann Fust. Lo más probable es que el anonimato fuera simplemente una consecuencia de la naturaleza del oficio tal como Gutenberg lo concibió: el impresor no era el autor, no era el intelectual, no era el teólogo.

Era el artesano que hacía posible que la palabra del autor o del teólogo llegara más lejos y más rápido de lo que jamás había llegado. En ese sentido, la ausencia de su nombre en la Biblia de cuarenta y dos líneas es coherente con la lógica del invento: la imprenta, a diferencia del scriptorium, borraba al copista para que la obra sobresaliera.

El problema es que esa misma lógica ha contribuido a borrar también al inventor, dejándonos con una figura histórica de contornos más borrosos de lo que merece alguien de su importancia. Sabemos poco de la vida de Gutenberg antes de los años cuarenta del siglo XV, cuando aparece en los documentos de Estrasburgo litigando con un grupo de socios por asuntos relacionados con un invento que los registros del juicio describen de manera tan críptica que los investigadores todavía debaten qué era exactamente.

Sabemos que llegó a Maguncia en algún momento de la década siguiente y que allí firmó los contratos de préstamo con Fust. Sabemos, gracias al instrumento notarial redactado el 6 de noviembre de 1455 por el escribano Ulrich Helmasperger, que el tribunal falló en favor de Fust y que Gutenberg perdió en ese juicio lo que había tardado años en construir. Y sabemos que murió el 3 de febrero de 1468, probablemente en Maguncia, y que fue enterrado en la iglesia de los franciscanos, edificio que no ha sobrevivido al tiempo. No hay tumba que visitar. No hay lápida. Hay, en cambio, cuarenta y nueve ejemplares de su Biblia distribuidos por los archivos del mundo, que es la única forma de inmortalidad que la historia le concedió.

El juicio de 1455 merece detenerse en él, porque es la bisagra sobre la que gira no solo la vida de Gutenberg sino también, en un sentido más amplio, la pregunta que esta novela intenta responder. Johann Fust era un prestamista de Maguncia que en 1450 adelantó a Gutenberg ochocientos guilders para financiar el desarrollo de su taller, y que en 1452 volvió a prestar una cantidad similar para sostener la impresión de la Biblia.

Los contratos estipulaban un interés del seis por ciento anual. Gutenberg, inmerso en los problemas técnicos de un invento que todavía estaba refinando, no pagó. Cuando Fust exigió la devolución del total adeudado —que el instrumento de Helmasperger cifra en torno a los dos mil guilders entre capital e intereses— Gutenberg no tenía con qué responder. El tribunal, aplicando la lógica del derecho, falló a favor del prestamista. Fust se quedó con buena parte del taller, con los tipos móviles, con las prensas y con los ejemplares aún sin encuadernar de la Biblia.

Peter Schöffer, que había sido escribiente de Gutenberg y que ya para entonces había entendido perfectamente de qué lado soplaba el viento, se asoció con Fust y continuó la empresa. Años después se casaría con su hija. El taller que Gutenberg había concebido y construido se convirtió en el negocio más próspero del mundo editorial incipiente, con el nombre de otro en el dintel de la puerta.

Sería fácil, y también injusto, convertir a Fust en villano de esta historia. El hombre prestó su dinero, esperó con paciencia y reclamó lo que le debían. Que el objeto de ese préstamo resultara ser el invento más importante del siglo no era algo que los contratos pudieran contemplar, ni que el derecho estuviera obligado a ponderar. La injusticia, si es que la hubo, no fue jurídica sino histórica: la de que el fruto de un genio terminara enriqueciendo a quien lo financió en lugar de a quien lo concibió. No es una injusticia infrecuente. Es, podría decirse, una de las constantes más tenaces de la historia de la innovación.

Lo que sí resulta más difícil de justificar, aunque tampoco de condenar del todo, es la actitud de Peter Schöffer. Schöffer había aprendido el oficio al lado de Gutenberg, había absorbido sus técnicas, había comprendido antes que nadie la magnitud de lo que estaban haciendo en ese taller de Maguncia. Su declaración en el juicio de 1455 no fue una mentira, en el sentido estricto del término: expuso los hechos con la precisión de quien ha decidido que la conveniencia propia es compatible con la exactitud de los datos.

Lo que no expuso fue lo que esos datos omitían, que era precisamente lo más importante: que sin el hombre al que con su declaración contribuía a arruinar, él mismo no sería nada de lo que era. Schöffer fue un hombre de su tiempo, y los hombres de su tiempo —como los de cualquier otro tiempo— tenían una notable capacidad para encontrar razones moralmente presentables para hacer lo que les convenía.

Gutenberg sobrevivió al juicio. Eso, en sí mismo, dice algo de su carácter. No sabemos exactamente cómo se sostuvo durante los años siguientes: los registros son fragmentarios y los historiadores han llenado las lagunas con hipótesis de calidad desigual. Lo que sí sabemos es que en 1465, diez años después del juicio que lo había arruinado, el arzobispo elector de Maguncia, Adolf II von Nassau, lo nombró Hofmann,

cortesano de su casa. El nombramiento incluía pensión vitalicia, ropa de corte y una asignación anual de grano y vino.

Era el reconocimiento tardío, torpe en su tardanza pero genuino en su gesto, de un hombre al que la ciudad que se beneficiaba de su invento no había sabido proteger a tiempo. Gutenberg tenía entonces más de sesenta años —su fecha de nacimiento exacta se desconoce, pero los documentos permiten situarla entre 1394 y 1406— y la pensión arzobispal llegó a tiempo para darle seguridad económica, aunque no para devolverle lo que había perdido.

Junto a Gutenberg en ese período oscuro aparece, discretamente, la figura de Konrad Humery. Doctor en derecho canónico, síndico de Maguncia, hombre de formación humanista y relaciones institucionales sólidas, Humery está documentado como el receptor legal del material de imprenta de Gutenberg tras la muerte del inventor en 1468.

El instrumento que lo acredita como custodio de esos bienes establece la condición de que el material no abandone los límites de la ciudad salvo causa justificada: es la cláusula de un hombre que entendía el valor de lo que estaba protegiendo. Los biógrafos de Gutenberg mencionan a Humery en una línea, a veces en dos, como un detalle administrativo del final de la historia. Nadie ha considerado necesario preguntarse qué más pudo haber custodiado Humery además del material de imprenta.

Nadie ha preguntado qué ocurrió entre ellos durante esos años que los documentos no iluminan. Nadie ha preguntado si el acuerdo entre ambos fue solo jurídico o si tuvo también otra dimensión, más personal y más difícil de reducir a cláusulas notariales.

Los pies de página son, con demasiada frecuencia, el lugar donde la historia real se esconde.

La ciencia, en las últimas décadas, ha desarrollado herramientas que permiten hacerle preguntas a los objetos del pasado que ningún archivo puede responder. La imagen multiespectral e hiperespectral revela capas de tinta superpuestas, correcciones, borrados y añadidos que el ojo humano no puede detectar.

La fluorescencia de rayos X en sincrotrón identifica la composición elemental de tintas y pigmentos sin necesidad de extraer ni destruir muestra alguna del soporte original. Los algoritmos de análisis paleográfico comparan patrones de presión, flujo y trazo con una precisión que ningún experto humano puede sostener durante horas sin que la fatiga deforme el juicio.

Estas técnicas no son ciencia ficción: se emplean hoy en laboratorios reales, en universidades reales, sobre manuscritos reales. Han resuelto debates que la filología tradicional había dejado abiertos durante generaciones. Han desenmascarado fraudes que instituciones prestigiosas habían certificado como auténticos. Han devuelto a sus

autores obras que el tiempo había anonimizado. Y han planteado, en el proceso, una pregunta incómoda para quienes llevan décadas construyendo su autoridad sobre métodos más antiguos: ¿qué pasa cuando la máquina ve lo que el experto no ha querido ver?

Esta novela nace de la intersección entre todas esas preguntas. Los hechos históricos que aparecen en sus páginas —el instrumento notarial de Helmasperger, el nombramiento de Gutenberg como cortesano del arzobispo en 1465, la muerte de Johann Fust de peste en París en 1466, la custodia de Humery sobre el material de imprenta, los cuarenta y nueve ejemplares conocidos de la Biblia de cuarenta y dos líneas, la historia real del mapa de Vinlandia y su prolongada controversia sobre autenticidad— son hechos documentados, verificables, que el lector curioso puede rastrear en las fuentes que la bibliografía final de esta obra indica.

Los personajes históricos que los protagonizan existieron. Las técnicas científicas empleadas por los investigadores de la trama contemporánea existen y funcionan tal como aquí se describen. Los debates académicos sobre los límites de la inteligencia artificial aplicada a la paleografía son debates reales, en curso, sin resolver.

Lo único que no existe, que no aparece en ningún archivo, que ninguna biblioteca del mundo custodia, es la Biblia de cuarenta y dos líneas con dedicatoria autógrafa de su impresor a Konrad Humery.

Lo demás, como suele ocurrir con las mejores mentiras, está fabricado con materiales verdaderos.

Y lo demás, como suele ocurrir con las mejores preguntas, espera en los márgenes de lo que creemos saber, donde la historia acumula sus silencios más elocuentes, donde los documentos terminan y empieza el territorio de quienes se atreven, todavía, a seguir preguntando.

Capítulo 1

El compartimento sellado

Coblenza, octubre de 2024

El polvo llegó primero. Una nube densa y baja que salió disparada desde el ala oeste como si el edificio hubiera acumulado durante siglos las ganas de respirar y acabara de decidirse a hacerlo de golpe. Elena Vancea lo vio desde el andamio donde trabajaba, en el extremo opuesto del patio interior, y durante los tres segundos que tardó en entender lo que estaba pasando pensó, con la frialdad profesional que uno adquiere después de quince años de restauraciones en edificios que se caen a pedazos, que alguien había cometido un error de cálculo con la carga del muro norte.

Luego oyó el ruido. No fue una explosión sino su contrario: un colapso sordo, casi contenido, como si la piedra hubiera decidido rendirse en

silencio para no hacer más daño del necesario. Y después, nada. El polvo flotando en el aire frío de octubre, el silencio repentino de los obreros que habían interrumpido el trabajo, y la voz de Klaus Brenner, el capataz, gritando desde algún punto invisible dentro de la nube que todo el mundo se mantuviera adonde estaba hasta que él dijera lo contrario.

Elena bajó del andamio de todas formas.

Cuando llegó al punto del derrumbe, el polvo se estaba asentando lo suficiente para permitir ver. Dos obreros estaban de pie junto a una pila de escombros mirando el hueco que el muro había dejado al ceder, con esa expresión entre el susto y la curiosidad que pone la gente cuando algo se rompe de manera inesperada pero sin consecuencias. Brenner estaba agachado examinando los bordes del derrumbe, pasando los dedos por la piedra con el gesto de quien lee un texto en un idioma que conoce bien.

—No es un error nuestro —dijo sin levantar la vista—. El muro cedió por dentro. Llevaba tiempo queriendo hacerlo.

—¿Alguien tocó algo que no debía? —preguntó Elena.

Brenner se incorporó y la miró con la paciencia levemente irritada de quien lleva años explicando lo mismo a personas que no quieren entenderlo.

—Señorita Vancea, le llevo diciendo desde marzo que el ala oeste era impredecible. Que los muros viejos tienen sus propias lógicas. Que conviene no forzarlos. ¿Recuerda haber escuchado eso?

—Lo recuerdo —dijo Elena—. Y también recuerdo haber escuchado que el trabajo en esta zona estaba siendo supervisado de manera rigurosa.

—Lo estaba siendo —dijo Brenner, sin ceder un milímetro—. El muro cedió solo. No hubo vibración excesiva, no hubo sobrecarga. La piedra interior estaba hueca desde mucho antes de que llegáramos nosotros. Si quiere, le muestro las fotos del radar que hicimos en agosto. Aunque entonces no nos hizo mucho caso.

Elena no respondió a eso porque Brenner tenía razón y los dos lo sabían. Se agachó y enfocó la linterna hacia el interior del hueco.

Era un nicho. No una simple cavidad de asentamiento ni una irregularidad del relleno interior, sino un espacio deliberadamente construido detrás del muro visible, de aproximadamente un metro de ancho por metro y medio de alto, con las paredes de piedra bien trabajada y lo que quedaba de una repisa de madera podrida en la parte inferior. El olor que salía era el olor específico de los espacios cerrados durante mucho tiempo: tierra húmeda, madera en descomposición, y debajo de eso algo más seco y antiguo que Elena había aprendido a reconocer en los archivos pero que raramente encontraba en las restauraciones de edificios. Era el olor del papel viejo. Del pergamino.

—¿Qué hay dentro? —preguntó uno de los obreros a su espalda. Se llamaba Tobias, tenía veintidós años y llevaba en la obra desde el principio con el entusiasmo de quien todavía no ha aprendido a aburrirse de las sorpresas.

—No lo sé todavía —dijo Elena.

—¿Puede ser un tesoro? —preguntó Tobias.

—Todo depende de lo que uno considere un tesoro.

—Yo considero oro —dijo Tobias.

—Ya —respondió Elena—. La mayoría de la gente también.

Sacó la cámara del bolsillo del mono y empezó a fotografiar el nicho antes de tocar nada. Era el protocolo, y el protocolo existía por razones que la experiencia había demostrado válidas una y otra vez: lo que no se documenta antes de moverse no existe después para nadie.

—¿Cuánto tiempo va a tardar con eso? —preguntó Brenner.

—El que tarde.

—Los hombres no pueden quedarse parados indefinidamente.

—Los hombres pueden tomarse un descanso —dijo Elena sin levantar la vista de la cámara—. Es una posibilidad que el convenio colectivo contempla expresamente, creo.

Oyó a Brenner resoplar detrás de ella pero no oyó que se marchara, lo que interpretó como una forma de concesión.

Tardó cuarenta minutos en documentar el nicho con la meticulosidad que le habían enseñado en la facultad de Bucarest y que los años de práctica habían convertido en un reflejo casi físico: fotografías de conjunto, fotografías de detalle, registro de la posición relativa de cada objeto, notas escritas a mano en el cuaderno de campo que llevaba siempre en el bolsillo derecho.

Había legajos, o lo que habían sido legajos antes de que la humedad los convirtiera en una masa informe de fibras oscuras. Junto a ellos, un crucifijo de madera cuyo Cristo había perdido los brazos en algún momento indeterminado del pasado, un candelabro de metal que podría ser estaño o plata bajo la costra de óxido, y un relicario de cobre en forma de capilla en miniatura, sellado, cuyo contenido Elena decidió no especular.

En el extremo derecho de la repisa, parcialmente caído hacia adelante como si hubiera intentado salir por su propio pie, había un arcón de roble de dimensiones medianas, con las esquinas reforzadas con herrajes de hierro que el tiempo había convertido en manchas rojizas sobre la madera oscurecida.

—¿Es importante? —preguntó Tobias, que había ido acercándose poco a poco hasta quedar justo a su espalda.

—Todavía no lo sé —dijo Elena.

—Pero lo podría ser.

—Todo lo podría ser hasta que se abre.

—¿Y cuándo lo va a abrir?

Elena se volvió y lo miró.

—Tobias, ¿tiene usted algo que hacer en otro lugar de esta obra?

—Sí, señorita Vancea.

—Entonces hágalo, por favor.

Solo cuando tuvo el registro completo sacó el arcón del nicho con la ayuda del único obrero que Brenner había dejado a su disposición, y lo depositó sobre la lona que había extendido en el suelo del corredor. El arcón pesaba más de lo que su tamaño hacía prever.

—¿Quiere que me quede? —preguntó el obrero.

—No hace falta, gracias.

El hombre se marchó con evidente alivio. Elena corrió el pasador. La tapa cedió con la resistencia previsible de una bisagra que llevaba tiempo sin moverse, pero cedió, lo que significaba que la madera había conservado suficiente solidez para no desintegrarse. Dentro, envuelto en lo que había sido una tela de lino y que ahora era poco más que una trama de hilos disgregados, encontró primero una bolsa de cuero con monedas de plata, luego un pliego de papel doblado varias veces cuya escritura era ilegible por la humedad, y debajo de todo eso, ocupando prácticamente el fondo completo del arcón, un volumen.

Era un libro grande, de formato folio, encuadernado en piel marrón oscura, sin título en el lomo, sin ornamento de ningún tipo. La encuadernación era tosca: el tipo de trabajo que hace alguien que conoce el oficio pero ha decidido no lucirlo, o que ha encuadernado deliberadamente un objeto para que parezca menos valioso de lo que es. Elena lo sacó del arcón con las dos manos, sintiendo el peso específico del papel antiguo, ese peso denso y compacto que no se parece al de ningún otro material.

Lo colocó sobre la lona y lo abrió.

Las primeras dos páginas eran hojas de guarda en pergamino, con manchas de humedad en los bordes pero en mejor estado del que la encuadernación exterior prometía. Luego empezaba el texto. Dos columnas por página, tipografía gótica textura, tinta oscura sobre papel de aspecto firme, con las letras capitales iluminadas a mano en rojo y azul.

Elena conocía ese tipo de iluminación. Conocía esa distribución de la caja de texto. Conocía esa proporción entre el ancho de la columna y el margen exterior, esa relación específica entre el bloque impreso y el espacio en blanco que lo rodeaba que no era una casualidad sino una

decisión técnica muy precisa, adoptada por un impresor que había pensado en el equilibrio visual de cada página con una atención que iba mucho más allá del simple artesano.

Conocía también, aunque le llevó un momento confirmarlo porque las manos le temblaban ligeramente, cuántas líneas había en cada columna.

Las contó dos veces.

Cuarenta y dos.

Se quedó quieta durante un tiempo que no supo medir.

—¿Ha encontrado algo?

Era Brenner, de pie en el umbral del corredor, con los brazos cruzados y esa expresión suya de hombre acostumbrado a que las obras le deparen sorpresas desagradables y que por experiencia prefiere anticiparlas.

Elena cerró el libro con el mismo cuidado con que lo había abierto.

—Sí —dijo.

—¿Algo importante?

—Posiblemente.

Brenner esperó a que añadiera algo más. Elena no añadió nada más.

—¿Me puede decir qué es? —preguntó Brenner.

—Todavía no.

—¿Cuándo?

—Cuando esté segura —dijo Elena—. Y cuando lo esté, el primero en saberlo va a ser el doctor Weber, no usted. Con todo el respeto.

Brenner la miró un momento con esa cara que ponía cuando valoraba si valía la pena insistir o no.

—¿Necesita que cerremos el ala oeste?

—Sí. Hoy mismo, si puede ser.

—Va a costar dinero.

—Sé que va a costar dinero —dijo Elena—. Y sé que el doctor Weber va a considerar que vale la pena. Confíe en mí.

Brenner asintió lentamente, con la actitud de quien confía pero lo hace con reservas documentadas.

—De acuerdo —dijo—. Pero va a tener que explicárselo usted.

—Lo sé —respondió Elena—. Eso es exactamente lo que voy a hacer ahora.

Cuando Brenner se marchó, Elena sacó el teléfono y marcó el número de Dieter Weber. Mientras esperaba a que descolgara, volvió a mirar el volumen depositado sobre la lona: la piel tosca, el lomo sin ornamento, esa apariencia deliberadamente modesta que no concordaba con nada de lo que había dentro. Pensó en la clase de persona que encuaderna un

libro así. En lo que esa persona sabía y en lo que quería que los demás no supieran.

Weber descolgó al tercer tono.

—Doctor Weber —dijo Elena—, soy Elena Vancea. Necesito que venga al palacio ahora mismo.

—¿Ahora mismo? —repitió Weber—. Son casi las cuatro de la tarde. Tengo una reunión con el consejo en veinte minutos.

—Cancélela.

Hubo una pausa.

—Señorita Vancea, llevo treinta y dos años en la dirección de este museo y nadie me ha dicho nunca que cancele una reunión del consejo.

—Lo sé —dijo Elena—. Y le pido disculpas. Pero hay algo aquí que necesita verlo usted antes que nadie, y necesita verlo hoy.

—¿Puede decirme de qué se trata?

Elena dudó un segundo.

—No por teléfono.

Otra pausa, más larga que la anterior.

—¿Es grave? —preguntó Weber.

—Depende —respondió Elena— de cómo defina usted la palabra grave. Pero si me permite una sugerencia: venga sin decirle a nadie adónde va ni por qué. Y tráigase los guantes de algodón que tiene en el cajón del escritorio. Los va a necesitar.

Esta vez el silencio al otro lado de la línea duró lo suficiente para que Elena se preguntara si Weber había colgado.

—Estoy en camino —dijo finalmente el director, con una voz en la que algo había cambiado de tono, aunque Elena no habría sabido decir exactamente qué.

Guardó el teléfono. Se agachó junto al libro y permaneció así un momento, en cuclillas, mirándolo sin tocarlo, con esa concentración específica de quien sabe que está delante de algo que va a cambiar muchas cosas pero todavía no sabe cuántas.

Afuera el viento de octubre golpeaba los cristales de las ventanas sin restaurar. En algún lugar del ala este, los obreros habían retomado el trabajo. El palacio seguía siendo el palacio: piedra vieja, humedad, el olor persistente de los siglos. Pero en ese corredor, sobre esa lona, había algo que el palacio había guardado sin saber lo que guardaba, y Elena Vancea era la primera persona en quinientos años que lo tenía entre las manos.

Lo anotó en el cuaderno de campo antes de que llegara Weber. Era su obligación anotarlo.

Cuarenta y dos líneas. Encuadernación deliberadamente inferior al contenido. Contradicción sin explicación aparente. Requiere análisis de laboratorio con carácter urgente.

Luego cerró el cuaderno y esperó.

Capítulo 2

Cuatro líneas en latín

Coblenza, octubre de 2024

Weber llegó cuarenta minutos después con los guantes de algodón en el bolsillo y una expresión en la cara que Elena no supo clasificar de inmediato: era la expresión de un hombre que ha cancelado una reunión del consejo por primera vez en treinta y dos años y que todavía no ha decidido si eso ha sido una muestra de buen juicio o de credulidad.

Se detuvo en el umbral del corredor. Miró el arcón abierto. Miró la lona. Miró el libro.

—¿Eso es lo que creo que es? —dijo.

—Depende de lo que crea que es —respondió Elena.

—No me haga jugar a las adivinanzas, señorita Vancea. Soy doctor en historia del arte, no estoy ciego y llevo más de tres décadas trabajando con objetos del período. —Se acercó al libro con los pasos medidos de quien ha aprendido por experiencia que la prisa es el origen de la mayoría de los errores irreversibles—. ¿Lo ha tocado?

—Con guantes. Y lo he fotografiado antes de moverlo, si eso es lo que va a preguntarme después.

Weber se puso sus propios guantes, se agachó junto al libro y lo abrió con una delicadeza que Elena no esperaba en manos tan grandes. Lo vio hacer lo mismo que ella había hecho: observar las columnas, evaluar la tipografía, examinar la iluminación de las capitales. Luego vio cómo el director contaba las líneas. Sus labios se movieron levemente mientras contaba, como los de un niño en una clase de matemáticas.

Se incorporó. Se quedó mirando el libro durante un momento largo, con las manos cruzadas a la espalda.

—Cuarenta y dos —dijo.

—Cuarenta y dos —confirmó Elena.

—Puede ser una copia.

—Puede ser.

—Una copia del siglo XIX, probablemente. Había un mercado activo de falsificaciones de incunables durante el romanticismo alemán. Coleccionistas con más dinero que criterio dispuestos a pagar fortunas por objetos que no eran lo que parecían.

—Lo sé —dijo Elena—. Por eso necesita ir al laboratorio.

Weber volvió a mirar el libro. Luego miró a Elena con esa expresión suya de académico que ha visto demasiadas ilusiones académicas convertirse en vergüenzas públicas.

—¿Ha dicho algo a alguien? —preguntó.

—Solo a usted.

—¿Los obreros?

—Han visto un arcón con objetos litúrgicos y un libro viejo. Nada más.

—¿Brenner?

—Brenner sabe que hay algo que justifica cerrar el ala oeste. No sabe qué es.

Weber asintió lentamente.

—Bien —dijo—. Esto se mueve al laboratorio esta noche, en discreción absoluta, y no se dice una sola palabra a nadie hasta que sepamos con qué estamos tratando. ¿Está de acuerdo?

—Completamente —dijo Elena.

—Y si resulta ser lo que parece —añadió Weber—, que probablemente no sea lo que parece, pero si lo fuera, quiero que quede claro desde ahora que el protocolo de autentificación lo dirigiré yo personalmente. Con los especialistas que yo decida. En el orden que yo establezca.

Elena lo miró un momento.

—Por supuesto, doctor Weber —dijo.

No era el momento de discutir el orden de mando. Ese momento llegaría después, si el libro resultaba ser lo que las cuarenta y dos líneas sugerían. Por ahora lo importante era sacarlo del corredor.

El laboratorio de restauración del museo ocupaba la planta baja de un edificio anexo al palacio, construido en los años noventa con la funcionalidad austera de quien tiene presupuesto justo para lo necesario y ninguno para lo prescindible.

Tenía buena iluminación, temperatura y humedad controladas, mesas de trabajo amplias con superficie de vidrio, y un conjunto de equipos que Elena había solicitado, justificado y defendido ante el consejo en tres reuniones sucesivas antes de que los aprobaran.

Era un laboratorio modesto en comparación con los grandes centros de restauración europeos, pero era suficiente para lo que se hacía habitualmente en Coblenza, que no solía incluir posibles incunables del siglo XV rescatados de compartimentos secretos.

Depositaron el libro sobre la mesa central. Weber encendió todas las luces y durante un momento los dos se quedaron mirándolo como si esperaran que hiciera algo.

—Empiece por las hojas de guarda —dijo Weber.

—Eso iba a hacer —dijo Elena.

Trabajó con la lámpara de luz rasante primero, ese tipo de iluminación oblicua que revela la textura del soporte y las irregularidades de superficie que la luz frontal aplana y elimina.

Las hojas de guarda eran de pergamino, lo que ya era en sí mismo un dato relevante: los libros impresos del siglo XV frecuentemente combinaban papel en el cuerpo del texto y pergamino en las hojas preliminares, que debían ser más resistentes por ser las que más se manipulaban.

El pergamino de este ejemplar tenía manchas de humedad en los bordes, algunas zonas con ondulaciones propias del material que ha absorbido y cedido humedad varias veces a lo largo de siglos, y una coloración general amarillenta que hablaba de edad pero no de deterioro severo.

—El soporte está en mejor estado del que la encuadernación sugería —dijo Elena mientras trabajaba.

—¿Cuánto mejor?

—Bastante. Quien lo guardó sabía lo que hacía. O tuvo suerte con las condiciones del nicho.

—O las dos cosas —dijo Weber, que se había sentado en el taburete junto a la mesa y observaba con los brazos cruzados y esa actitud suya de hombre que evalúa sin comprometerse.

Elena pasó a la luz ultravioleta. La radiación ultravioleta hace que ciertos compuestos orgánicos sean fluorescentes, revelando tintas, adhesivos y tratamientos aplicados sobre el soporte que resultan invisibles bajo luz blanca. En la primera hoja de guarda no encontró nada relevante: la fluorescencia era uniforme, sin anomalías que indicaran intervenciones posteriores. En la segunda hoja, sin embargo, la lámpara reveló algo que la luz blanca no había mostrado con claridad.

Elena se inclinó sobre la mesa.

—Doctor Weber —dijo.

—¿Qué hay?

—Acérquese, por favor.

Weber se levantó del taburete y se colocó junto a ella. Elena apuntó la lámpara ultravioleta hacia la esquina inferior derecha de la segunda hoja de guarda, donde el pergamino aparecía ligeramente más oscuro que en el resto de la superficie, con una tonalidad que bajo luz blanca parecía simplemente una mancha de humedad antigua pero que bajo ultravioleta revelaba una textura diferente: más densa, más definida, con bordes que no tenían la difusión característica de la humedad sino la nitidez de algo aplicado con intención.

—Hay una inscripción —dijo Elena.

Weber no respondió de inmediato. Se inclinó más. Sus ojos se movieron sobre la superficie del pergamino con la concentración de quien intenta leer algo que el tiempo ha hecho casi invisible.

—No puedo distinguirla con esto —dijo.

—Espere.

Elena cambió la lámpara ultravioleta por la de luz rasante de ángulo bajo, ajustó la intensidad y el ángulo hasta que la inscripción emergió de la superficie del pergamino con la claridad suficiente para leerla.

No era fácil: la tinta era antigua y había migrado parcialmente hacia el interior del pergamino, de manera que las letras aparecían más como una diferencia de textura que como un trazo visible. Pero eran letras. Letras latinas, escritas a mano con una caligrafía regular y firme, en cuatro líneas bien separadas entre sí.

Elena las leyó en voz alta, despacio, traduciendo sobre la marcha:

—*Hoc opus primum ex nova arte natum.* Este libro, el primero nacido del nuevo arte. *Konrado Humero, iuris perito et amico fidelissimo.* A Konrad Humery, experto en derecho y amigo fidelísimo. *In memoriam perpetuam et gratitudinis signum.* En memoria perpetua y en señal de gratitud. *Iohannes Gutenberg, Maguntiae, anno Domini MCDLXVII.* Johannes Gutenberg, Maguncia, año del Señor 1467.

El silencio que siguió duró varios segundos.

—Lea eso otra vez —dijo Weber.

Elena lo leyó otra vez.

Weber se separó de la mesa. Caminó hasta el extremo del laboratorio, se quedó mirando la pared un momento, y luego se volvió hacia Elena con una expresión que ella tampoco supo clasificar del todo: era algo entre el asombro y el miedo, con una capa de escepticismo encima que funcionaba como mecanismo de defensa.

—Es una falsificación —dijo.

—Puede ser —dijo Elena.

—Es casi con certeza una falsificación. Del siglo XIX, como le decía antes. Había coleccionistas capaces de encargar este tipo de trabajos con una habilidad técnica considerable.

—Lo sé.

—Una inscripción así eleva el valor del libro de manera exponencial. Es exactamente el tipo de añadido que un bibliófilo mitómano o un anticuario inescrupuloso podría haber encargado para convertir un incunable valioso en algo extraordinario.

—Tiene razón —dijo Elena—. Es una hipótesis completamente razonable.

Weber la miró.

—¿Por qué tengo la sensación de que hay un "pero" que no está diciéndome?

Elena dejó la lámpara sobre la mesa y se cruzó de brazos.

—Porque hay un "pero" —dijo—. La tinta de la inscripción no se comporta bajo la luz ultravioleta, tal como se comportan los pigmentos sintéticos del siglo XIX. La fluorescencia es diferente. Más apagada. Más compatible con tintas orgánicas de base metálica de períodos anteriores. Y la caligrafía —añadió señalando la hoja de guarda— es consistente con la escritura humanística alemana de mediados del siglo XV, no con la imitación decimonónica de esa escritura, que tiene sus propias características y sus propios defectos. Soy restauradora, no paleógrafa, así que no voy a firmar ningún informe sobre eso. Pero lo que veo no me parece una falsificación del siglo XIX.

Weber guardó silencio durante un momento.

—¿Y qué le parece?

—Me parece —dijo Elena con cuidado— que necesitamos análisis de laboratorio que yo no puedo hacer aquí. Imagen multiespectral completa. Fluorescencia de rayos X para la composición de la tinta. Análisis del colágeno del pergamino para datación del soporte. Y un paleógrafo de verdad mirando la caligrafía con los ojos que yo no tengo.

Weber se frotó la cara con ambas manos. Era un gesto que Elena no le había visto hacer nunca en los dieciocho meses que llevaba trabajando para el museo, y que le pareció revelador de algo: que detrás del académico conservador y del director de institución había un hombre que en ese momento estaba procesando la posibilidad de que lo que tenía delante cambiara muchas cosas.

—Si esto sale a la luz antes de que tengamos certezas —dijo Weber— el museo quedará en ridículo delante de toda la comunidad académica internacional.

—Si no lo analizamos y resulta ser lo que parece —respondió Elena—, el museo habrá perdido la oportunidad del siglo.

—Del siglo. —Weber repitió las palabras con un tono que no era exactamente irónico pero tampoco estaba del todo libre de ironía—. Es una manera de decirlo.

—¿Tiene usted una manera mejor de describirlo?

El director no respondió a eso. Se acercó de nuevo a la mesa y volvió a mirar las cuatro líneas. Las leyó en silencio, moviendo apenas los labios. Luego se incorporó, se quitó los guantes y los dobló cuidadosamente antes de guardarlos en el bolsillo.

—Vamos a necesitar a Marcus Adler —dijo.

—Eso es exactamente lo que iba a sugerirle.

—Lo llamo yo mañana por la mañana. —Weber señaló el libro con un gesto—. Esta noche esto se queda aquí, bajo llave, y nadie entra a este laboratorio sin mi autorización personal. ¿Está claro?

—Claro.

—¿Y usted no va a decirle nada a nadie? ¿A ningún colega, a ningún contacto universitario, a nadie?

Elena lo miró directamente.

—Doctor Weber, llevo quince años restaurando objetos de otros. Sé perfectamente lo que significa la discreción en este oficio.

Weber asintió. Recogió su chaqueta del respaldo de la silla y se dirigió hacia la puerta. Se detuvo antes de salir.

—Señorita Vancea —dijo sin volverse del todo—, si esto resulta ser auténtico, si de alguna manera improbable esa inscripción es lo que dice ser... ¿entiende usted lo que significaría?

—Sí —dijo Elena.

—El único ejemplar firmado por Gutenberg. La única prueba directa de su voz. De lo que pensaba de su propio invento.

—Lo entiendo.

—Bien. —Hizo una pausa—. Entonces entiende también por qué no podemos equivocarnos.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Elena—. Por eso quiero hacer esto bien.

Weber salió sin añadir nada más. Elena oyó sus pasos alejarse por el corredor del edificio anexo y luego el sonido de la puerta exterior cerrándose. Se quedó sola en el laboratorio con el libro sobre la mesa y esa sensación específica que produce la soledad después de una conversación importante: el silencio de los argumentos que ya no se necesitan decir porque todo lo esencial se ha dicho.

Volvió a la mesa. Volvió a encender la lámpara de luz rasante y a apuntarla hacia las cuatro líneas. Las leyó una tercera vez, para ella sola, en el orden en que las había leído la primera vez.

Hoc opus primum ex nova arte natum.

Este libro, el primero nacido del nuevo arte.

Pensó en lo que significaba esa primera línea. No "un libro", no "este libro entre otros": el primero. Como si Gutenberg hubiera querido dejar constancia de algo que nadie más que él podía saber con certeza: cuál de todos los ejemplares que había imprimido era el que consideraba el primero. El original del que todos los demás eran, de alguna manera, copias.

Apagó la lámpara. Comprobó que la puerta del laboratorio quedaba bien cerrada con llave. Y salió al frío de octubre con la convicción creciente,

todavía sin pruebas suficientes para sostenerla en público, de que lo que había dentro de ese laboratorio no era una falsificación decimonónica destinada para engañar a coleccionistas crédulos.

Era otra cosa.

Y que esa otra cosa iba a complicarles la vida a mucha gente durante mucho tiempo.

Capítulo 3

El instrumento de Helmasperger

Maguncia, noviembre de 1455

El escribano Ulrich Helmasperger había redactado en su vida más de dos mil instrumentos notariales y había aprendido, con la experiencia acumulada de veinte años frente a una mesa de trabajo, que los documentos más importantes no son siempre los más largos. Los hombres que venían a ver a un notario con la intención de resolver algo definitivamente tendían a hablar demasiado, a añadir cláusulas que no añadían nada, a protegerse con palabras donde bastaba la precisión de los hechos. Helmasperger había desarrollado con el tiempo una habilidad particular: la de reducir cualquier conflicto humano, por complejo que fuera en sus raíces emocionales, a la estructura limpia de un instrumento que un juez pudiera leer sin ambigüedad. Era un oficio ingrato en el sentido de que nadie lo agradecía, pero era un oficio necesario, y Helmasperger había hecho las paces con esa utilidad anónima mucho antes de que el pelo se le pusiera gris.

Esta mañana, sin embargo, mientras preparaba el pergamino y calentaba la tinta, tenía la sensación de que el documento que iba a redactar era diferente a los anteriores. No sabría explicar por qué. Quizás era la calidad de los hombres sentados frente a él, que no eran los mercaderes o los propietarios agrícolas habituales sino personas con un peso específico distinto, más difícil de medir. Quizás era el tema en disputa, que no era tierra ni dinero en sentido ordinario sino algo más extraño e indefinible: el control de un invento cuya magnitud todavía nadie en esa sala comprendía del todo, aunque todos intuían que era grande.

La sala era fría. Noviembre en Maguncia era siempre frío, pero ese año el invierno había llegado antes de lo habitual y las piedras del edificio del tribunal las habían absorbido con esa capacidad que tiene la piedra vieja de guardar el frío durante días después de que la temperatura exterior mejorara. Helmasperger tenía los dedos entumecidos y eso no era bueno para la caligrafía, así que había encendido un pequeño brasero junto a la mesa y calentaba los dedos sobre él cada cierto tiempo sin que nadie se lo recriminara, porque era el notario y los notarios tienen sus privilegios.

A su derecha estaba Johann Fust. Era un hombre de unos cincuenta años, de complexión robusta, con la cara ancha y los ojos pequeños de quien ha aprendido que la confianza que uno proyecta es, con frecuencia, más importante que los argumentos que uno esgrime. Fust era prestamista y hombre de negocios, y había llegado a esa condición no por herencia sino por trabajo, que es la clase de origen que deja en los hombres una cierta dureza en el trato con el mundo. No era cruel. Era preciso. Sabía exactamente cuánto había prestado, cuánto se le debía, y cuánto tiempo había esperado, y esa certeza aritmética le daba una tranquilidad que los hombres menos ordenados frecuentemente confunden con frialdad.

—Ochocientos guilders en agosto de 1450 —dijo Fust, sin levantar la voz, cuando Helmasperger le pidió que expusiera su reclamación—. Otros ochocientos en diciembre de 1452. Con el interés pactado del seis por ciento anual, la deuda total asciende a dos mil veintiséis guilders. No hay ninguna parte de esa cifra que sea discutible.

Helmasperger anotó las cifras.

Al otro lado de la mesa estaba Johannes Gutenberg. Era un hombre mayor que Fust, con la espalda ligeramente encorvada de quien ha pasado muchos años inclinado sobre una mesa de trabajo, y los ojos más vivos que Helmasperger había visto en mucho tiempo: no la viveza inquieta del nervioso, sino la viveza peculiar de quien piensa constantemente y no puede evitar que ese pensamiento se note en la cara. Llevaba una capa oscura que había conocido tiempos mejores y las manos apoyadas sobre la mesa con la quietud estudiada de quien se ha prometido a sí mismo que no va a perder la compostura independientemente de lo que ocurra.

—¿Niega usted las cifras que ha expuesto el señor Fust? —preguntó Helmasperger.

—No niego las cifras —dijo Gutenberg. Su voz era grave, sin inflexión particular, como la de alguien que ha ensayado las palabras—. Niego que la deuda sea exigible en este momento. Los préstamos se hicieron con la condición implícita de que los fondos se invertirían en el desarrollo del taller y que la devolución se haría cuando el taller estuviera en condiciones de generarla. Ese momento no ha llegado todavía.

—¿Hay algún documento que acredite esa condición implícita? —preguntó Helmasperger.

Una pausa breve.

—No en los términos que usted describe —dijo Gutenberg.

—Entonces la condición no existe —dijo Fust, con la misma calma de antes—. Lo que existe es un contrato de préstamo con un interés pactado y un plazo que ha vencido con creces. No hay más que discutir.

Desde el fondo de la sala, donde había tomado asiento en uno de los bancos de madera reservados a los testigos y observadores, Konrad Humery escuchaba sin intervenir. Era su costumbre en los tribunales: escuchar primero, hablar después, y con frecuencia no hablar en absoluto porque el silencio de un hombre conocido tenía su propio peso.

Había venido porque Gutenberg le había pedido que viniera, no en calidad de representante legal —el impresor no podía pagarle los honorarios y Humery no se los había pedido— sino simplemente como presencia amiga en una sala que no iba a tener muchas presencias amigas esa mañana.

Observó a Fust. Era un hombre razonable, esa era la verdad incómoda. No estaba mintiendo ni exagerando ni cometiendo ninguna injusticia que el derecho pudiera identificar como tal. Había prestado su dinero a un inventor con una idea brillante y un talento excepcional para gastar más de lo que tenía. Había esperado años. Había visto cómo los plazos se postergaban una y otra vez con la promesa de que el negocio estaba a punto de madurar.

Y ahora exigía lo que era suyo. Humery, que era doctor en derecho canónico y había pasado suficiente tiempo en los tribunales para conocer la diferencia entre la justicia legal y la justicia moral, sabía que las dos cosas podían coexistir en el mismo hombre sin contradicción.

Luego el escribano llamó a Peter Schöffer.

Schöffer tenía treinta años, quizás un poco más. Era alto, bien formado, con la compostura de quien ha aprendido a manejar su presencia física como si fuera un argumento adicional. Había trabajado con Gutenberg durante años, primero como copista —antes de que la imprenta lo hiciera innecesario— y luego como asistente principal en el taller. Nadie en Maguncia conocía mejor que él los detalles técnicos del invento, los problemas que había costado resolver, los años de prueba y error que habían precedido a la Biblia. Nadie, excepto el propio Gutenberg.

Se sentó frente a Helmasperger con la actitud de alguien que ha decidido con anticipación lo que va a decir y cómo lo va a decir.

—¿Conoce usted el estado contable del taller del señor Gutenberg? —preguntó el escribano.

—Conozco los registros de gastos que he llevado personalmente durante los últimos tres años —dijo Schöffer—. Son registros detallados.

—¿Y puede confirmar que los fondos prestados por el señor Fust fueron utilizados en el taller?

—Puedo confirmarlo. También puedo confirmar que los gastos han excedido de manera sistemática las previsiones, y que a fecha de hoy el taller no genera ingresos suficientes para cubrir la deuda acumulada.

Gutenberg no se movió. Tenía los ojos fijos en un punto de la mesa frente a él, las manos quietas, la espalda recta. Solo Humery, que lo

conocía bien, notó el leve endurecimiento de la mandíbula, la tensión casi imperceptible en los hombros, la clase de esfuerzo físico que supone mantenerse quieto cuando uno quiere levantarse.

—¿Hay algo que desee añadir? —preguntó Helmasperger a Schöffer.

Schöffer hizo una pausa. Era una pausa breve, tan breve que probablemente nadie más que Humery la registró como tal. Luego dijo:

—El señor Gutenberg es un hombre de talento extraordinario. Nadie que haya trabajado con él puede dudarlo. Pero el talento y la administración de un negocio son habilidades diferentes, y no siempre coexisten en la misma persona.

Era una afirmación perfectamente neutra. No era un ataque. No era una mentira. Era, en términos estrictos, la exposición de un hecho observable. Y sin embargo, Humery sintió algo parecido al asco, no por las palabras sino por la precisión con que Schöffer había elegido el momento y el tono para pronunciarlas.

Era la declaración de un hombre que ha calculado todo con cuidado y ha decidido que la conveniencia personal y la verdad de los hechos coinciden lo suficiente para que la conciencia pueda quedarse tranquila.

Gutenberg levantó los ojos de la mesa y miró a Schöffer durante un momento. Solo un momento. Luego volvió a mirar la mesa.

No dijo nada. Eso fue lo que más perturbó a Humery: que no dijera nada.

El tribunal deliberó durante menos tiempo del que Humery esperaba. Fust tenía el contrato, tenía las cifras y tenía un testigo que conocía el funcionamiento interno del taller. Gutenberg tenía la razón moral de quien ha inventado algo que vale infinitamente más que la deuda que lo generó, pero la razón moral no es una categoría jurídica, y los tribunales trabajan con categorías jurídicas. El fallo fue claro: Fust recuperaría los equipos del taller —tipos, prensas, moldes— y los ejemplares de la Biblia aún sin encuadernar que se encontraran en las instalaciones en el momento de la ejecución. Gutenberg conservaría lo que ya estuviera fuera del taller, si es que había algo, aunque el fallo no especificaba este punto porque nadie consideró necesario preguntarlo.

Fue esa omisión la que Humery registró con atención mientras Helmasperger leía el texto definitivo del instrumento. El fallo hablaba de lo que había dentro del taller. No decía nada de lo que podía haber fuera.

Cuando la sesión concluyó y la sala empezó a vaciarse, Humery se acercó a Gutenberg, que seguía sentado en su silla con la misma postura de antes, inmóvil, como si no hubiera registrado todavía que todo había terminado.

—Johannes —dijo Humery en voz baja.

El impresor levantó la vista. Sus ojos tenían la opacidad momentánea de quien acaba de salir de una concentración muy intensa y necesita un segundo para reconocer el mundo exterior.

—Konrad —dijo.

—Ven conmigo.

—¿Adónde?

—A mi casa. Tienes que comer algo y necesitamos hablar.

Gutenberg miró hacia el extremo de la sala, donde Fust y Schöffer conversaban en voz baja con la actitud de dos socios que acaban de cerrar un trato satisfactorio. Schöffer no miró hacia ellos en ningún momento. Fust sí: un momento breve, sin hostilidad particular, el tipo de mirada que dirige un hombre de negocios hacia la parte contraria cuando el asunto ya está resuelto y ya no hay nada que ganar con la confrontación.

—¿Qué van a hacer con las Biblias? —preguntó Gutenberg.

—Venderlas —dijo Humery—. Eso es lo que hacen los hombres de negocios con las cosas que poseen.

—Están sin encuadernar. La mayoría.

—Las encuadernarán. —Humery puso una mano sobre el hombro de Gutenberg—. Johannes. Eso ya no depende de ti.

El impresor asintió lentamente. Se levantó con el esfuerzo tranquilo de quien ha acumulado más peso del que debería cargar y que ha aprendido a convivir con él. Recogió su capa del respaldo de la silla. Miró la sala una última vez, con los ojos de alguien que intenta grabar en la memoria un escenario que sabe que no va a olvidar, aunque preferiría hacerlo.

—Hay una cosa que no van a encontrar en el taller —dijo en voz muy baja, casi para sí mismo.

Humery lo miró.

—¿Qué cosa?

Gutenberg no respondió de inmediato. Se colocó la capa sobre los hombros y se dirigió hacia la puerta con ese paso suyo de hombre que avanza despacio porque piensa mientras camina.

—Ya te lo contaré —dijo—. Esta noche no. Cuando esté listo.

Humery lo siguió sin insistir. Conocía a Gutenberg lo suficiente para saber que había cosas que no podían apresurarse. Salieron juntos al frío de noviembre, que seguía siendo el mismo frío de antes aunque todo lo demás hubiera cambiado, y caminaron en silencio por las calles de Maguncia mientras a sus espaldas Ulrich Helmasperger terminaba de secar la tinta del instrumento que llevaba su nombre y que los historiadores citarían durante siglos como el documento que destruyó a un genio.

Helmasperger sopló sobre el pergamino para terminar de secarlo. Luego lo dobló con cuidado y lo depositó en el arcón donde guardaba los instrumentos importantes.

No sabía que lo era. Simplemente hacía su trabajo.

Capítulo 4

Lo que la luz no destruye

Coblenza, octubre de 2024

Marcus Adler llegó al laboratorio a las nueve de la mañana del día siguiente con una taza de café en una mano, una mochila de equipo en la otra, y la expresión de alguien que ha conducido dos horas desde Bonn escuchando música clásica a volumen excesivo porque es la única manera que conoce de prepararse para un día que promete ser complicado.

Era un hombre delgado, de unos cuarenta y cinco años, con el pelo entrecano cortado muy corto y unos lentes de montura metálica que le daban un aspecto de científico de película que Elena encontró vagamente tranquilizador: la gente que parece exactamente lo que es suele serlo.

Weber hizo las presentaciones con la brevedad de quien considera que las presentaciones son un trámite.

—Marcus Adler, arqueometrista, Universidad de Bonn. Elena Vancea, restauradora. Ya se pueden tutear.

—¿Ya hemos decidido que nos tuteamos? —preguntó Adler.

—Lo he decidido yo —dijo Weber—. Ahorra tiempo.

Adler miró a Elena con una expresión que decía claramente que llevaba años tratando con Weber y que había hecho las paces con su estilo de dirección mucho antes de que Elena llegara al museo. Elena respondió con una sonrisa breve que decía que lo entendía perfectamente.

—¿Puedo verlo? —preguntó Adler.

Elena retiró la cubierta de tela que había colocado sobre el libro la noche anterior y lo dejó sobre la mesa bajo la luz del laboratorio. Adler dejó el café en el suelo, se puso los guantes con la automaticidad de quien no necesita pensar en ese gesto, y se inclinó sobre el volumen con esa concentración específica que tienen los científicos cuando se encuentran frente a un problema que todavía no saben si les va a gustar.

Estuvo callado durante varios minutos. Pasó las páginas con lentitud, examinando la caja de texto, deteniéndose en algunas páginas más que en otras, levantando el libro hacia la luz en algún momento para evaluar la transparencia del papel.

—Las primeras páginas tienen cuarenta líneas por columna —dijo, sin que nadie le hubiera dicho nada sobre eso.

Elena miró a Weber. Weber la miró a ella.

—¿Lo sabías? —preguntó Weber a Adler.

—Lo sé de los estudios comparativos de los ejemplares conocidos. Gutenberg ajustó el interlineado durante la impresión para optimizar el uso del papel. A partir del quinto cuaderno, aproximadamente, se estabiliza en cuarenta y dos. —Siguió pasando páginas—. Quiero ver en qué cuaderno exacto ocurre el cambio en este ejemplar.

—¿Eso es relevante? —preguntó Weber.

—Es una de las primeras cosas que diría si esto fuera una falsificación del siglo XIX: que el falsificador probablemente no conocía ese detalle o no se tomó la molestia de reproducirlo. Si el cambio ocurre donde tiene que ocurrir, estamos descartando una categoría entera de fraudes posibles antes de hacer ningún análisis de laboratorio.

Se tomó su tiempo. Elena observaba sin interrumpir, valorando en silencio la metodología de un hombre que antes de encender un solo equipo quería agotar lo que los ojos podían decirle. Era una actitud que reconocía como propia y que le generó la primera simpatía real hacia Adler.

—Aquí —dijo Adler, deteniéndose en una página—. Cuaderno cinco, folio primero. Las columnas pasan de cuarenta a cuarenta y dos líneas exactamente donde tienen que pasar. —Se incorporó—. No es una prueba de autenticidad, pero es un primer filtro. Un falsificador del siglo XIX habría necesitado un conocimiento muy específico de los estudios codicológicos modernos para reproducir eso. Y esos estudios no existían en el siglo XIX con el nivel de detalle que este ejemplar requiere.

—¿Qué necesitas para seguir? —preguntó Elena.

Adler volvió a agacharse y señaló la segunda hoja de guarda, donde estaba la inscripción.

—Primero quiero ver esto con mis propios medios. Tienes imagen multiespectral en el laboratorio, según me ha dicho Weber.

—Sí. El equipo tiene rango entre trescientos y mil cien nanómetros. Cubre desde el ultravioleta cercano hasta el infrarrojo.

—Es suficiente para empezar. —Se incorporó del todo y miró a Weber—. Y quiero que quede claro algo antes de que empecemos, Dieter.

—Di —dijo Weber.

—Si en algún momento de este proceso alguien me pide que tomemos muestras del pergamino o de la tinta para datación por radiocarbono, voy a decir que no. Y voy a seguir diciendo que no independientemente de la presión que se ejerza. Un objeto de esta naturaleza no se corta para confirmar una sospecha. El radiocarbono tiene márgenes de error

de décadas, es destructivo y en un caso como este sería metodológicamente prematuro mientras no hayamos agotado todas las vías no invasivas. ¿Estamos de acuerdo en eso?

—Estamos de acuerdo —dijo Elena antes de que Weber pudiera decir nada.

Weber la miró un segundo antes de asentir.

—De acuerdo —dijo.

—Bien. —Adler recogió su mochila y la depositó sobre la segunda mesa —. Entonces empecemos.

El proceso de imagen multiespectral era, en su principio, conceptualmente simple: iluminar el objeto con luz de longitudes de onda diferentes y capturar la respuesta del soporte y de las tintas en cada rango. Lo que el ojo humano ve es una fracción pequeña del espectro electromagnético.

Lo que el soporte y las tintas hacen con el resto del espectro —cómo absorben, cómo reflejan, cómo emiten fluorescencia— es información que ningún observador puede obtener a simple vista pero que los equipos de imagen multiespectral convierten en datos legibles. Era la diferencia entre escuchar una conversación en una habitación y poder escuchar todas las conversaciones que han ocurrido en esa habitación durante los últimos cinco siglos.

Adler montó el equipo con la eficiencia de quien lo ha hecho centenares de veces: cámara multiespectral sobre trípode, iluminación lateral controlada, conexión al portátil donde el software procesaría las imágenes en tiempo real.

Elena colaboró sin que nadie se lo pidiera, ajustando los ángulos de iluminación que Adler iba indicando con gestos más que con palabras. Weber se instaló en el taburete del fondo con los brazos cruzados y la actitud de un hombre que sabe que en este momento su función es no estorbar.

La primera pasada fue con luz visible, para establecer la línea de base. La segunda, con ultravioleta de onda larga. La tercera, con infrarrojo cercano.

Fue en la tercera pasada cuando la inscripción de las cuatro líneas apareció en la pantalla del portátil con una claridad que ninguna de las iluminaciones anteriores había conseguido: las letras latinas emergieron del fondo del pergamino con una definición de bordes casi perfecta, cada trazo visible en su grosor y en su dirección, la presión de la pluma deducible de la anchura variable de las líneas.

—Dios mío —dijo Weber desde el fondo de la sala.

Nadie respondió a eso porque todos estaban mirando la pantalla.

—La tinta penetra en el pergamino de manera uniforme —dijo Adler, inclinado sobre el teclado—. Sin anomalías de superficie, sin acumulaciones en los bordes del trazo que serían características de una tinta aplicada sobre un soporte ya envejecido. Cuando se falsifica sobre pergamino antiguo, la tinta no penetra igual que cuando el soporte es fresco o relativamente reciente. El comportamiento de esta tinta es el de algo aplicado sobre pergamino en condiciones normales de uso.

—¿Eso significa que es contemporánea al soporte? —preguntó Elena.

—Significa que es compatible con serlo. No es una prueba definitiva, pero es un dato que apunta en esa dirección. —Adler cambió la visualización del software para superponer las imágenes de diferentes longitudes de onda—. Ahora quiero ver si hay trazos debajo de la inscripción. Si alguien raspó el pergamino para eliminar un texto anterior antes de escribir encima, el infrarrojo debería mostrarlo.

Los tres esperaron mientras el software procesaba la superposición.

La pantalla mostró la inscripción limpia, sin estratos subyacentes, sin indicios de raspado ni de texto anterior.

—Nada debajo —dijo Adler—. El pergamino estaba en blanco cuando se escribió esto. Lo que también es interesante, porque en los incunables del siglo XV las hojas de guarda frecuentemente tenían anotaciones de los sucesivos propietarios. Este ejemplar tiene las hojas de guarda en blanco excepto por la inscripción, lo que sugiere que nunca estuvo en circulación normal. Nunca tuvo propietario que lo leyera y dejara su marca en él.

—¿Porque estaba escondido? —preguntó Weber.

—O porque alguien se aseguró de que lo estuviera. —Adler guardó silencio un momento, mirando la pantalla—. Quiero ver ahora la composición espectral de la tinta. Comparar la firma de la inscripción con la firma de la tinta de impresión del cuerpo del libro.

Pasó la siguiente hora trabajando con la metodología paciente y sistemática que Elena había reconocido desde el principio como su estilo natural. Analizó la tinta de la inscripción en varios puntos distintos para verificar consistencia. Analizó la tinta de impresión en páginas diferentes del cuerpo del texto.

Comparó las firmas espectrales con la base de datos que llevaba en el portátil: pigmentos históricos conocidos, composiciones típicas de distintos períodos, marcadores químicos que aparecen en las tintas del siglo XIX y que no existen en las tintas medievales porque son producto de procesos industriales que todavía no existían.

Cuando terminó se quitó los lentes, los limpió con la manga de la camisa, y se los volvió a poner. Era, Elena lo aprendería con el tiempo, su gesto de cuando estaba a punto de decir algo importante.

—La tinta de la inscripción no contiene ninguno de los marcadores propios de los pigmentos sintéticos o semisintéticos del siglo XVIII o XIX —dijo—. Su firma espectral es compatible con las tintas metálicas ácidas de base de vitriolo que se usaban en los talleres del siglo XV. Concretamente con tintas que contienen compuestos de hierro y tanino, que es exactamente la formulación que los estudios históricos atribuyen a los primeros talleres de imprenta de Maguncia.

Weber se levantó del taburete.

—¿Exactamente compatible o aproximadamente compatible? —preguntó.

—En ciencia no existe "exactamente" cuando hablamos de tintas antiguas —dijo Adler—. Las formulaciones variaban entre talleres y entre años. Lo que puedo decir es que la composición espectral es consistente con el período, inconsistente con los siglos posteriores, y no presenta ningún marcador que señale hacia una falsificación moderna o decimonónica. —Hizo una pausa—. Para ir más lejos necesito el sincrotrón. Con fluorescencia de rayos X puedo identificar los elementos traza con una precisión que este equipo no me da. Pero eso requiere tiempo, gestión de acceso y trasladar el libro, lo que abre otra discusión.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Weber.

—Para conseguir tiempo de haz en el sincrotrón de Hamburgo o Grenoble, semanas en condiciones normales. Meses, si no hay urgencia declarada.

—Hay urgencia declarada —dijo Weber.

—Lo suponía. Voy a hacer algunas llamadas. —Adler empezó a desmontar el equipo con la misma eficiencia con que lo había montado —. Mientras tanto hay algo que deberías hacer tú, Dieter, que no tiene nada que ver con el laboratorio.

—¿Qué cosa?

—Controlar la filtración.

Weber frunció el ceño.

—No ha habido ninguna filtración. He sido muy claro con el personal.

Adler y Elena se miraron un momento.

—¿Tienes el teléfono a mano? —le preguntó Adler a Weber.

—Sí.

—Busca "palacio Metternich Coblenza hallazgo" en cualquier buscador.

Weber sacó el teléfono con el gesto de quien anticipa que no le va a gustar lo que va a encontrar. Buscó. Leyó. Su cara hizo varias cosas distintas en el transcurso de unos pocos segundos.

—Un blog de noticias locales —dijo—. Publicado anoche a las once.

—¿Qué dice? —preguntó Elena.

—Dice que durante las obras de restauración del palacio se ha descubierto un compartimento oculto con objetos de valor histórico indeterminado, y que las autoridades del museo se niegan a hacer declaraciones. —Weber dejó el teléfono sobre la mesa—. Brenner.

—No necesariamente —dijo Elena—. Fueron varios los obreros que vieron el arcón.

—Tobias —dijo Weber.

—Tampoco necesariamente —dijo Elena, aunque en realidad pensó que sí, probablemente Tobias.

—El daño ya está hecho de todas formas —dijo Adler, que había terminado de guardar el equipo y cerraba la mochila—. A partir de ahora el libro va a existir en el espacio público aunque nadie sepa todavía qué es. Y eso significa que las preguntas van a empezar a llegar antes de que tengamos respuestas. Lo cual, en mi experiencia, es la peor posición en la que puede encontrarse cualquier investigación científica.

—¿Qué recomiendas? —preguntó Weber.

Adler se colgó la mochila al hombro, recogió el café del suelo —que llevaba una hora allí y debía estar frío— y lo bebió de todas formas con la impasibilidad de quien ha renunciado desde hace tiempo a las comodidades menores.

—Recomiendo que hagas una declaración breve antes de que la prensa haga las preguntas. Que confirmes el hallazgo de objetos históricos en el palacio, que estáis procediendo con los protocolos de análisis correspondientes, y que no hay nada que comunicar hasta que los análisis estén completos. Sin especificar qué objetos. Sin mencionar el libro.

—¿Y si preguntan?

—Si preguntan, dices que el proceso de documentación está en curso y que cualquier declaración prematura comprometería la integridad de la investigación. Es la verdad, tiene el peso de la metodología científica detrás, y hace quedar mal al periodista que insista.

Weber asintió, pero con el gesto de quien acepta un consejo que sabe que no va a funcionar del todo.

—Y mientras tanto —dijo Adler, dirigiéndose hacia la puerta—, yo hago las llamadas para el sincrotrón y vosotros encontráis a un paleógrafo que quiera mirar esa caligrafía sin hacer preguntas prematuras. Que los hay, aunque son más escasos de lo que parece.

Se marchó. La puerta del laboratorio se cerró detrás de él con el sonido suave de una bisagra bien engrasada, que era el sonido opuesto al de la bisagra del arcón de la noche anterior, y Elena pensó que esa diferencia resumía bastante bien dónde estaban en ese momento: entre el objeto que llevaba siglos cerrado y el mundo que llevaba siglos sin saber que existía, con un espacio cada vez más estrecho entre los dos.

Weber miró el teléfono. Luego miró el libro.

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos antes de que alguien sepa exactamente qué es? —preguntó.

—Menos del que necesitamos —dijo Elena—. Siempre es menos del que se necesita.

Weber asintió. Recogió su chaqueta y salió al pasillo a hacer declaraciones que no iban a convencer a nadie pero que era necesario hacer de todas formas, porque eso es lo que hacen los directores de museo cuando el mundo empieza a llamar a la puerta antes de que la casa esté en orden.

Elena se quedó sola con el libro. Lo cubrió con la tela de protección, comprobó que la puerta del laboratorio quedaba cerrada con llave, y anotó en el cuaderno de campo los resultados del análisis de Adler con la precisión de quien sabe que los cuadernos de campo son, con frecuencia, los únicos testigos que no mienten.

Afuera, en algún lugar de la ciudad, alguien estaba leyendo un blog de noticias locales y haciéndose preguntas.

El tiempo, efectivamente, empezaba a escasear.

Capítulo 5

El algoritmo y su hambre de muestras

Coblenza, noviembre de 2024

La declaración de Weber duró cuatro minutos y generó cuarenta y siete solicitudes de información en las veinticuatro horas siguientes. Venían de periódicos locales, de suplementos culturales de la prensa nacional, de dos cadenas de televisión alemanas, de un corresponsal de la BBC en Berlín que había visto la nota del blog de Coblenza reproducida en Twitter con un comentario que decía simplemente "¿Gutenberg?" seguido de tres signos de interrogación, y de las oficinas de relaciones institucionales de las universidades de Maguncia, Oxford y la Sorbona, que no eran exactamente periodistas pero que tampoco eran exactamente otra cosa cuando querían acceso a algo.

Las solicitudes universitarias eran las más difíciles de manejar. Un periodista al que se le dice que el proceso de análisis está en curso acepta la respuesta con irritación pero la acepta.

Un rector o un decano que considera que su institución tiene derecho prioritario sobre cualquier hallazgo que afecte a su área de especialidad es una categoría diferente de problema, porque tiene los contactos, el peso institucional y la paciencia burocrática para convertir una negativa cortés en una guerra de oficios que puede durar meses.

Weber pasó tres días respondiendo llamadas con la diplomacia tensa de quien intenta ganar tiempo sin mentir demasiado, y al final de esos tres

días convocó a Elena y a Adler en su despacho con la cara de alguien que ha tomado una decisión que no le gusta pero que reconoce como necesaria.

—Necesitamos traer a alguien de paleografía computacional —dijo—. Alguien con credenciales suficientes para que cuando publiquemos los resultados nadie pueda decir que el análisis fue hecho en casa.

—Sophia Lin —dijo Adler sin dudar.

—¿La conoces? —preguntó Weber.

—Conozco su trabajo. Es la mejor en análisis de manuscritos con inteligencia artificial. Está en el MIT, aunque viaja con frecuencia a Europa porque la mayoría de los archivos que le interesan están aquí.

—¿Es discreta?

—Es científica —dijo Adler—. La discreción no es su virtud principal, pero el rigor sí. Y el rigor incluye no publicar nada antes de tener los datos completos, que es lo que nos interesa ahora.

Weber consideró esto un momento.

—Llámala —dijo.

Sophia Lin llegó a Coblenza una semana después, en un vuelo desde Zúrich donde había estado trabajando con los archivos de la abadía de Saint-Gallen. Era una mujer de unos cuarenta años, de origen taiwanés, con el pelo negro cortado muy corto y una forma de caminar que sugería que siempre iba ligeramente más rápido de lo que el entorno inmediato le permitía.

Llevaba dos maletas de equipo que pesaban más que ella y que insistió en subir al laboratorio sin ayuda de nadie porque, según explicó sin que nadie se lo preguntara, la última vez que dejó que alguien le cargara el equipo apareció con la cámara de alta resolución mirando hacia adentro de la mochila en vez de hacia afuera y eso le había costado dos horas de recalibración.

—¿Puedo verlo? —preguntó, exactamente con las mismas palabras que había usado Adler dos semanas antes, lo que Elena encontró revelador de algo sobre los científicos en general.

Le mostraron el libro. Lin lo examinó durante menos tiempo que Adler, lo que no significaba que lo mirara con menos atención sino que su atención funcionaba a mayor velocidad. Se concentró en la inscripción con la lámpara de mano que sacó de la primera maleta.

—Las líneas son largas —dijo—. Sin fragmentación. Alguien que escribe con confianza en lo que está escribiendo, sin pausas de duda. —Levantó la vista hacia Elena—. ¿Tenéis ya los datos del multiespectral?

—Te los mando ahora.

—Bien. —Lin dejó la lámpara y abrió la segunda maleta, que contenía un escáner de alta resolución en tres dimensiones cuya silueta Elena no

reconoció—. Esto me da la topografía de superficie de la tinta. La presión de la pluma deja una huella en el pergamino que es tridimensional aunque el ojo no la vea. El algoritmo analiza esa topografía y la compara con un corpus de referencia.

—¿Qué corpus tienes de Gutenberg? —preguntó Adler, que había llegado al laboratorio media hora antes que Lin y que llevaba ese tiempo sentado en el taburete del fondo con los brazos cruzados y la actitud de quien espera con curiosidad genuina.

Lin hizo una pausa.

—Ese es el problema —dijo.

—¿Cuánto tienes?

—Poco. Muy poco. —Se sentó en la silla junto a la mesa y abrió el portátil —. Gutenberg no dejó prácticamente nada de su escritura personal. No hay cartas, no hay diarios, no hay documentos firmados de su puño y letra que sean autógrafos verificados más allá de toda duda. Lo que tenemos son algunas firmas en instrumentos notariales de Estrasburgo de los años cuarenta, que los historiadores atribuyen a él pero que no están verificadas con las técnicas modernas, y un par de anotaciones marginales en documentos del período que podrían ser suyas o de un escribiente de su entorno. El corpus es ridículo para los estándares de entrenamiento que necesita el algoritmo.

—¿Entonces no se puede hacer? —preguntó Weber, que había entrado al laboratorio en algún momento de la conversación con la cautela silenciosa de los hombres preocupados.

—He dicho que el corpus es ridículo. No he dicho que no se pueda hacer. —Lin lo miró con la paciencia levemente abreviada de quien explica cosas técnicas a no especialistas con demasiada frecuencia—. Lo que voy a hacer es ampliar el corpus de referencia con manuscritos del mismo período, la misma región y el mismo tipo de escritura, para establecer los parámetros de variación normal dentro del grupo. Luego analizo la inscripción contra esos parámetros generales y contra los pocos trazos atribuidos a Gutenberg. Lo que el algoritmo puede decirme en ese contexto no es "esta firma es de Gutenberg con certeza del noventa y cinco por ciento". Lo que puede decirme es "esta firma es consistente con los patrones de escritura del grupo de referencia y presenta características específicas que coinciden con los trazos atribuidos a Gutenberg en los documentos de Estrasburgo". Que es diferente, y menos contundente, pero es lo máximo que la evidencia disponible permite decir con honestidad.

—¿Y eso es suficiente? —preguntó Weber.

—Suficiente para qué.

—Para establecer la autenticidad.

—No hay un análisis único que establezca la autenticidad de nada —dijo Lin—. La autenticidad es el resultado de la convergencia de múltiples análisis independientes que apuntan en la misma dirección. Lo que yo aporto es una pieza. Marcus aporta otra. Los paleógrafos aportarán la suya. Si todas las piezas apuntan al mismo lugar, entonces tenéis un argumento. Si alguna diverge, tenéis un problema. Así funciona esto.

—Entendido —dijo Weber, con el tono de quien ha entendido pero no está contento con lo que ha entendido.

Lin pasó el resto del día montando el escáner y realizando la primera toma de la inscripción. Era un proceso que requería precisión milimétrica en el posicionamiento del equipo y que Lin supervisaba con la atención de quien no confía en que el mundo externo respete los márgenes de error que la ciencia requiere.

Elena colaboró en silencio, aprendiendo a anticipar lo que Lin iba a necesitar antes de que lo pidiera, que era su manera habitual de trabajar con científicos a los que no conocía todavía.

A las siete de la tarde, cuando los primeros datos del escáner estaban procesados en la pantalla, Lin llamó a Adler y a Elena para que se acercaran.

—Mirad esto —dijo.

La pantalla mostraba un mapa topográfico de la superficie del pergamino en la zona de la inscripción: una representación tridimensional en falso color donde las zonas de mayor presión aparecían en rojo y las de menor presión en azul. Las letras emergían del fondo como una cordillera en miniatura, con sus propias alturas y sus propios valles.

—La presión es constante a lo largo de todo el trazo —dijo Lin—. Sin acumulaciones en el inicio de las letras, que es lo que ocurre cuando alguien que no está seguro del trazo se detiene un momento antes de empezar. Sin adelgazamiento al final de los trazos, que indicaría levantamiento prematuro de la pluma. —Señaló un punto concreto en la cuarta línea—. Aquí, en la firma, hay una ligera aceleración del trazo. No es un defecto: es el patrón de alguien que ha escrito su nombre miles de veces y que en ese gesto específico va más rápido porque lo tiene automatizado. Es el opuesto de lo que haría un falsificador, que precisamente en la firma reduciría la velocidad para asegurarse de copiarla bien.

—¿Eso es significativo? —preguntó Adler.

—Es uno de los marcadores más fiables de autenticidad en análisis de manuscritos. Los falsificadores trabajan despacio en las partes que consideran más identificables. Los autores genuinos trabajan más rápido donde tienen más práctica. Son lógicas opuestas y dejan huellas opuestas.

—¿Cuándo tendrás los resultados completos del algoritmo? —preguntó Elena.

—Necesito tres días para procesar el corpus de referencia y correr las comparaciones. —Lin guardó el archivo y cerró el portátil—. Y mientras tanto hay algo que deberíais saber.

—Di —dijo Adler.

—He recibido un correo esta tarde. De Nigel Ashworth.

El nombre cayó en el laboratorio con el peso específico que tienen los nombres que todo el mundo en una sala conoce y nadie estaba esperando escuchar.

—¿Qué quiere Ashworth? —preguntó Weber, cuya voz había adquirido una tensión nueva.

—Quiere saber si es verdad lo que dice la prensa. Y si es verdad, quiere acceso. —Lin los miró uno a uno—. Lo cual, dadas las circunstancias, es un problema.

—¿Por qué es un problema? —preguntó Elena—. Ashworth es uno de los mejores paleógrafos germánicos del mundo. Su opinión añade peso al análisis.

—Su opinión añade peso si es favorable —dijo Lin—. Si no lo es, tiene el peso institucional suficiente para convertir cualquier publicación en una guerra académica que puede durar años. He trabajado con él antes. Es extraordinariamente riguroso.

—¿Eso no es bueno? —preguntó Elena.

—El rigor es siempre bueno —dijo Lin—. Lo que no siempre es bueno es el momento en que aparece. Ashworth querrá ver los parámetros del algoritmo antes de aceptar cualquier conclusión mía. Es su posición pública desde hace años: que la inteligencia artificial no puede dictaminar sobre paleografía sin que los expertos humanos revisen el proceso completo. Tiene parte de razón. Y sabe perfectamente cómo usar esa parte de razón para ralentizar cualquier proceso que no controle.

El laboratorio quedó en silencio durante un momento.

—¿Le respondiste? —preguntó Weber.

—Le dije que estábamos en proceso de análisis y que cualquier solicitud de acceso debía pasar por la dirección del museo. —Lin señaló a Weber con un gesto—. Por ti, básicamente.

Weber procesó esto con la expresión de quien suma mentalmente cuántos frentes tiene abiertos y descubre que el número es mayor del que había calculado.

—¿Qué recomiendas? —preguntó a Lin.

—Que le respondas antes de que él decida que el silencio es una negativa. Ashworth con información incompleta es más peligroso que Ashworth con información completa y controlada. Al menos si sabe lo que hay, sus objeciones serán objeciones concretas y concretas se pueden responder. —Lin recogió su chaqueta—. Es solo mi opinión. Soy científica, no diplomática.

—Desafortunadamente —dijo Weber.

—Desafortunadamente —repitió Lin, con un punto de ironía que Elena registró como la primera señal de humor que le había visto.

Esa noche, solo en su despacho, Weber redactó la respuesta a Ashworth. La escribió tres veces antes de quedarse satisfecho con el tono: lo suficientemente abierto para no provocar una escalada, lo suficientemente firme para dejar claro que el acceso al laboratorio tenía condiciones, lo suficientemente vago sobre los resultados preliminares para no comprometer nada que todavía no estuviera consolidado.

La envió a las once y cuarto de la noche.

A las once y dieciséis, treinta y cinco segundos después de que el servidor de Oxford registrara la recepción del mensaje, llegó la respuesta de Ashworth. Cuatro líneas. Breves, educadas, implacables.

Decían que agradecía la información y que estaría en Coblenza la semana siguiente. Que esperaba poder examinar los datos del algoritmo de la doctora Lin antes de que se publicara ningún informe preliminar. Y que, si el hallazgo era lo que los rumores sugerían, convenía proceder con la máxima cautela, porque la historia de la paleografía estaba llena de certezas que el tiempo había convertido en vergüenzas, y que él personalmente no tenía ninguna intención de añadir otra a la lista.

Weber leyó el correo dos veces. Luego apagó el ordenador y se quedó sentado en la oscuridad del despacho durante un momento que no supo cuánto duró, pensando en que había pedido discreción y tiempo, y que el tiempo se había terminado antes de que la discreción sirviera de algo.

En el laboratorio, al otro lado del pasillo, el libro seguía sobre la mesa bajo su cubierta de tela, quieto y paciente como todo objeto que lleva siglos esperando y ha aprendido que esperar es lo único que nunca falla.

Capítulo 6

El cortesano del arzobispo

Maguncia, enero de 1465

El mensajero del arzobispo llegó al taller un martes por la mañana, cuando Gutenberg estaba limpiando los tipos con la calma metódica del hombre que ha convertido esa tarea en una forma de meditación. Era un joven de librea roja con el escudo de los Nassau bordado en el pecho,

que entregó el pliego sellado con la seriedad protocolaria de quien sabe que lleva algo importante aunque no sepa exactamente qué.

Gutenberg recibió el pliego sin apresurarse, lo depositó sobre la mesa de trabajo, terminó de limpiar el tipo que tenía en la mano, y solo entonces rompió el sello.

Leyó el documento una vez. Luego lo leyó otra vez.

—¿Hay respuesta? —preguntó el mensajero.

—Dile a Su Excelencia que asistiré —dijo Gutenberg, con una voz en la que no había nada que el mensajero pudiera identificar como emoción, lo que era exactamente la intención.

Cuando el joven se marchó, Gutenberg dejó el documento sobre la mesa y permaneció un momento quieto, mirando los tipos alineados en sus cajas con esa expresión que Humery, de haber estado presente, habría reconocido de inmediato: la del hombre que acaba de recibir una noticia que no sabe cómo procesar todavía porque llega diez años tarde y el mundo es un lugar diferente al que era cuando la hubiera necesitado.

Mandó aviso a Humery esa misma tarde.

Humery llegó al anochecer, cuando el frío de enero ya había vaciado las calles de Maguncia de todo el mundo excepto los que no tenían más remedio que estar en ellas. Encontró a Gutenberg sentado junto al brasero con el documento del arzobispo en la mano, mirando el fuego con esa concentración de quien no mira el fuego sino algo que está detrás de él.

—¿Lo has leído? —preguntó Gutenberg sin volverse.

—Me lo has mandado tú —dijo Humery, quitándose la capa y acercándose al calor—. Así que sí.

—¿Qué piensas?

Humery tomó asiento en el banco junto al brasero. Estudió a su amigo durante un momento antes de responder.

—Pienso que es lo correcto —dijo—. Tarde, pero correcto.

—Diez años tarde.

—Sí. Diez años tarde.

Gutenberg asintió, como si la confirmación en voz ajena tuviera un peso diferente que la misma idea pensada en silencio.

—¿Por qué ahora? —preguntó.

—Porque Adolf II es un hombre diferente a su antecesor. Porque tiene sus propias razones para querer que Maguncia sea reconocida como la cuna del invento, y esas razones incluyen que el inventor esté vivo y sea identificable como ciudadano de su diócesis. —Humery hizo una pausa —. Y porque el invento ha llegado ya a suficientes lugares del mundo como para que ignorarlo empiece a ser una posición insostenible.

—Eso es muy cínico, Konrad.

—Es realista —dijo Humery—. El cinismo y el realismo se parecen mucho desde lejos. De cerca son cosas diferentes.

Gutenberg sonrió levemente. Era una sonrisa que Humery no le había visto mucho en los últimos años: no la sonrisa del hombre contento sino la del hombre que encuentra que algo es exactamente lo que esperaba que fuera, lo cual tiene su propia satisfacción áspera.

—Me dan una pensión —dijo Gutenberg—. Tela para ropa de corte. Grano y vino.

—Ya lo sé.

—A mi edad. —Miró el documento—. Con lo que eso habría significado hace veinte años.

—Lo sé, Johannes.

—No lo sabes. —No lo dijo con hostilidad, sino con la precisión de quien corrige un error de hecho—. Nadie que no haya vivido esos años puede saberlo.

Humery no respondió a eso porque tenía razón y discutirlo habría sido, en el mejor de los casos, inútil. Había estado cerca de Gutenberg durante los años duros, lo suficientemente cerca para ver el daño que el juicio de 1455 había dejado en él, pero no tan cerca como para pretender que lo comprendía desde dentro. Había una diferencia entre observar el naufragio de otro y hundirse uno mismo, y Humery era lo bastante honesto para no confundirlas.

—¿Vas a ir? —preguntó.

—Ya le he dicho al mensajero que sí.

—Eso no es lo mismo que preguntarte si vas a ir.

Gutenberg lo miró.

—¿Qué diferencia hay?

—La diferencia entre hacer algo por protocolo y hacerlo porque quieres hacerlo —dijo Humery—. ¿Quieres ir?

El impresor tardó un momento en responder. Volvió a mirar el fuego, con esa expresión suya de hombre que piensa antes de hablar y que no considera que el silencio sea incomodidad sino trabajo.

—No sé lo que quiero —dijo finalmente—. Hace muchos años que no lo sé con claridad. Lo que sí sé es que ir es lo correcto, como dices tú. Que no ir sería un gesto de amargura que no le sirve a nadie, ni a mí. —Hizo una pausa—. Y que si el arzobispo quiere que su corte tenga un impresor viejo y sin taller, el impresor viejo y sin taller puede hacer esa concesión.

—No eres sin taller —dijo Humery.

—Tengo el que tú me pagas.

—Es tuyo.

—Es el que tú me pagas —repitió Gutenberg, sin inflexión peyorativa, solo con la precisión factual que era uno de sus rasgos más constantes —. No es lo mismo. Aunque te lo agradezco todos los días, que quede claro.

Humery agitó la mano en el gesto que hacía cuando quería decir que ese asunto no requería más palabras.

La ceremonia tuvo lugar tres días después, en el palacio arzobispal, en una sala que el invierno hacía fría a pesar de los tapices y de los tres braseros encendidos en los ángulos. Adolf II von Nassau era un hombre de unos cuarenta años, bien formado, con la cara inteligente de quien ha aprendido que el poder funciona mejor cuando viene acompañado de la apariencia de la generosidad.

Recibió a Gutenberg de pie, lo cual era ya un gesto de consideración que no pasó desapercibido para los pocos testigos presentes, entre ellos Humery, que había sido invitado en calidad de síndico de la ciudad y que escuchaba con la atención profesional del jurista que evalúa cada gesto en términos de lo que compromete y lo que no.

—Johannes Gutenberg —dijo el arzobispo, con la voz clara y bien proyectada de quien ha aprendido a hablar en público—, la Iglesia y la ciudad de Maguncia os reconocen como el autor de un invento que ha cambiado para siempre la manera en que el conocimiento humano se transmite y se preserva. Es un honor tardío, y soy consciente de que los honores tardíos son una forma particular de reconocimiento que no compensa lo que debería haber llegado antes. Sin embargo, es un honor genuino, y os lo ofrezco como tal.

Gutenberg escuchó estas palabras sin apartar los ojos del arzobispo. Estaba de pie con la espalda más recta de lo que era su costumbre, como si hubiera decidido que esa mañana merecía un esfuerzo físico adicional.

—Excelencia —dijo cuando el arzobispo terminó—, recibo este reconocimiento con gratitud. Y con la convicción de que el invento que mencionáis no es mérito de un solo hombre, sino de todos los que lo hicieron posible, incluyendo a algunos que ya no están entre nosotros y a otros que están en esta sala.

Sus ojos encontraron brevemente los de Humery al pronunciar esa última frase. Humery no hizo ningún gesto: se limitó a sostenerle la mirada durante un segundo antes de desviarla, porque los síndicos de ciudad no tienen costumbre de protagonizar los momentos que no les corresponden.

El arzobispo procedió con el ritual de la entrega: el documento de nombramiento, la mención de la pensión anual, la asignación de tela para vestido de corte en los colores de la casa de Nassau.

Gutenberg recibió todo con la dignidad tranquila de quien ha aprendido que los objetos materiales tienen el valor exacto que uno decide darles y no más. Cuando el arzobispo extendió la mano para el saludo protocolario, Gutenberg la tomó con firmeza, sin la reverencia excesiva que el rango del interlocutor podría haber justificado.

Después de la ceremonia, mientras los asistentes conversaban en voz baja y el vino caliente circulaba entre las manos entumecidas, Humery se acercó a Gutenberg en el extremo menos concurrido de la sala.

—¿Cómo estás? —preguntó en voz baja.

—Mejor de lo que esperaba —dijo Gutenberg, con lo que en él era equivalente a la alegría.

—El arzobispo ha estado bien.

—Ha estado correcto. Es diferente.

—Sí —admitió Humery—. Pero es lo que hay.

Gutenberg bebió un sorbo de vino. Miró alrededor de la sala con esa expresión suya de observador permanente, el hombre que en cualquier entorno registra más de lo que comenta.

—¿Sabes lo que más me sorprende, Konrad? —dijo.

—Di.

—Que me alegra. Que pensé que no me iba a alegrar, que iba a ser un trámite y que iba a volver al taller con la misma sensación de siempre. Y en cambio me alegra. —Hizo una pausa—. No por la pensión. No por la tela para el vestido. Me alegra porque alguien en una posición de autoridad ha dicho en voz alta, con testigos presentes, que el invento existe y que es mío. Que no puede borrarse. Que aunque Fust se lleve los tipos y Schöffer lleve el negocio, la idea que los hizo posibles tiene un nombre y ese nombre es el mío.

—Siempre lo ha tenido —dijo Humery.

—No oficialmente. No con un documento firmado.

—Los documentos no son la historia.

—No —dijo Gutenberg—. Pero ayudan a que la historia no se olvide.

Humery lo miró un momento. Había algo en el tono de su amigo que había cambiado sutilmente desde la última vez que habían hablado de estas cosas: una serenidad nueva, menos áspera que la resignación de los años anteriores, como la de alguien que ha estado esperando algo y que por fin puede dejar de esperar porque lo que esperaba ha llegado, aunque haya llegado con retraso y con menos de lo que debería haber traído.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Humery.

Gutenberg tardó en responder. Alguien en el otro extremo de la sala había empezado a tocar un laúd con la discreción de quien sabe que la

música es un fondo y no un protagonista, y las notas cruzaban el aire frío de la sala con esa levedad que tienen las cosas que no pretenden pesar.

—Voy a terminar algunas cosas que tengo pendientes —dijo Gutenberg.

—¿Qué cosas?

—Cosas del taller. —Miró a Humery con esa expresión de siempre, la del hombre que piensa más de lo que dice y que dice lo que es necesario decir en el momento en que es necesario decirlo—. Ya te lo contaré. Cuando esté listo.

Era la misma frase que había usado diez años atrás, al salir del tribunal de Helmasperger. Humery la reconoció y supo, como entonces, que no servía de nada insistir.

Salieron juntos del palacio arzobispal cuando la tarde empezaba a convertirse en noche. Las calles de Maguncia estaban frías y mal iluminadas, como siempre en enero, pero tenían el movimiento habitual de una ciudad que no deja de funcionar independientemente de lo que ocurra en sus palacios e iglesias.

Había vendedores cerrando sus puestos, grupos de estudiantes discutiendo con esa intensidad propia de quienes todavía creen que las discusiones resuelven las cosas, un fraile caminando de prisa con un paquete de libros bajo el brazo.

Libros. Impresos, casi con certeza: ya no era extraño ver libros impresos en las calles de Maguncia. Ya no era un objeto raro ni un lujo inasequible para la mayoría. En quince años, el invento había empezado a hacer exactamente lo que Gutenberg había concebido que haría, aunque las manos que lo operaban no fueran las suyas.

—¿Los ves? —dijo Gutenberg, señalando los libros del fraile con un gesto discreto.

—Los veo.

—Eso es lo que importa —dijo Gutenberg—. No el taller. No los tipos. Eso. —Siguió caminando—. Lo demás son detalles.

Humery caminó a su lado en silencio, pensando que hay hombres que necesitan décadas para llegar a una conclusión que otros habrían alcanzado en días, y que eso no los hace menos inteligentes sino simplemente más cuidadosos con lo que deciden creer.

Y pensando también, aunque esto no lo dijo, que algo en la manera en que Gutenberg había hablado esa tarde de las cosas pendientes del taller le producía una curiosidad que sabía que tendría que esperar para satisfacer.

Cuando llegaron a la esquina donde sus caminos se separaban, Gutenberg se detuvo y lo miró.

—Gracias, Konrad —dijo. Sin más.

—No hay nada que agradecer.

—Siempre hay algo que agradecer —dijo Gutenberg—. Aunque los documentos no lo recojan.

Se separaron en la esquina. Humery caminó hacia su casa con el frío de enero en la cara y esa sensación particular de quien ha asistido a algo cuya importancia completa todavía no comprende, pero que intuye, con la certeza vaga e insistente de la intuición, que el tiempo se encargará de revelar.

En el taller, aquella misma noche, Gutenberg encendió la vela y sacó de debajo del banco de trabajo un volumen que llevaba años en ese lugar, protegido por una tabla de madera y una tela de lino doblada. Lo abrió. Pasó las páginas con los dedos endurecidos por el frío y los años. Se detuvo en las hojas de guarda.

Las miró durante un momento largo.

Luego cerró el libro, lo volvió a guardar en su lugar, y fue a dormir.

Todavía no era el momento. Pero se estaba acercando.

Capítulo 7

El mercado de las certezas

Coblenza, noviembre de 2024

El abogado llegó un lunes por la mañana con un maletín de cuero marrón y una tarjeta de visita que decía Hartmann & Brücke, Abogados Asociados, Frankfurt, y que debajo del nombre del despacho añadía en letra más pequeña: Derecho Patrimonial, Derecho Internacional Privado, Litigios Culturales. Se llamaba Tobias Hartmann, tenía unos cincuenta años bien llevados y la expresión de quien ha pasado suficiente tiempo en despachos judiciales como para haberse vuelto inmune a la urgencia ajena.

Representaba, según explicó a Weber con la economía de palabras de quien cobra por minuto, a los herederos del consorcio inmobiliario que había comprado el palacio Metternich en 2019 con la intención de convertirlo en un hotel de lujo, cuyas obras de restauración habían descubierto de manera accidental el objeto que los medios de comunicación describían en ese momento como "posiblemente el hallazgo más importante de la historia del libro occidental", aunque con el margen de imprecisión que caracteriza a los medios cuando cubren asuntos que no comprenden del todo.

—Mis clientes son los propietarios legales del inmueble —dijo Hartmann, sentado frente al escritorio de Weber con el maletín sobre las rodillas—. Cualquier objeto hallado en el interior del inmueble durante obras de reforma es, en principio, parte del patrimonio del propietario, salvo las

excepciones contempladas en la legislación de protección del patrimonio cultural.

—Las excepciones son exactamente lo que nos ocupa —dijo Weber.

—Lo sé —dijo Hartmann—. Por eso estoy aquí. Mis clientes no pretenden en este momento reclamar la propiedad del objeto. Pretenden que quede documentado que sus derechos están siendo tomados en consideración y que cualquier decisión sobre el estatuto del objeto se tome con su participación.

—¿Qué significa "participación" en términos concretos?

—Significa información puntual sobre el proceso de análisis. Significa presencia en cualquier reunión con representantes de las autoridades culturales alemanas. Y significa —Hartmann hizo una pausa breve, del tipo que hacen los abogados cuando van a decir algo importante y quieren que el interlocutor lo registre como tal— que si el objeto es declarado patrimonio nacional, mis clientes esperan una compensación proporcional al valor que ese objeto habría tenido en el mercado libre.

Weber lo miró durante un momento.

—¿Ha estimado ya ese valor? —preguntó.

—Todavía no. Pero tengo entendido que una casa de subastas ya lo ha hecho, extraoficialmente.

El nombre de la casa de subastas llegó al despacho de Weber aquella misma tarde por un conducto diferente: una llamada del director de relaciones institucionales de Sotheby's en Londres, que se presentó como Hugo Mercer, habló durante cuatro minutos con el tono de afabilidad cultivada de quien ha aprendido que el dinero entra mejor cuando no parece que es de eso de lo que se habla, y terminó diciendo que su departamento de estimación había hecho un análisis preliminar basado en la información disponible públicamente y que estarían encantados de compartirlo con el museo de manera confidencial.

—¿Cuánto? —preguntó Elena, cuando Weber le contó la llamada esa tarde en el laboratorio.

—No dio cifra. Dijo que dependía de la verificación de la autenticidad. Pero la manera en que lo dijo —Weber buscó las palabras— sugería que la cifra tiene muchos ceros.

—Todos los ceros del mundo no sirven de nada si el Estado alemán declara el libro patrimonio nacional inalienable —dijo Adler, que estaba trabajando en la segunda mesa y había escuchado la conversación sin dejar de teclear.

—¿Cuándo va a ocurrir eso? —preguntó Elena.

—Ya ha ocurrido —dijo Weber.

Los dos levantaron la vista.

—Esta mañana —dijo Weber, con el tono de quien entrega una mala noticia que lleva horas sosteniendo—, he recibido una comunicación formal del Ministerio Federal de Cultura. El objeto está bajo medida cautelar de protección patrimonial con efecto inmediato. Eso significa que no puede moverse, no puede ser cedido a ninguna institución privada, no puede ser objeto de ninguna transacción comercial, y cualquier análisis adicional requiere la aprobación formal del ministerio.

—¿Y el análisis del sincrotrón? —preguntó Adler.

—Está en suspenso hasta que el ministerio nombre a su propio representante científico en el proceso.

—Eso puede tardar semanas.

—Lo sé.

—Y mientras tanto Ashworth llega la semana que viene y nosotros no tenemos los resultados del sincrotrón para mostrarle —dijo Lin desde la puerta, donde había aparecido en algún momento de la conversación con la taza de té que llevaba siempre en la mano cuando trabajaba—. Lo que significa que va a ver lo que tenemos ahora, que es suficiente para hacerse preguntas pero no para responderlas, y que va a usar esa insuficiencia como argumento para cuestionar el proceso completo.

—Lo sé —repitió Weber.

—¿Y qué vamos a hacer? —preguntó Elena.

Weber se sentó en el taburete que había junto a la mesa central y se frotó los ojos con el gesto del hombre que lleva demasiados días durmiendo menos de lo que necesita.

—El ministerio quiere un informe preliminar de situación en cuarenta y ocho horas —dijo—. Un resumen de los análisis realizados hasta la fecha y de las conclusiones provisionales.

—¿Qué conclusiones provisionales? —dijo Adler—. No tenemos conclusiones definitivas todavía. Tenemos datos que apuntan en una dirección, pero los datos sin el sincrotrón son insuficientes para un informe oficial.

—Lo sé, Marcus. Pero el ministerio no acepta "todavía no tenemos conclusiones" como respuesta. Quieren algo escrito, algo que puedan mostrar a sus superiores y a los medios, algo que justifique la medida cautelar.

—¿Y quieren que lo suavicemos? —preguntó Elena directamente.

Weber la miró.

—Quieren que sea equilibrado —dijo.

—"Equilibrado" y "suavizado" no son la misma cosa.

—Elena —dijo Weber, con un tono que intentaba ser conciliador y que no lo conseguía del todo—, entiendo tu posición y la comparto en principio.

Pero hay una realidad institucional que no podemos ignorar. Si el informe preliminar afirma con demasiada contundencia que el libro es auténtico antes de que tengamos todos los análisis completos, y luego alguno de esos análisis introduce una duda, el museo quedará en una posición insostenible. Si en cambio el informe es cauteloso, si refleja que el proceso está en curso y que los resultados son prometedores pero no definitivos, tenemos margen para gestionar lo que venga.

—Lo que describes —dijo Elena— es un informe que refleje menos de lo que los datos dicen para proteger la posición del museo. Eso no es cautela científica. Es otra cosa.

Hubo un silencio en el laboratorio que duró lo suficiente para que resultara incómodo.

—Nadie te está pidiendo que falsifiques nada —dijo Weber finalmente.

—No me lo estás pidiendo con esas palabras —dijo Elena—. Pero me estás pidiendo que describa los datos de manera que parezcan menos sólidos de lo que son. Y eso, doctor Weber, tiene un nombre que ninguno de los dos quiere pronunciar en voz alta.

Adler había dejado de teclear. Lin miraba su taza de té.

Weber se levantó del taburete.

—Redacta el informe como consideres correcto —dijo, con la voz del hombre que ha decidido que algunas batallas no vale la pena darlas hoy —. Yo lo revisaré antes de enviarlo. Y si hay algo que discutir, lo discutimos.

—De acuerdo —dijo Elena.

Weber salió del laboratorio. Sus pasos en el corredor sonaron más pesados de lo habitual, o quizás era que el silencio después de la conversación los hacía sonar así.

—Bien hecho —dijo Adler en voz baja.

—No sé si ha sido bien hecho —dijo Elena—. Solo sé que era lo correcto.

—Qué es exactamente lo que hace que sea bien hecho —dijo Adler, y volvió a teclear.

El informe le llevó a Elena dos días escribirlo. Era un documento de diecisiete páginas que describía el hallazgo, el contexto del derrumbe, el protocolo de documentación, los análisis realizados y sus resultados con la precisión de la que era capaz: imagen multiespectral, resultados del escáner topográfico tridimensional de Lin, análisis espectral comparativo de la tinta. No suavizó nada. Tampoco exageró nada. Los datos decían lo que decían y el informe los decía de la misma manera. Donde los datos eran sólidos, el informe era sólido. Donde los datos eran insuficientes todavía, el informe lo indicaba con la honestidad de quien prefiere la precisión al espectáculo.

Weber lo leyó durante una hora en su despacho. Cuando terminó llamó a Elena y le dijo que lo enviaba tal como estaba.

—¿Sin cambios? —preguntó Elena.

—Sin cambios.

Elena no dijo nada más. A veces los hombres necesitan tiempo para llegar a la conclusión correcta y lo importante no es el tiempo que tardan sino que lleguen.

La respuesta del ministerio llegó cuarenta y ocho horas después, en forma de tres documentos simultáneos: una confirmación de la medida cautelar de protección, una lista de cuatro científicos nombrados como representantes del ministerio en el proceso de análisis, y una nota protocolaria que informaba de que el Museo Gutenberg de Maguncia había solicitado formalmente ser declarado institución custodia del objeto en caso de confirmación de su autenticidad.

Ese último punto fue el que produjo la llamada más incómoda de la semana: el rector de la Universidad de Maguncia, indignado, que consideraba que la universidad tenía más título que el museo para custodiar el objeto. Seguida de la llamada del director del Museo Estatal de Arte de Berlín, igualmente indignado, que consideraba que ninguna institución regional tenía la infraestructura necesaria para custodiar un objeto de importancia mundial.

Seguida de la llamada del abogado Hartmann, que comunicaba que sus clientes habían tomado nota de las declaraciones del Museo Gutenberg de Maguncia y que se reservaban el derecho de interponer recurso.

Lin, que había estado escuchando el recuento de esas llamadas mientras trabajaba con los datos del algoritmo, dijo:

—El libro lleva quinientos años sin que nadie supiera que existía. Ha tardado exactamente tres semanas en convertirse en el centro de una guerra de instituciones.

—Es la naturaleza de las cosas valiosas —dijo Adler.

—Es la naturaleza de los seres humanos —dijo Lin—. Las cosas valiosas solo son lo que son. Los seres humanos son los que hacen la guerra.

—¿Tienes ya algo del algoritmo? —preguntó Elena, que consideraba más productivo centrarse en lo que podía controlarse.

—Tengo los resultados preliminares —dijo Lin—. Son buenos. Mejores de lo que esperaba dado el tamaño del corpus.

—¿Cuánto de buenos?

—La compatibilidad entre la inscripción y los trazos atribuidos a Gutenberg en los documentos de Estrasburgo es del ochenta y tres por ciento en los parámetros de presión y del setenta y nueve en los parámetros de flujo. Para un corpus de comparación tan reducido, esos números son significativos.

—¿Significativos en qué sentido? —preguntó Adler.

—En el sentido de que si el corpus fuera diez veces más grande y los números siguieran siendo esos, nadie los pondría en duda. Con el corpus que tenemos, son sólidos pero atacables. Que es exactamente lo que Ashworth va a hacer cuando los vea.

—¿Y eso te preocupa?

Lin consideró la pregunta con más seriedad de lo que su tono habitual sugería.

—Me preocupa que Ashworth tenga razón en atacarlos —dijo—. No en el sentido de que los datos sean falsos, sino en el sentido de que el corpus es objetivamente insuficiente para lo que estamos tratando de demostrar. Podría construirse un modelo alternativo con los mismos datos que diera resultados diferentes, si se eligen los parámetros de comparación de manera diferente. No es lo que yo haría, pero es lo que alguien que quisiera contradecirme podría hacer.

—¿Y cómo se resuelve eso? —preguntó Elena.

—Con el sincrotrón —dijo Adler desde su mesa, sin levantar la vista—. Siempre volvemos al sincrotrón. Si la composición elemental de la tinta confirma lo que el multiespectral sugiere, el algoritmo de Lin pasa de ser el argumento principal a ser un argumento de refuerzo, y eso cambia completamente cómo puede atacarlo Ashworth.

—Entonces necesitamos el sincrotrón —dijo Elena.

—Necesitamos el sincrotrón —confirmó Adler—. Y para eso necesitamos que el ministerio desbloquee el proceso. Y para eso necesitamos que alguien con más peso que Weber les explique por qué la cautela burocrática en este caso específico no es cautela sino obstáculo.

Los tres se miraron durante un momento.

—Ashworth —dijo Lin.

—Ashworth —repitió Elena.

Era la paradoja perfecta: el hombre al que más temían en términos de objeción académica era también, por el peso de su nombre y de su institución, el más capaz de mover los engranajes del ministerio en la dirección correcta. Si se convencía, o al menos si dejaba de objetar, las puertas que ahora estaban cerradas podrían abrirse en días.

Todo dependía, entonces, de lo que Ashworth viera cuando llegara al laboratorio la semana siguiente.

Y de lo que decidiera hacer con lo que viera.

Elena anotó esto en el cuaderno de campo, no porque fuera un dato científico sino porque los cuadernos de campo son también el lugar donde se registran las paradojas, que son con frecuencia los datos más reveladores de todos.

Afuera, en la ciudad de Coblenza, el palacio Metternich seguía siendo el palacio Metternich: piedra vieja, andamios, el ala oeste cerrada por orden del museo. Pero en el despacho de un abogado de Frankfurt, en la oficina londinense de una casa de subastas, en los pasillos de un ministerio de Berlín y en la sala de espera de un aeropuerto donde un rector universitario esperaba su vuelo con el teléfono en la mano, el libro que llevaba cinco siglos en silencio había empezado a hacer exactamente lo que los libros hacen cuando se abren: hablar. Generar preguntas. Provocar disputas. Cambiar la temperatura del mundo a su alrededor.

Gutenberg lo habría reconocido. Era exactamente para eso para lo que había inventado la imprenta.

Capítulo 8

La tinta del sincrotrón

Hamburgo, diciembre de 2024

El Deutsches Elektronen-Synchrotron —DESY para quienes trabajan con él y no tienen tiempo para pronunciar el nombre completo cada vez que lo mencionan— ocupa un complejo de edificios en el distrito de Bahrenfeld de Hamburgo que desde el exterior parece una combinación entre una central eléctrica y una universidad, que es aproximadamente lo que es.

En su interior, un anillo de aceleración de electrones de casi dos kilómetros de circunferencia genera radiación sincrotrón de una intensidad que supera en millones de veces a la de los equipos de laboratorio convencionales, y esa intensidad es lo que permite hacer cosas que de otra manera son imposibles: ver la composición elemental de una tinta de quinientos años de antigüedad sin arrancar una sola fibra del soporte que la contiene.

Marcus Adler había trabajado en DESY en tres ocasiones anteriores, siempre para proyectos de arqueometría en los que el análisis no destructivo era una condición no negociable. Conocía el procedimiento, conocía al personal técnico de la línea P06, que era la que utilizaban para análisis de fluorescencia de rayos X en objetos de patrimonio cultural, y conocía también los tiempos: conseguir acceso al haz en DESY era un proceso que en condiciones normales llevaba meses, porque la demanda superaba siempre la disponibilidad.

En condiciones no normales, que era exactamente la categoría en la que encajaba este caso, el proceso podía acelerarse si había alguien con el peso institucional suficiente para moverlo.

Ese alguien había resultado ser, sorprendentemente, el propio Ministerio Federal de Cultura, que tras recibir el informe de Elena y tras dos semanas de correspondencia institucional que Adler había seguido

desde lejos con la paciencia de quien sabe que los ministerios se mueven a su propio ritmo y que presionarlos suele producir el efecto contrario, había emitido una autorización prioritaria para el análisis en DESY.

El representante científico del ministerio, una doctora en química analítica llamada Renate Scholl que llegó a Coblenza tres días antes del traslado con una carpeta de protocolos que medía cuatro centímetros de grosor, supervisó personalmente el embalaje del libro con una meticulosidad que Elena encontró a la vez tranquilizadora y ligeramente exasperante.

—¿No le parece suficiente? —preguntó Elena, cuando Scholl exigió una cuarta capa de espuma de polietileno en torno al volumen.

—Para un objeto de este valor potencial —dijo Scholl, sin levantar la vista del embalaje—, "suficiente" no es una categoría que yo maneje.

Elena decidió que le caía bien.

El traslado se hizo en una furgoneta blindada con temperatura controlada, acompañada por dos personas del museo, Adler, Scholl y un agente de seguridad privada que el abogado Hartmann había insistido en añadir al convoy en representación de los intereses de sus clientes, y cuya presencia todos fingieron encontrar natural aunque nadie la encontrara natural.

El análisis en DESY duró dos días.

La línea P06 era una sala larga y fría, iluminada con una luz blanca y plana que no proyectaba sombras y que hacía que todo lo que había dentro pareciera igualmente importante, lo cual era, pensó Elena mientras esperaba, probablemente el efecto deseado en un entorno donde la atención debía distribuirse con precisión.

El libro estaba depositado sobre una plataforma motorizada que podía ajustarse en los tres ejes con una precisión de micrómetros, y el haz de rayos X lo iluminaba desde un ángulo calculado para maximizar la señal en los puntos de interés sin comprometer la integridad del soporte.

Adler coordinaba el análisis desde la consola junto al técnico de la línea, un hombre joven llamado Fabian que hablaba poco pero que manejaba los controles con la fluidez de quien ha hecho ese gesto miles de veces. Elena y Scholl observaban desde detrás de la mampara de protección, donde las pantallas mostraban en tiempo real los espectros de fluorescencia que el detector captaba cada vez que el haz impactaba sobre la superficie del libro.

—¿Qué estamos mirando exactamente? —preguntó Scholl, que era química analítica pero que había trabajado principalmente con materiales modernos y que miraba los espectros con la concentración de quien reconoce el tipo de gráfica pero no necesariamente su contenido específico.

—Cada elemento de la tabla periódica emite rayos X de fluorescencia a una energía característica cuando el haz lo excita —dijo Elena—. Lo que el detector registra es esa emisión. El resultado es el fingerprint elemental de la tinta: qué metales contiene, en qué proporciones, con qué impurezas.

—¿Y eso nos dice cuándo fue fabricada la tinta?

—Nos dice con qué fue fabricada. La composición elemental varía según el período histórico, la región geográfica y el taller específico. Una tinta del siglo XV de un taller de Maguncia no tiene la misma firma elemental que una tinta del siglo XIX fabricada en cualquier lugar de Europa, porque los procesos de producción son diferentes y las fuentes de los ingredientes también.

—¿Y si alguien en el siglo XIX intentó reproducir exactamente la fórmula del siglo XV?

—Entonces tendríamos los elementos principales correctos pero las impurezas serían diferentes. Las impurezas no se reproducen: son el resultado de la procedencia específica de los minerales, de las herramientas usadas en la fabricación, de contaminaciones accidentales del proceso. Son como las huellas dactilares: se pueden falsificar los rasgos principales, no los detalles que nadie eligió.

Scholl asintió. Siguió mirando las pantallas.

El primer conjunto de análisis lo realizaron sobre el cuerpo del texto: distintos puntos de distintas páginas, en zonas donde la tinta de impresión era representativa y donde el estado de conservación era suficientemente bueno para dar señales limpias.

Los espectros acumulados en las primeras cuatro horas mostraron un perfil elemental consistente: hierro, cobre, plomo, manganeso en trazas, con una firma de impurezas que Adler comparó en tiempo real contra la base de datos que había preparado para el análisis.

—Es completamente consistente con las tintas metálicas ácidas de los talleres de imprenta del Rin en el tercer cuarto del siglo XV —dijo, sin girarse de la pantalla—. El perfil de hierro y plomo encaja con los estudios publicados sobre las tintas de los ejemplares conocidos de la Biblia de cuarenta y dos líneas. No hay ningún marcador que sea anacrónico.

—¿Qué estudios? —preguntó Scholl.

—Hay al menos cuatro estudios de arqueometría publicados en los últimos veinte años sobre la composición química de las tintas de los ejemplares de la Biblioteca del Congreso, la Biblioteca Británica y la Biblioteca Estatal de Baviera. Los utilizamos como corpus de referencia.

—¿Y este ejemplar coincide con esos estudios?

—Coincide dentro de los márgenes de variación esperados. Los talleres del período no tenían fórmulas estandarizadas: había variaciones entre

lotes, entre días de producción, entre distintos tinajeros. Pero el perfil general es el mismo.

El segundo conjunto de análisis fue sobre la inscripción. Adler seleccionó seis puntos distribuidos a lo largo de las cuatro líneas latinas, intentando cubrir distintos trazos y distintas posiciones dentro de la página, para minimizar el efecto de cualquier variación local que pudiera sesgar los resultados.

El proceso fue más lento porque la señal en la zona de la inscripción era más débil: la tinta de la dedicatoria era menos densa que la tinta de impresión, lo cual era esperable dado que la imprenta usa más presión y más cantidad de tinta que la escritura a mano.

Los espectros tardaron más en resolverse. Elena esperó con la concentración de quien ha aprendido que en ciencia la paciencia no es una virtud sino una herramienta de trabajo.

Cuando los resultados aparecieron en pantalla, Adler no dijo nada durante un momento. Leyó los valores. Los comparó con los del cuerpo del texto. Los comparó con la base de datos de referencia. Luego llamó a Fabian para que verificara que el software de análisis estaba calibrado correctamente, y Fabian verificó que sí.

—Elena —dijo Adler.

Ella se acercó a la consola.

En la pantalla había dos espectros superpuestos: el de la tinta de impresión del cuerpo del libro y el de la tinta de la inscripción. No eran idénticos, porque no podían serlo: la concentración de los elementos era diferente dado el tipo de aplicación. Pero el perfil de las impurezas —el cobre, el plomo, el manganeso en trazas, la proporción específica entre los distintos componentes secundarios— era prácticamente el mismo en los dos espectros.

—Las impurezas coinciden —dijo Adler—. No solo el perfil general. Las impurezas específicas. El mismo cobre en la misma proporción relativa. El mismo manganeso. La misma firma de contaminación de plomo que aparece en las tintas de impresión y que los estudios previos han atribuido a los tipos móviles de plomo del taller.

—¿Qué significa eso? —preguntó Scholl, que había venido desde detrás de la mampara cuando notó el cambio en el tono de la conversación.

—Significa —dijo Adler— que la persona que escribió la inscripción usó tinta fabricada con los mismos ingredientes, de las mismas fuentes, con las mismas herramientas que la tinta con la que se imprimió el cuerpo del libro. No una tinta similar. No una tinta de la misma época y la misma región. La misma tinta, o una tinta fabricada en el mismo taller con los mismos materiales y los mismos procesos.

—¿Podría ser una coincidencia? —preguntó Scholl.

—La coincidencia en las impurezas a este nivel de precisión tiene una probabilidad estadística que ningún modelo de error razonable puede absorber —dijo Adler—. No es una coincidencia. Es el mismo origen.

Elena miró los espectros en la pantalla durante un momento.

—Entonces quien escribió la dedicatoria —dijo— tenía acceso al tintero del taller.

—Al tintero del taller, a los tipos de plomo, a los ingredientes específicos que hacían la tinta de ese taller diferente de las tintas de otros talleres del período. Las tintas de imprenta del siglo XV eran formulaciones propietarias: cada maestro imprentero tenía su fórmula y la guardaba con el celo con que un cocinero guarda su receta. No era algo que se consiguiera en el mercado. Era algo que existía en un solo lugar: el taller.

Scholl guardó silencio durante un momento.

—Eso descarta al falsificador del siglo XIX —dijo.

—Descarta a cualquier falsificador que no tuviera acceso físico al taller en el momento en que la tinta se estaba usando —dijo Adler—. Lo que cronológicamente significa: mientras el taller estaba en funcionamiento, en la segunda mitad del siglo XV.

La noticia llegó al mundo académico antes de que Adler hubiera terminado de escribir el informe técnico. No fue una filtración deliberada, al menos no desde el laboratorio: fue la suma de demasiadas personas que sabían demasiadas cosas parciales y que en algún momento decidieron que la suma de esas cosas parciales era suficiente para compartirla.

Un profesor de química analítica de la Universidad de Hamburgo que había reconocido a Adler en los pasillos de DESY publicó un comentario en una lista de distribución académica que, en cuarenta y ocho horas, había sido reenviado a suficientes personas como para que el Financial Times lo recogiera en su sección de cultura con el titular que ninguno de ellos habría elegido: "El hallazgo del siglo: ¿tiene Gutenberg una firma?".

Las cuarenta y siete solicitudes de información de tres semanas antes parecieron, en retrospectiva, un período de tranquilidad idílica.

Weber llamó a Elena al móvil mientras todavía estaban en Hamburgo.

—¿Has visto el Financial Times? —preguntó.

—Sí —dijo Elena.

—¿Y?

—Y los datos son los que son. Que el mundo se entere antes de tiempo no cambia lo que los datos dicen.

—No —dijo Weber—. Pero cambia la presión con la que tenemos que trabajar a partir de ahora. —Una pausa—. ¿Cuándo volvéis?

—Mañana.

—Ashworth llega pasado mañana —dijo Weber—. Ya no es posible controlar lo que sabe antes de llegar. Ahora viene con el Financial Times en la mano.

—Era inevitable —dijo Elena—. Antes o después, era inevitable.

—Ya lo sé —dijo Weber—. Pero habría preferido que fuera después.

Elena colgó y miró a Adler, que estaba terminando de guardar los datos en el disco duro externo que siempre llevaba consigo para los análisis importantes.

—Weber —dijo.

—Lo supuse —dijo Adler—. ¿Ashworth?

—Pasado mañana.

Adler cerró el disco duro y lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta, el gesto del científico que protege sus datos con la misma atención con que un soldado protege su arma.

—¿Sabes qué me parece interesante? —dijo.

—Di.

—Que en este momento, con lo que tenemos del sincrotrón, la hipótesis de la autenticidad es mucho más sólida que la hipótesis de la falsificación. Cualquier científico que revise los datos objetivamente tendrá que reconocerlo. —Hizo una pausa—. Lo que significa que Ashworth, si quiere seguir siendo un escéptico honesto, va a tener que trabajar mucho más duro que hace dos semanas para sostener sus objeciones.

—¿Y si no es un escéptico honesto? —preguntó Elena.

Adler pensó en esto un momento.

—Entonces —dijo— va a ser un problema diferente. Y más difícil.

Recogieron el equipo, firmaron los protocolos de salida que Scholl exigía para cada etapa del proceso, y salieron al frío de diciembre en Hamburgo, donde el viento del norte empujaba desde el puerto con esa insistencia que tiene el invierno en el norte de Alemania cuando decide que ya ha sido suficientemente amable.

En el interior de la furgoneta blindada, el libro volvía a Coblenza envuelto en sus cuatro capas de espuma de polietileno, quieto y perfectamente ajeno al Financial Times, a Ashworth, a los ministerios y a las casas de subastas. Llevaba quinientos años siendo exactamente lo que era. Le quedaba tiempo para seguir siéndolo un poco más.

Capítulo 9

El testamento de Coblenza

Renania, 1480-1522

Konrad Humery murió en el otoño de 1480 con la serenidad de los hombres que han vivido más de lo que esperaban y que han hecho, durante ese tiempo extra, lo que consideraban necesario. Tres días antes de morir llamó a su hijo Heinrich y le pidió que se sentara.

—La biblioteca —dijo Humery, con la voz de quien conserva la precisión del pensamiento aunque el cuerpo ya haya empezado a negarse— es tuya. Todos los volúmenes.

—Lo sé, padre —dijo Heinrich. Tenía cuarenta y dos años, era abogado como su padre y compartía con él la economía de palabras, aunque por razones diferentes: Humery hablaba poco porque pensaba mucho; Heinrich hablaba poco porque no siempre había mucho que pensar.

—Hay un volumen en el estante inferior, a la izquierda de la ventana. Encuadernado en piel marrón. Sin título en el lomo.

—¿Cuál de todos? —preguntó Heinrich.

—El más grueso. El que parece un libro de poco valor.

Heinrich lo buscó con la mirada entre los estantes que podía ver desde donde estaba sentado, sin levantarse todavía.

—¿El que está entre el tratado de retórica y el breviario sin tapas?

—Ese.

—¿Qué tiene de particular?

Humery tardó un momento en responder. No era la duda del hombre que no sabe qué decir sino la del hombre que sabe exactamente qué decir y está eligiendo cuánto decirlo.

—Tiene más de lo que parece —dijo finalmente—. Mucho más. Pero no conviene que eso sea visible. La encuadernación tosca es una decisión, no un descuido.

—¿Una decisión de quién?

—De Johannes. —Humery cerró los ojos un momento—. Guárdalo donde está. No lo muevas, no lo exhibas, no hables de él. Si algún día encuentras en las hojas de guarda algo que no esperabas, léelo con cuidado antes de decidir qué haces.

—¿Qué voy a encontrar?

—Puede que nada —dijo Humery—. Puede que todo. Depende de cómo mires.

Heinrich esperó a que su padre añadiera algo más. Humery no añadió nada más. Cerró los ojos y en pocos minutos se quedó dormido con esa facilidad que tienen los moribundos cuando han dicho lo que tenían que decir.

Heinrich Humery inventarió la biblioteca tres semanas después de que su padre muriera. Llegó al volumen de piel marrón, lo abrió, vio las

tipografías góticas y las capitales iluminadas, no abrió las hojas de guarda con más atención que la necesaria, y anotó en el registro: *Un volumen en folio, texto bíblico en latín, impresión gótica, sin datos de impresor, estado bueno.* Lo devolvió al estante entre el tratado de retórica y el breviario sin tapas, exactamente donde su padre le había dicho que lo dejara.

No lo volvió a tocar en veintiún años.

Lo que su padre había querido decirle con aquello de "*depende de cómo mires"*, Heinrich lo pensó durante algunos meses y luego lo dejó de pensar, porque era abogado y los abogados tienen una relación pragmática con los misterios que no generan honorarios.

El libro encontró su lugar en el silencio de la biblioteca y aprendió, si los objetos aprenden algo, a no llamar la atención.

Los nietos de Konrad Humery heredaron el libro sin saber que lo heredaban. Y fue la bisnieta la que tuvo que tomar la decisión.

En octubre de 1522, Gertrud Humery —casada con un comerciante de paños cuyo nombre los registros de la época recogían a veces como Gebhard y a veces como Gerhard, con la inconsistencia ortográfica que el período aplicaba generosamente a los nombres de quienes no eran suficientemente importantes como para que la historia se tomara la molestia de fijarlos— recibió en su casa de Coblenza la visita de fray Anastase Lorie.

Era un hombre de unos cincuenta años, de complexión robusta, con la cara curtida de quien pasa más tiempo al aire libre de lo que la regla de su orden requería estrictamente, y unas manos que parecían más las de un carpintero que las de un monje.

Su fama en la región no era la del erudito contemplativo sino la del hombre que sabía hacer las cosas necesarias sin perder el tiempo en consideraciones que podían aplazarse para la vida contemplativa de después. Se sentó a la mesa con Gertrud y aceptó el vino que ella le ofreció porque era noviembre y había caminado desde antes del amanecer.

—Me ha mandado llamar —dijo Lorie.

—Sí —dijo Gertrud. Era una mujer de unos cuarenta años, de ese tipo de carácter que se forma en las familias donde durante generaciones nadie ha tenido el lujo de ser impreciso—. Las tropas del conde palatino cruzaron el Mosela la semana pasada. Los Bretzenheim perdieron dos almacenes.

—Lo sé.

—Y los Schönborn, antes que ellos, la mitad de la platería de tres generaciones.

—También lo sé.

—Entonces sabe por qué le he mandado llamar.

—Lo supongo —dijo Lorie—. Aunque prefiero que me lo diga usted directamente. Los supuestos suelen ser más caros que las certezas cuando algo sale mal.

Gertrud lo miró con la expresión de quien encuentra que el interlocutor y ella funcionan con la misma lógica.

—Quiero que ponga a salvo los libros más valiosos de la biblioteca —dijo —. Los que no pueden reponerse si los pierdo.

—¿Cuántos volúmenes?

—Treinta y cuatro en total. De ellos, tres son manuscritos iluminados del siglo XIII que mi familia lleva ciento cincuenta años preservando. Esos son los que más me preocupan.

—¿Los demás?

—Libros impresos, en su mayoría. Textos de derecho, algunos litúrgicos. De valor, pero refutable.

Lorie asintió y se puso en pie para examinar la biblioteca. Era su costumbre: hablar primero, luego mirar, para que la conversación inicial no distorsionara lo que los ojos podían decirle sin intervención de las palabras. Recorrió los estantes con metodología, sacando algunos volúmenes, revisando el estado de las encuadernaciones, devolviendo los que no le preocupaban.

Se detuvo frente al volumen de piel marrón.

—¿Este? —preguntó, sacándolo del estante.

—Un libro bíblico —dijo Gertrud—. Impreso. Antiguo, creo. Siempre ha estado ahí.

—¿Desde cuándo?

—Desde los tiempos de mi tatarabuelo Konrad. Era síndico de Maguncia. Hombre de libros.

Lorie lo abrió. Pasó las páginas con la atención de quien no es bibliófilo pero tiene el ojo suficientemente entrenado para distinguir la calidad de lo que tiene entre las manos. Se detuvo en una página donde la tinta estaba particularmente bien conservada.

—La tipografía es de Maguncia —dijo—. Y es de los primeros tiempos. De cuando el invento era todavía una novedad.

—¿Eso lo hace valioso?

—Depende de lo que uno entienda por valioso. En el mercado, un libro impreso vale menos que un manuscrito iluminado de la misma época porque hay más. —Cerró el volumen y lo miró desde fuera—. Pero este en particular tiene algo que no encaja.

—¿Qué cosa?

—La encuadernación. —Lorie pasó los dedos por la piel tosca del lomo—. No le hace justicia al texto. Alguien encuadernó deliberadamente un libro de esta calidad como si fuera un objeto sin importancia.

—Mi tatarabuelo así lo encuadernó, según la tradición familiar —dijo Gertrud.

—¿Por qué?

—No lo sé. Nunca pregunté y ya no hay nadie a quien preguntarle.

Lorie lo miró un momento más. Luego lo depositó sobre la mesa junto a los tres manuscritos iluminados.

—Me llevo los cuatro —dijo.

—¿Por qué ese en particular? —preguntó Gertrud—. Usted mismo ha dicho que en el mercado vale menos.

—Precisamente por eso —dijo Lorie—. Los saqueadores buscan lo que parece valioso. Lo que no parece nada tiene más posibilidades de sobrevivir que lo que parece mucho. Y este libro tiene algo que me dice que conviene que sobreviva, aunque no sepa exactamente qué.

—¿Y el resto de los impresos?

—Pueden quedarse. Si entran en la casa, los impresos son los últimos en los que se fijan. Hay demasiados en el mundo como para que parezcan únicos.

Gertrud miró los cuatro volúmenes sobre la mesa durante un momento.

—¿Adónde los lleva? —preguntó.

—A Santa María de Laach. El prior lleva años guardando lo que las familias de la región no pueden proteger por sí mismas. Sabe hacer las preguntas correctas y no hacer las incorrectas.

—¿Estarán seguros allí?

—Tan seguros como pueden estarlo en estos tiempos —dijo Lorie—. Que no es una garantía absoluta, pero es más de lo que tiene usted aquí.

Gertrud asintió. Era una respuesta honesta, y las respuestas honestas, aunque no fueran las que uno quería escuchar, tenían la ventaja de no crear expectativas que luego se convirtieran en decepciones.

—¿Cuándo parte? —preguntó.

—Hoy mismo, si es posible. Antes de que oscurezca quiero estar fuera de la ciudad.

Lorie partió antes de la hora de vísperas, con los cuatro volúmenes protegidos en un saco de cuero cerrado con correas de metal que llevaba al hombro con la indiferencia física de quien está acostumbrado a cargar con lo que otros no pueden. Gertrud lo vio partir desde la ventana de la sala sin decir nada, que era su manera de despedir las cosas de las que no estaba segura de volver a saber.

El camino a Santa María de Laach llevaba dos jornadas a buen paso. Lorie conocía cada tramo, conocía los senderos que evitaban los puntos donde las patrullas hacían preguntas, y conocía también la lógica básica de la invisibilidad: un fraile con un saco al hombro, caminando por los caminos secundarios a ritmo constante, era un elemento del paisaje que nadie encontraba suficientemente interesante como para detenerse a examinar.

Llegó al monasterio al anochecer del segundo día. El prior, fray Bernhard, lo recibió en la portería con el candil en la mano y la expresión de quien no encuentra que ninguna llegada a una hora improbable sea verdaderamente sorprendente.

—Anastase —dijo—. Pasa.

—Gracias, Bernhard. —Lorie depositó el saco sobre el banco de la portería y se sentó, porque llevaba dos días caminando y las rodillas empezaban a recordarle que no tenía treinta años—. Cuatro volúmenes. Los manuscritos son de los Humery de Coblenza. Siglo XIII, iluminados, en buen estado.

—¿Y el cuarto?

—Un impreso de los primeros tiempos de Maguncia. Sin datos de impresor. Encuadernación tosca.

El prior se acercó al saco, lo abrió y examinó los volúmenes uno por uno con el candil. Cuando llegó al libro de piel marrón lo miró un momento.

—¿Por qué este? —preguntó—. No tiene aspecto de ser lo más valioso del lote.

—No lo tiene —dijo Lorie—. Pero hay algo en él que no cuadra.

—¿Qué cosa?

—No sé explicarlo con precisión. —Lorie extendió las manos hacia el calor del candil, que era insuficiente pero era algo—. La encuadernación no corresponde al texto. Alguien eligió que ese libro pareciera lo que no es, y eso siempre me parece una razón suficiente para no dejarlo a merced de los que no miran más allá de las apariencias.

El prior lo miró durante un momento con la atención de quien ha aprendido que Anastase Lorie no decía cosas sin haberlas pensado.

—¿Lo has abierto del todo? —preguntó.

—Lo he hojeado. No he tenido tiempo de más.

—¿Quieres hacerlo ahora?

Lorie dudó un segundo. Luego negó con la cabeza.

—No esta noche —dijo—. Esta noche necesito dormir. Los libros pueden esperar. Llevan esperando mucho tiempo ya.

En el archivo del monasterio, catalogado a la semana siguiente por el hermano responsable de la biblioteca, el volumen de piel marrón recibió

una signatura de referencia y una descripción que no difería en lo esencial de las anteriores: *texto bíblico en latín, impresión gótica, sin datos de impresor, estado bueno.*

El hermano archivero era meticuloso pero estaba ocupado, y los libros sin datos de impresor eran, en una biblioteca monástica, objetos de segunda categoría que no merecían más tiempo del necesario para registrarlos.

Encontró su lugar en el estante reservado a los impresos de procedencia secular, entre un tratado de aritmética sin tapa y un ejemplar desgastado de las Epístolas de Plinio el Joven.

Era mala compañía intelectualmente. Era compañía segura.

Lorie regresó al camino antes del mediodía siguiente, después de comer con el prior en el refectorio y de escuchar durante el desayuno un debate entre dos monjes sobre si la Reforma iba a cambiar el mundo o simplemente a cambiarlo de manera diferente a como ya estaba cambiando.

—¿Tú qué crees? —le preguntó el prior cuando los dos monjes se marcharon.

—Creo —dijo Lorie, untando pan con la concentración de alguien cuya opinión sobre la teología se forma principalmente durante las comidas— que lo que importa ahora mismo no es qué va a cambiar, sino qué hay que poner a salvo antes de que el cambio llegue. El resto es conversación.

El prior asintió con la expresión de quien no está del todo de acuerdo pero reconoce que el argumento tiene su lógica.

Lorie se fue sin añadir nada más. Era su estilo: decir lo necesario y marcharse antes de que la conversación se convirtiera en algo que requería seguir sentado.

Lo que no supo nunca, porque regresó al camino antes de que el hermano archivero catalogara el lote, era que entre los libros que había puesto a salvo estaba el único ejemplar en el mundo con la firma autógrafa del hombre que había inventado el instrumento que más libros había salvado en la historia de la humanidad.

No lo supo. Y esa ignorancia, paradójicamente, fue lo que permitió que el libro siguiera siendo lo que Konrad Humery había querido que fuera desde el principio: un objeto sin historia aparente, capaz de sobrevivir en el anonimato porque nadie sabía lo suficiente sobre él como para querer destruirlo.

Los objetos que no parecen nada, como Lorie había dicho sin saber hasta qué punto tenía razón, sobreviven mejor que los que parecen mucho.

El libro sobrevivió.

Capítulo 10

La tormenta napoleónica

Renania, octubre de 1794

El comandante Henrie Lemesurier había llegado a la conclusión, a lo largo de tres meses de trabajo en la Renania, de que los alemanes tenían demasiados libros. No era una observación política sino práctica: había más volúmenes distribuidos entre las bibliotecas monásticas de la región de los que su equipo podía catalogar, transportar y entregar en París en los plazos que el Comité de Instrucción Pública consideraba razonables, y la brecha entre lo que existía y lo que era posible moverse seguía creciendo a medida que avanzaban por el territorio.

Lemesurier era un hombre de cuarenta y dos años, formado en letras clásicas antes de que la Revolución convirtiera esa formación en una credencial ambigua, y que había encontrado en la comisaría cultural una salida profesional que le permitía seguir trabajando con libros y objetos sin que nadie le preguntara demasiado sobre sus opiniones políticas, que eran moderadas en un período donde la moderación era casi tan peligrosa como la disidencia.

Era meticuloso, no era cruel, y hacía su trabajo con la eficiencia del funcionario que ha aprendido que el exceso de escrupulosidad es tan imprudente como el exceso de negligencia.

Llegó al monasterio de Santa María de Laach una mañana de octubre con dos soldados, un escribano llamado Gaston y una carreta vacía que esperaba fuera de la portería con la paciencia de las carretas que no tienen opinión sobre lo que se les carga.

El prior que lo recibió no era fray Bernhard, que había muerto en 1761. Era un hombre más joven, fray Thomas, con la mirada tranquila de quien ha tenido tiempo suficiente para hacer las paces con situaciones que no puede controlar y que ha decidido que la dignidad consiste en mantener la cabeza erguida independientemente de lo que se les ponga delante.

—Comandante —dijo, en un francés aceptable que Lemesurier agradeció mentalmente porque la mayoría de los priores de la región preferían el alemán o el latín cuando querían dificultar la comunicación.

—Prior —respondió Lemesurier, con la cortesía de quien ha aprendido que tratar bien a las personas cuyas cosas va a confiscar es simplemente más eficiente que tratarlas mal—. Vengo en nombre de la República Francesa para realizar el inventario de los bienes culturales del monasterio, en aplicación del decreto de secularización de las instituciones religiosas en los territorios bajo administración francesa. Estoy seguro de que está al corriente del procedimiento.

—Estoy al corriente —dijo fray Thomas.

—Bien. Entonces sabe usted que el procedimiento exige acceso completo a la biblioteca y al archivo, y que la cooperación del monasterio es obligatoria bajo las disposiciones vigentes.

—Lo sé —dijo el prior—. Y cooperaré. Permítame solo preguntarle una cosa antes de que empecemos.

—Diga.

—¿Hay algún criterio de selección? ¿O se lleva todo?

Lemesurier aprecio la pregunta porque era precisa y porque le ahorraba el discurso que habitualmente tenía que dar.

—Hay criterio —dijo—. Me interesan los objetos de valor artístico e histórico excepcional: manuscritos iluminados, incunables de primer orden, objetos litúrgicos de orfebrería significativa. Los libros impresos ordinarios, los documentos de administración interna, los textos sin relevancia particular para el patrimonio de la República quedan en el monasterio. —Hizo una pausa—. O se venden en lote, si hay comprador interesado.

—¿Comprador? —El prior levantó ligeramente las cejas.

—El Estado no puede transportar todo lo que existe en la Renania —dijo Lemesurier, con la honestidad de quien ha dejado de pretender que la Revolución opera sin contradicciones—. Lo que no se lleva a París tiene que liquidarse de alguna manera. Hay compradores locales que esperan fuera.

—Entiendo —dijo el prior, con un tono que indicaba que entendía mucho más de lo que la frase incluía.

La biblioteca de Santa María de Laach era una sala larga con estantes de madera de roble que olía a siglos de papel y a la cera de las velas con que los monjes habían leído durante generaciones.

Lemesurier la recorrió con la metodología que había desarrollado en los meses anteriores: primero una visión de conjunto para identificar los estantes de manuscritos, luego un examen sistemático de derecha a izquierda, sacando los volúmenes que merecían atención y dejando en su sitio los que no.

El escribano Gaston lo seguía anotando cada decisión con una velocidad caligráfica que Lemesurier encontraba admirablemente mecánica.

—¿Este? —preguntó Lemesurier, sacando un manuscrito de vitela con tapas de madera forradas en cuero rojo.

—Siglo XII —dijo fray Thomas, que lo seguía a distancia prudente—. Comentarios al Evangelio de Juan. Iluminaciones del scriptorium de Colonia.

—¿Cómo llego aquí?

—Por donación de un obispo de Tréveris, hace trescientos años.

—Se va a París —dijo Lemesurier. Gaston anotó.

Siguió avanzando. Tres manuscritos más pasaron al lado de París. Dos libros litúrgicos con encuadernaciones de plata fueron examinados y también separados. Luego llegó al estante de los impresos seculares.

Era el peor estante de la biblioteca desde el punto de vista de lo que Lemesurier buscaba: una colección heterogénea de libros impresos en distintas épocas, sin criterio aparente más allá de la procedencia secular, con las encuadernaciones que uno esperaba encontrar en el fondo de una biblioteca monástica que guardaba lo que las familias de la región no tenían donde poner.

Sacó algunos al azar. Un tratado de aritmética sin tapa. Las Epístolas de Plinio en un ejemplar bastante deteriorado. Un libro de medicina del siglo XVII que abrió y cerró en dos segundos. Y luego un volumen grueso de piel marrón oscura, sin título en el lomo, sin ornamento de ningún tipo.

Lo abrió. Vio las tipografías góticas, las dos columnas de texto, las capitales iluminadas en rojo y azul. Pasó algunas páginas. La impresión era de calidad, el papel estaba en buen estado, pero la encuadernación era francamente tosca y el libro no tenía ninguno de los elementos que hacían que un incunable resultara interesante para el Comité de Instrucción Pública: no había iluminaciones de página completa, no había marginalia histórica de interés, no había ninguna marca de procedencia que lo conectara con algún personaje notable.

—¿Este? —le preguntó a fray Thomas.

—Un libro bíblico —dijo el prior—. Impreso. Antiguo, según los registros del archivo. Sin datos de impresor.

—¿Cuándo llegó al monasterio?

—El registro dice 1522. Depositado por una familia de Coblenza. Los Humery.

—¿Los conoce?

—Eran juristas de ciudad. El fundador de la familia fue síndico de Maguncia en el siglo XV, según me han dicho. Pero de eso hace mucho tiempo.

Lemesurier miró el libro una vez más. La tipografía le pareció antigua. Probablemente muy antigua. Pero sin iluminaciones significativas, con esa encuadernación que no le hacía ningún favor, y sin ningún dato que permitiera atribuirlo a un impresor o a un período con precisión, no era un objeto que el Comité de Instrucción Pública fuera a valorar. París estaba recibiendo ya los mejores manuscritos de las mejores bibliotecas de Europa. No necesitaba más libros bíblicos sin datos de impresor.

—Lote de saldo —dijo Lemesurier, y lo depositó en la pila del lado derecho.

Gaston anotó sin levantar la vista.

—¿Puedo preguntarle algo? —dijo fray Thomas.

—Diga.

—La tipografía de ese libro. ¿La ha examinado con atención?

Lemesurier lo miró.

—La he examinado suficientemente —dijo.

—La impresión es de Maguncia —dijo fray Thomas—. De los primeros años. De cuando la imprenta era todavía una novedad en la región.

—Lo sé —dijo Lemesurier, con más seguridad de la que tenía—. Por eso ha pasado al lote de saldo y no al de destrucción. Los libros de esa época tienen valor de anticuario aunque no tengan valor museístico. Habrá compradores.

—¿Y la encuadernación no le llama la atención? —insistió el prior—. Un libro de esa calidad de texto encuadernado de esa manera.

Lemesurier lo miró durante un momento con la expresión del hombre que evalúa si la pregunta que acaba de escuchar contiene una información que debería interesarle.

—Prior —dijo finalmente—, tengo diecisiete monasterios más en esta provincia y un plazo de seis semanas para completar el inventario de todos ellos. Si cada libro que no encaja perfectamente en una categoría requiriera una investigación especial, no terminaría nunca. La encuadernación tosca sobre un texto de calidad puede significar muchas cosas. En este caso, y dado que no hay ningún dato adicional que oriente la investigación, la clasificación más razonable es la que he aplicado.

—Por supuesto —dijo fray Thomas, con el tono de quien ha dicho lo que tenía que decir y que acepta que no siempre es suficiente.

Sir Conrad McLockey esperaba fuera, junto a su carruaje, con el abrigo grueso de lana escocesa que nunca abandonaba en otoño y que sus vecinos renanos encontraban excéntrico, aunque McLockey llevaba suficientes años en la región como para no preocuparse por lo que sus vecinos encontraban excéntrico.

Era un hombre de unos cincuenta años, de origen escocés como su apellido indicaba, hijo de un comerciante de Glasgow que había hecho fortuna en la lana y que había mandado a su hijo a Alemania a aprender el negocio con un socio de Coblenza, donde el joven Conrad había terminado por quedarse, casarse con la hija del socio, heredar el negocio y adquirir con el tiempo una condición social que en Escocia habría tardado tres generaciones más en alcanzar.

Era colaboracionista con la administración francesa por las mismas razones por las que la mayoría de los hombres de negocios de la región lo eran: porque los franceses estaban ahí y los negocios tenían que

seguir funcionando, y porque la alternativa al pragmatismo era la ruina, que era una alternativa que McLockey encontraba filosóficamente indefendible.

Lemesurier salió del monasterio cuando ya era casi mediodía y se acercó a McLockey con la carpeta de inventario bajo el brazo.

—Hay tres lotes —dijo, sin preámbulos—. El primero va a París. El segundo son objetos de valor secundario que el monasterio puede conservar. El tercero es lo que nos sobra y que usted puede adquirir al precio que acordamos.

—¿Cuántos volúmenes en el tercer lote? —preguntó McLockey.

—Veintidós. La mayoría libros impresos sin interés particular. Algunos documentos de archivo. Un par de libros de contabilidad del monasterio que alguien consideró conveniente catalogar antes de decidir que no valían el viaje a París.

—¿Algo de valor?

—Para el Estado, no. Para un coleccionista con tiempo y paciencia, quien sabe. —Lemesurier abrió la carpeta y señaló la lista—. Hay un libro bíblico antiguo que podría valer algo en el mercado de anticuarios. Tipografía de Maguncia, de los primeros tiempos. Encuadernación tosca, sin datos de impresor.

McLockey frunció el ceño levemente.

—¿Sin datos de impresor? ¿No puede ser de Gutenberg?

Lemesurier lo miró.

—Señor McLockey, si cada libro impreso en Maguncia en el siglo XV fuera de Gutenberg, habría Biblias de Gutenberg en cada biblioteca de la Renania. Los primeros imprenteros de la región eran docenas. —Cerró la carpeta—. Lo que le ofrezco es un lote de veintidós volúmenes al precio acordado. Si quiere separar ese libro en particular para tasarlo por su cuenta antes de comprarlo, podemos negociar.

McLockey consideró esto un momento.

—No —dijo—. Me llevo el lote completo. Si hay algo de valor, ya lo descubriré. Y si no lo hay, los libros siempre adornan bien una biblioteca.

—Un hombre práctico —dijo Lemesurier.

—Un hombre escocés —dijo McLockey, que consideraba que los dos términos eran más o menos equivalentes.

Los veintidós volúmenes se cargaron en el carruaje de McLockey antes de que cayera la tarde. El libro de piel marrón quedó en el fondo de la última caja, debajo de los libros de contabilidad del monasterio, que eran los más grandes y los más pesados. McLockey no lo vio en ese momento.

Lo vería semanas después, cuando desempaquetara el lote en la biblioteca de su palacio de Coblenza y lo colocara en el estante con la decisión pragmática del coleccionista que sabe que no puede examinar todo a la vez y que deja para después lo que no tiene aspecto urgente.

Fray Thomas vio partir el carruaje desde la puerta del monasterio. Vio también la carreta del Estado, cargada con los manuscritos que iban a París, partir por el otro extremo del camino, en dirección opuesta.

El hermano que había estado a su lado durante el inventario se acercó.

—El libro bíblico —dijo en voz baja—. ¿Cree usted que…?

—No lo sé —dijo fray Thomas—. Nunca lo supe con certeza. Solo sabía que no encajaba.

—¿Y ahora?

El prior siguió mirando el carruaje de McLockey hasta que desapareció en la curva del camino.

—Ahora —dijo— está en manos de alguien que probablemente tampoco lo sabe. Lo cual, pensándolo bien, es exactamente donde ha estado siempre.

El hermano no respondió a eso porque no tenía respuesta, que era exactamente la respuesta correcta.

Fray Thomas volvió al interior del monasterio. En la biblioteca, los estantes vacíos donde habían estado los manuscritos iluminados parecían dientes que faltaban en una boca: la presencia de la ausencia, más perturbadora que la ausencia misma. Pero en el estante de los impresos seculares, donde el libro de piel marrón había pasado dos siglos y medio entre el tratado de aritmética y las Epístolas de Plinio, quedaba un hueco que Thomas no habría sabido describir de otra manera que como el espacio exacto que deja algo que no sabías que ibas a echar de menos.

Cerró la puerta de la biblioteca.

El libro iba a Coblenza. Era, si uno decidía verlo así, un regreso.

Konrad Humery habría encontrado eso irónico. O apropiado. O las dos cosas, que con frecuencia son lo mismo.

Capítulo 11

El espectro del mapa de Vinlandia

Coblenza y Berlín, diciembre de 2024

Nigel Ashworth llegó al laboratorio un martes por la mañana con el Financial Times doblado en el bolsillo del abrigo y una expresión que Elena no supo clasificar con precisión: no era hostilidad, no era entusiasmo, era algo más neutro y más difícil de leer, la expresión de un

hombre que ha decidido no tener expresión hasta que sepa exactamente con qué está tratando.

Era más alto de lo que Elena había imaginado leyendo sus artículos, y tenía esa clase de presencia física que dan los años de dar clases en aulas grandes: una cierta manera de ocupar el espacio que no era arrogancia sino hábito. El pelo gris, el traje oscuro, los lentes con montura de carey que parecían los mismos que llevaba en todas las fotos de sus publicaciones académicas, como si hubiera encontrado un modelo que funcionaba y hubiera decidido que no había razón para cambiar.

Weber lo recibió en la puerta con la efusividad estudiada de los directores de museo cuando reciben a alguien cuya opinión importa más de lo que les gustaría que importara.

—Nigel, bienvenido a Coblenza. Ha sido un viaje largo.

—Oxford a Coblenza en tren son cinco horas —dijo Ashworth—. He tenido viajes más largos. —Miró a Elena—. Usted debe ser la señorita Vancea.

—Elena —dijo ella.

—Nigel. —Estrechó la mano sin añadir nada más y miró hacia el interior del laboratorio—. ¿Puedo verlo?

—Es el motivo de su visita —dijo Elena.

Entraron. Adler y Lin estaban ya allí, y las presentaciones fueron breves porque Ashworth conocía el trabajo de los dos y consideraba que el tiempo de las presentaciones era tiempo que se le robaba a lo que verdaderamente importaba.

Elena retiró la cubierta del libro y lo dejó sobre la mesa. Ashworth se puso los guantes —sacó los suyos del bolsillo del abrigo, de cuero fino, con la naturalidad de quien no confía en los guantes de otros— y se inclinó sobre el volumen.

Lo que siguió fue el examen más minucioso que Elena había presenciado desde que el libro apareció en el nicho. Ashworth pasó cuarenta minutos examinándolo sin decir casi nada: primero el estado general, después la tipografía página por página, deteniéndose en las capitales iluminadas, comparando la regularidad del espaciado en distintas secciones, examinando el papel a contraluz. Luego las hojas de guarda, donde se detuvo más tiempo. Luego la inscripción, sobre la que inclinó la cabeza hasta casi tocar el pergamino, como si quisiera leerla con los ojos y con la nariz simultáneamente.

Nadie habló durante esos cuarenta minutos. Era uno de esos silencios que se imponen solos porque interrumpirlos costaría más de lo que vale cualquier cosa que pudiera decirse.

Finalmente Ashworth se incorporó, se quitó los guantes y los guardó en el bolsillo del abrigo.

—La tipografía es auténtica —dijo.

—Lo sabemos —dijo Adler.

—No lo estaba diciendo para usted —dijo Ashworth, con un tono que no era descortés pero que tampoco invitaba a la interrupción—. Lo estaba diciendo en voz alta para mí mismo. Es mi manera de ordenar lo que veo. —Miró a Lin—. ¿Ha traído los resultados del algoritmo?

—Los tiene en el correo que le envié la semana pasada —dijo Lin.

—Los he leído. Quiero que me los explique usted en persona. Los correos electrónicos no son el mejor formato para entender las decisiones metodológicas.

Lin abrió el portátil y durante los siguientes veinte minutos le explicó a Ashworth el proceso completo: la selección del corpus de referencia, los parámetros elegidos para el análisis de presión y flujo, los resultados del ochenta y tres y el setenta y nueve por ciento de compatibilidad, y las limitaciones que ella misma había identificado como puntos débiles del análisis.

Ashworth escuchó sin interrumpir. Era un buen escuchador, Elena lo notó: el tipo de hombre que escucha de verdad, no el tipo que espera a que el otro termine para decir lo que ya había decidido decir antes de que empezara.

Cuando Lin terminó, Ashworth guardó silencio un momento.

—El corpus —dijo.

—Lo sé —dijo Lin.

—Con un corpus de esas dimensiones, los parámetros de comparación son en parte una elección del investigador. Elecciones diferentes podrían producir resultados diferentes.

—Lo sé —repitió Lin—. Por eso incluí en el informe la especificación completa de cada parámetro y el razonamiento detrás de cada elección. Para que cualquier investigador pueda replicar el análisis con los mismos datos y verificar si llega a los mismos resultados.

—¿O a resultados diferentes —dijo Ashworth.

—O a resultados diferentes —confirmó Lin—. Eso es precisamente lo que debería poder hacerse. Si el método es sólido, los resultados son replicables. Si no son replicables, el método no es sólido.

Ashworth la miró durante un momento con algo que podría haber sido aprobación si hubiera querido mostrarlo.

—¿Y el sincrotrón? —preguntó, volviéndose hacia Adler.

Adler le explicó los resultados de DESY con la misma precisión que había usado en el informe, pero con la ventaja de poder responder preguntas en tiempo real. Ashworth hizo ocho preguntas, todas técnicas, todas pertinentes, ninguna fácil. Preguntó por los márgenes de error del

análisis de fluorescencia. Preguntó por la calibración del detector en la línea P06. Preguntó por la posibilidad de contaminación cruzada entre la tinta de la inscripción y la del cuerpo del libro por migración en el soporte a lo largo de siglos. Adler respondió a todas con la solidez de quien ha anticipado exactamente esas preguntas porque son las preguntas correctas.

Al terminar, Ashworth se acercó a la ventana del laboratorio y miró la calle durante un momento antes de hablar.

—¿Conocen el caso del mapa de Vinlandia? —dijo, sin volverse.

—Lo mencionaba en su correo —dijo Weber.

—Lo menciono porque es el precedente que más me preocupa en este caso. —Ashworth se volvió—. En 1965, la Universidad de Yale publicó un mapa que supuestamente databa del siglo XV y que mostraba la costa noreste de América del Norte, décadas antes de los viajes de Colón. La institución que lo publicó era Yale. Los investigadores que lo autenticaron eran de primer nivel. La documentación histórica que lo acompañaba era consistente. Y durante casi una década fue defendido como auténtico por personas que tenían todas las credenciales necesarias para defender algo de ese tipo.

—El análisis de 1974 encontró anatasa en la tinta —dijo Adler.

—Encontró dióxido de titanio en forma de anatasa —corrigió Ashworth, con la precisión del especialista que no acepta la simplificación cuando la precisión importa—. Un compuesto que no se fabricó industrialmente hasta el siglo XX. Lo que significaba que la tinta no podía ser del siglo XV. Lo que significaba que el mapa era una falsificación. —Hizo una pausa—. Y sin embargo, treinta años después, nuevos análisis cuestionaron esos resultados. Y otros análisis cuestionaron los que cuestionaban los primeros. Y hoy, sesenta años después de la publicación original, el debate académico sobre la autenticidad del mapa de Vinlandia no está completamente cerrado.

—¿Qué conclusión saca de eso? —preguntó Elena.

—Que los análisis de laboratorio no son infalibles. Que las técnicas más sofisticadas disponibles en un momento dado pueden producir resultados que las técnicas del momento siguiente demuestran incompletos o incorrectos. Y que cuando una institución prestigiosa se compromete públicamente con la autenticidad de un objeto antes de que todos los análisis posibles estén completos, el coste de reconocer el error es tan alto que a veces la institución prefiere seguir defendiendo lo indefendible durante décadas. —Miró a Weber cuando dijo esto último—. No estoy diciendo que ese sea el caso aquí. Estoy diciendo que ese es el riesgo aquí.

—¿Y qué propone? —preguntó Weber.

—Propongo que antes de que nadie publique nada, antes de que el ministerio haga declaraciones y antes de que el Financial Times escriba más titulares, se sometan todos los datos disponibles a un panel de revisión independiente con acceso completo a los materiales y sin ninguna presión de plazo. —Ashworth recogió su abrigo del respaldo de la silla—. Si lo que tienen es lo que parece, la revisión independiente lo confirmará. Si hay algo que no encaja, la revisión lo encontrará. En cualquier caso, el resultado será más sólido que lo que tienen ahora.

—¿Cuánto tiempo necesitaría un panel así? —preguntó Elena.

—Meses. Posiblemente un año.

—¿Un año? —Weber no ocultó la alarma.

—La autenticidad de la Biblia de cuarenta y dos líneas más importante del siglo —dijo Ashworth, con una calma que Elena encontró a la vez admirable e irritante— no es algo que deba confirmarse o descartarse en seis semanas para cumplir con los plazos del Ministerio Federal de Cultura.

Nadie respondió a eso porque era difícil contradecirlo.

Ashworth se marchó esa tarde con los informes completos bajo el brazo, después de pasar otras dos horas examinando el libro en silencio. Al salir, se detuvo en la puerta y se volvió hacia Elena.

—La inscripción —dijo.

—¿Qué pasa con ella?

—La caligrafía es consistente con el período. No estoy diciendo que sea auténtica. Estoy diciendo que no encuentro en ella nada que me permita decir que no lo es. —Hizo una pausa—. Que es diferente.

—Lo sé —dijo Elena.

—Lo sé que lo sabe —dijo Ashworth—. Por eso me parece que merece el tiempo que requiere.

Salió. Weber cerró la puerta y se quedó mirándola durante un momento.

—¿Eso ha sido bueno o malo? —preguntó.

—Ha sido honesto —dijo Lin, que seguía frente al portátil—. Lo que en este contexto es probablemente lo mejor que podía pasar.

Dos semanas después, en el Congreso Internacional de Codicología y Paleografía celebrado en Berlín, Ashworth presentó una comunicación titulada *Sobre la autenticación prematura: el mapa de Vinlandia y sus lecciones para la codicología contemporánea.* No mencionó el libro de Coblenza en ningún momento de la presentación. No era necesario: la sala estaba llena de especialistas que habían leído el Financial Times y que entendieron exactamente a qué se refería con cada ejemplo que ponía.

La comunicación duró cuarenta minutos. El debate posterior duró dos horas y media.

Ashworth argumentó que las técnicas de análisis de laboratorio, por sofisticadas que sean, solo pueden confirmar lo que los datos permiten confirmar, y que la tendencia de las instituciones a publicar conclusiones antes de que el proceso de verificación esté completo es una forma de presión que compromete la integridad de la ciencia. Invocó el caso del mapa de Vinlandia con todos sus detalles: la anatasa de 1974, los análisis posteriores que matizaron ese resultado, los treinta años de debate que siguieron.

Habló de la diferencia entre lo que es técnicamente posible analizar y lo que es metodológicamente legítimo concluir a partir de ese análisis. Y terminó con una frase que varios de los asistentes anotaron y que al día siguiente circuló en tres blogs especializados:

—El hallazgo extraordinario no requiere evidencia ordinaria. Requiere evidencia extraordinariamente verificada.

En Coblenza, donde Elena leyó la comunicación esa misma noche gracias a un colega que había asistido al congreso y se la había enviado, la frase le produjo una reacción que tardó un momento en identificar: no era irritación, era reconocimiento. Ashworth tenía razón. No en que los datos fueran insuficientes —Elena seguía creyendo que los datos apuntaban en una dirección clara— sino en que la dirección en que apuntaban necesitaba más anclas de las que tenían en ese momento.

—¿Lo has leído? —le preguntó a Adler por teléfono esa noche.

—Sí.

—¿Y?

—Y tiene razón en la mitad de lo que dice —respondió Adler—. La mitad equivocada es que un año de panel independiente es el único camino. Hay otro.

—¿Cuál?

—El diario de McLockey —dijo Adler—. Si Elena encuentra en el archivo de Coblenza algo que documente la cadena de custodia del libro desde el siglo XIX, Ashworth pierde su mejor argumento: que el objeto podría haber aparecido de la nada en el compartimento secreto sin historia verificable. La procedencia documentada es el eslabón que todavía falta, y es el eslabón que ningún sincrotrón puede proporcionar.

Elena no respondió de inmediato. Miró la comunicación de Ashworth en la pantalla del ordenador, con esa frase final todavía visible.

—Entonces hay que ir al archivo —dijo.

—Hay que ir al archivo —confirmó Adler.

Elena cerró el ordenador. Afuera, Coblenza tenía el frío quieto de diciembre, ese frío que no molesta sino que simplifica, que reduce el

mundo a lo esencial y deja caer lo que no importa. En el laboratorio, a tres pasillos de distancia, el libro esperaba con la paciencia de siempre.

Tenía quinientos años esperando. Podía esperar un poco más.

Pero Elena, que no tenía quinientos años y cuya paciencia era considerablemente más limitada, decidió que mañana por la mañana iría al archivo histórico de Coblenza y buscaría el diario de un aristócrata escocés que había comprado un lote de libros de un monasterio en octubre de 1794 sin saber lo que compraba.

O sabiendo, quizás. Eso también era posible.

Eso era exactamente lo que tenía que descubrir.

Capítulo 12

La cicatriz de Oxford

Oxford, diciembre de 2024

El despacho de Nigel Ashworth en el Balliol College tenía la distribución caótica y la coherencia secreta de los lugares que un hombre ha habitado durante suficientes años como para que el desorden se vuelva un sistema.

Los libros no estaban ordenados por autor ni por período sino por asociación de ideas, lo que significaba que un tratado de paleografía carolingia podía compartir estante con una novela policial y un manual de botánica si en algún momento de los últimos treinta años Ashworth había considerado que los tres se iluminaban mutuamente. Los visitantes encontraban el sistema desconcertante. Ashworth encontraba desconcertante cualquier otro sistema.

Había vuelto de Berlín tres días antes. La comunicación del congreso había tenido el efecto que esperaba: suficiente debate para que el tema no se cerrara prematuramente y suficiente resistencia para que no se cerrara demasiado fácilmente tampoco. Había recibido dieciséis correos en los tres días posteriores al congreso: ocho de colegas que le agradecían la valentía de decir lo que muchos pensaban pero nadie se había atrevido a decir en público, seis de colegas que consideraban que su escepticismo era excesivo dados los datos disponibles, y dos de periodistas que querían su opinión sobre el Financial Times.

A los dieciséis había respondido con la misma frase: que el proceso de verificación estaba en curso y que cualquier opinión definitiva sería prematura.

Esa noche, sin embargo, sin correos que responder y con la botella de whisky escocés que mantenía en el cajón inferior del escritorio para las ocasiones que lo merecían, Ashworth sacó una caja de cartón del armario que había en el rincón más oscuro del despacho y la colocó sobre la mesa.

La caja tenía una etiqueta escrita a mano con su propia letra de treinta años atrás: *Manuscrito de Lorsch. Materiales de investigación. 1993-1997.*

No la había abierto desde 2001.

Sirvió dos dedos de whisky, se sentó, y levantó la tapa.

Dentro había carpetas de documentación, fotografías en papel de las que todavía se imprimían en laboratorio fotográfico, fotocopias de artículos, borradores de informes con correcciones a mano en tinta roja, y en el fondo, debajo de todo, el original del informe de autentificación que Ashworth había firmado en octubre de 1995 con la convicción absoluta de quien cree que tiene entre las manos el hallazgo de su generación.

El manuscrito de Lorsch había aparecido en una subasta de una casa de anticuarios de Múnich en 1993. Era, según el catálogo de la subasta, un fragmento de un comentario carolingio al libro de los Salmos, datado paleográficamente en el siglo IX, con características de la escuela de Lorsch que lo convertían, si era auténtico, en uno de los pocos testimonios directos de la producción intelectual de ese scriptorium en el período de máximo esplendor.

El anticuario que lo vendía tenía una reputación sólida. La documentación de procedencia era convincente. Y el joven profesor Ashworth, que había dedicado su tesis doctoral precisamente a la paleografía de los scriptoria carolingios del Rin, encontró en ese manuscrito la confirmación perfecta de varias hipótesis que había desarrollado durante años y que hasta ese momento no tenían respaldo documental directo.

Pasó dos años analizándolo. Era joven, era brillante y era entusiasta, que es la combinación más peligrosa en un investigador porque produce una clase específica de ceguera: la del hombre que ve en el objeto lo que necesita que el objeto contenga.

No inventó nada. No falsificó ningún dato. Analizó con rigor todo lo que analizó. Pero eligió qué analizar en función de lo que esperaba encontrar, que es una forma de sesgo más difícil de detectar que la falsificación directa porque no tiene la forma de una mentira sino la de un entusiasmo.

El informe de autentificación que firmó en 1995 era un documento sólido en todos sus términos técnicos. Y era un documento que llegaba a la conclusión equivocada.

En 1998, tres años después de que el manuscrito de Lorsch fuera adquirido por una institución holandesa sobre la base del informe de Ashworth, un investigador alemán publicó un artículo en el que demostraba que el pergamino, aunque auténticamente carolingio, había sido raspado y reescrito en el siglo XIX por un anticuario vienés cuyo

nombre aparecía en los registros de la policía de la época vinculado a al menos cuatro casos documentados de falsificación de documentos medievales.

Las marcas de raspado eran visibles bajo luz ultravioleta de onda corta, una técnica que en 1995 no se utilizaba de manera sistemática en el análisis de manuscritos porque no existía el protocolo. Ashworth no había podido verlo porque nadie todavía sabía exactamente dónde mirar.

Eso era lo que hacía el error tan difícil de procesar: que no había sido negligencia. Había sido el límite de lo que la ciencia disponible en ese momento podía ver.

Pero los límites de la ciencia no eran una defensa suficiente en el tribunal de la opinión académica, y la opinión académica había juzgado con la severidad de siempre: el profesor Ashworth había autenticado un fraude. La cátedra que tenía casi asegurada en Cambridge fue a parar a otro candidato.

Dos colegas que lo habían citado extensamente en sus propios trabajos sobre paleografía carolingia dejaron de responder sus correos durante meses. Y en los congresos de los años siguientes había una categoría de silencio específico que se producía cuando Ashworth entraba a una sala: el silencio de la gente que sabe algo sobre ti que prefiere no mencionar pero que tampoco puede olvidar del todo.

Tardó cinco años en reconstruir su reputación. Los reconstruyó con trabajo, con publicaciones impecables, con una metodología que fue volviéndose cada vez más rigurosa y cada vez más exigente, no porque la rigurosidad fuera su carácter natural —lo era, pero no en esa medida — sino porque había aprendido de la peor manera posible que el entusiasmo sin freno es la forma más elegante de equivocarse.

Sacó el informe de 1995 de la caja y lo leyó durante veinte minutos. Era un documento bien escrito, argumentado con precisión, con una cadena de evidencias que parecía sólida y que en realidad tenía un hueco en exactamente el lugar donde no había mirado. Lo dejó sobre la mesa y se sirvió otro dedo de whisky.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo.

Era James, su doctorando de segundo año. Un muchacho de veinticuatro años de Norwich, con la cara todavía sin las arrugas que le pondría la academia y con el entusiasmo intacto de quien todavía no ha tenido ocasión de aprender a moderar el entusiasmo.

—Lo siento, profesor. No sabía que estaba. La luz del despacho estaba encendida y pensé...

—Siéntate, James.

James se sentó en la silla frente al escritorio y miró la caja abierta con la curiosidad instintiva de un investigador joven ante cualquier documento que no haya visto antes.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Un error mío de hace treinta años —dijo Ashworth—. Lo reviso de vez en cuando. Me ayuda a recordar por qué hago las cosas como las hago.

—¿El manuscrito de Lorsch?

Ashworth lo miró.

—¿Cómo sabe lo del manuscrito de Lorsch?

James tuvo la decencia de parecer ligeramente incómodo.

—Los estudiantes de doctorado hablamos entre nosotros —dijo—. Y hay un artículo en el repositorio de la facultad sobre el episodio. No está muy referenciado, pero...

—Pero existe —dijo Ashworth.

—Sí.

—Bien. —Ashworth bebió un sorbo de whisky—. Entonces ya sabe lo esencial. ¿Tiene alguna pregunta?

James dudó, con la expresión de quien no sabe si la pregunta que quiere hacer es la que debe hacer.

—¿Por qué lo analiza usted ahora? —preguntó finalmente—. Después del congreso de Berlín, quiero decir.

—¿Qué relación ve usted entre las dos cosas?

—El libro de Coblenza. —James escogió las palabras con cuidado—. Usted ha pedido cautela. Ha invocado el precedente del mapa de Vinlandia. Pero la gente dice que los datos son sólidos. Y yo me pregunto si... —Se detuvo.

—Termine —dijo Ashworth.

—Si su cautela es completamente científica o si hay también algo personal en ella.

El despacho quedó en silencio durante un momento que a James le pareció más largo de lo que fue.

—Es una buena pregunta —dijo Ashworth—. Y la respuesta honesta es que no lo sé con certeza. Cuando uno ha cometido un error de esa naturaleza, el mecanismo de corrección que desarrolla después tiende a compensar en exceso. El péndulo oscila hacia el otro lado. —Miró el informe de 1995 sobre la mesa—. Lo que sí sé es que la cautela que estoy pidiendo no es injustificada en términos objetivos. Los datos del sincrotrón son impresionantes. Los resultados del algoritmo de Lin son prometedores dentro de las limitaciones que ella misma reconoce. Pero falta la cadena de custodia. Falta saber cómo ese libro llegó a ese compartimento secreto y por qué estuvo ahí durante siglos sin que nadie

lo encontrara. Y eso, James, es exactamente el tipo de laguna que en el caso del manuscrito de Lorsch yo no busqué porque estaba demasiado entusiasmado con lo que sí había encontrado.

—¿Y si la cadena de custodia existe?

—Si existe —dijo Ashworth—, y si es verificable, entonces el argumento cambia completamente. El problema hasta ahora es que nadie la ha encontrado.

—La señorita Vancea está buscando en el archivo de Coblenza.

—Lo sé. Ella me lo dijo antes de que yo saliera de Berlín. —Ashworth guardó el informe de 1995 en la caja y cerró la tapa—. Lo que no sé es si va a encontrar algo.

James miró la caja cerrada.

—Profesor —dijo—, ¿puedo preguntarle algo más?

—Ya lleva dos preguntas. Una más no cambia el balance.

—¿Usted cree que el libro es auténtico?

Ashworth consideró la pregunta durante un momento real, no el momento retórico que los académicos usan para dar peso a las respuestas que ya tienen preparadas.

—Creo —dijo— que los datos que he visto son más consistentes con la autenticidad que con la falsificación. Que no es lo mismo que creer que es auténtico. Y creo también que si la señorita Vancea encuentra en ese archivo lo que está buscando, voy a tener que hacer algo que no hago con frecuencia.

—¿Qué cosa?

—Cambiar de opinión en público.

James asintió con la seriedad de quien está aprendiendo algo que ningún manual de metodología enseña.

—¿Necesita algo más esta noche? —preguntó.

—No. Váyase a casa, James. Son las once.

El doctorando se marchó. Ashworth escuchó sus pasos alejarse por el corredor de piedra del Balliol y luego el silencio habitual de la noche en Oxford, que no era exactamente silencio sino la suma de todos los sonidos pequeños que un edificio de seis siglos hace cuando la gente que lo habita durante el día se ha marchado.

Cogió el teléfono y buscó el número de Elena Vancea.

Eran las once y cuarto, que era tarde, pero que en el contexto de lo que estaba a punto de decir no era una hora en la que debiera importar demasiado.

Ella descolgó al segundo tono.

—Ashworth —dijo Elena, con la voz de alguien que no estaba dormida pero que estaba haciendo algo que requería concentración.

—¿Está buscando en el archivo? —preguntó él.

—Mañana empiezo. Esta noche estoy preparando la solicitud de acceso.

—Bien. —Hizo una pausa—. Cuando tenga algo, llámeme antes de publicar nada. Antes de decírselo a Weber, antes de decírselo a Adler. A mí primero.

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Por qué? —preguntó Elena.

—Porque si encuentra lo que creo que puede encontrar, quiero estar presente cuando se presente al ministerio. Y quiero presentarlo junto a ustedes, no en su contra.

Otra pausa. Más larga que la anterior.

—¿Eso significa que está dispuesto a cambiar de posición?

—Significa —dijo Ashworth— que estoy dispuesto a ir a donde me lleven los datos. Que es lo que he dicho siempre, aunque últimamente algunos de mis colegas hayan interpretado eso como una negativa a moverme. —Hizo una pausa—. Hay una diferencia entre pedir más evidencia y rechazar la evidencia que existe. Yo estoy pidiendo más evidencia. Si aparece, la acepto.

—De acuerdo —dijo Elena.

—Una cosa más —dijo Ashworth.

—Diga.

—Cuando el proceso esté completo, me gustaría examinar el libro en Maguncia. Con más tiempo del que tuve en Coblenza. En el Museo Gutenberg, si es posible, donde tengan los materiales de referencia de los ejemplares conocidos para comparar directamente.

—Lo organizaré —dijo Elena.

—Gracias.

Colgó. Se quedó sentado en el despacho con el teléfono en la mano y el whisky sin terminar frente a él, mirando la caja de cartón cerrada en el rincón de la mesa.

El manuscrito de Lorsch le había costado cinco años de reputación y treinta años de cautela. Era un precio alto. Era también, si uno era capaz de verlo desde la distancia necesaria, una educación que no tenía precio.

Apagó la luz del despacho y se marchó.

En el Balliol College, la noche de diciembre era fría y clara, con las estrellas visibles sobre los tejados de piedra con esa nitidez que tienen en invierno cuando el aire está seco. Ashworth caminó hacia su coche pensando en lo que Elena Vancea iba a buscar en el archivo de

Coblenza, y en lo que significaría encontrarlo, y en la diferencia —que a veces costaba treinta años aprender— entre defender una posición y buscar la verdad.

No siempre eran la misma cosa.

Casi nunca lo eran.

Capítulo 13

El eslabón perdido del siglo XIX

Coblenza, enero de 2025

El Archivo Histórico Municipal de Coblenza era un edificio de los años setenta con la estética funcional de los edificios de los años setenta: fachada de hormigón gris, ventanas rectangulares distribuidas con la regularidad matemática de quien ha decidido que la arquitectura es un problema de geometría y no de otra cosa, y una entrada que anunciaba con un cartel sin gracia que dentro había ciento dos mil unidades de archivo organizadas por períodos, procedencias y tipos de soporte. Elena había trabajado en archivos suficientemente variados a lo largo de su carrera como para saber que el aspecto exterior de un archivo no guarda ninguna relación con la calidad de lo que hay dentro, y que los edificios más feos suelen tener los fondos mejor organizados, probablemente porque sus responsables habían tenido que compensar la fealdad del contenedor con la calidad del contenido.

La archivera que la recibió se llamaba Petra Huhn, tenía unos cuarenta y cinco años y la actitud de quien ha desarrollado con los años una forma particular de paciencia: no la paciencia del resignado sino la paciencia del experto que sabe que las personas que llegan a un archivo con urgencia son invariablemente las que menos saben lo que buscan.

—Fondos de la familia McLockey —dijo Petra, repitiendo lo que Elena había dicho, con el tono de quien prueba el sabor de una petición antes de saber si puede satisfacerla—. ¿Tiene usted referencias de fecha o tipo de documento?

—Familia de origen escocés, afincada en Coblenza desde finales del siglo XVIII —dijo Elena—. Comerciantes de lana reconvertidos en propietarios de inmuebles. El cabeza de familia adquirió el palacio Metternich aproximadamente en 1794 o 1795.

Petra anotó esto en su cuaderno.

—¿Qué tipo de documentos busca?

—Documentación personal. Correspondencia, diarios, papeles privados. Del período 1794 a 1850, aproximadamente.

—Los fondos privados de familias burguesas del período son variables —dijo Petra—. Algunos están muy bien conservados porque las familias tuvieron el cuidado de donarlos o depositarlos. Otros son fragmentarios

porque llegaron aquí a través de herencias complicadas o de liquidaciones de patrimonio. —Tecleó en el ordenador durante un momento—. McLockey. —Frunció el ceño—. El apellido no está en el índice principal, pero eso no significa que no haya nada. A veces los fondos de familias de origen extranjero se catalogan bajo variantes ortográficas o directamente bajo el nombre del inmueble.

—El palacio Metternich —dijo Elena.

—Pruebo por ahí.

Más tecleo. Petra se inclinó hacia la pantalla con la concentración de quien sabe leer entre los resultados lo que el sistema no dice explícitamente.

—Hay algo —dijo—. Una caja de documentos varios ingresada en 1923, procedente de la liquidación de una propiedad en la calle Weibenburger. El registro de ingreso menciona papeles de la familia McClochey, con esa ortografía, lo que explicaría por qué no aparece en la búsqueda directa. Documentos del período 1798 a 1871.

—¿Puedo verlos?

—Necesita rellenar la solicitud de acceso y esperar a que la caja se localice en el depósito. —Petra miró el reloj—. Si la solicitud entra antes de las diez, la caja puede estar en la sala de consulta antes del mediodía.

—Son las nueve y cuarenta —dijo Elena.

—Entonces tiene veinte minutos —dijo Petra, y le pasó el formulario con la eficiencia de quien ha hecho ese gesto miles de veces.

Elena rellenó la solicitud en dieciocho minutos, la entregó, y se instaló en la sala de espera con el café de la máquina del pasillo, que tenía el sabor específico del café de las máquinas de los archivos públicos, que es un sabor que uno aprende a tolerar porque en los archivos el café no es un placer sino un instrumento de trabajo.

La caja llegó a la sala de consulta a las doce menos cuarto.

Era una caja de cartón de archivo, de las verdes, con el número de registro escrito a mano en el lomo y una hoja de papel grapada en la tapa que indicaba la fecha de ingreso, la procedencia y el contenido resumido en tres líneas que no decían mucho más de lo que Petra le había explicado ya.

Elena se puso los guantes de algodón, abrió la caja y examinó el contenido.

Había documentos sueltos en alemán y en inglés, algunos en un estado de conservación aceptable y otros con el deterioro característico del papel que ha pasado décadas en condiciones de humedad variable. Había correspondencia comercial, facturas, contratos de arrendamiento de propiedades, y en el fondo de la caja, protegido por una carpeta de

cartón que alguien había tenido el cuidado de añadir en algún momento anterior al ingreso en el archivo, un cuaderno encuadernado en tela negra de dimensiones medianas.

En la cubierta, escrito con tinta oscura y letra cuidada, decía: *Diario personal. C.A. McLockey. 1840-1845.*

Elena lo abrió con las manos firmes de quien lleva semanas esperando esto y que en este momento no puede permitirse que las manos tiemblen.

Las primeras páginas eran anotaciones cotidianas de escaso interés: el estado del tiempo, visitas recibidas, transacciones comerciales menores, alguna reflexión sobre la salud que indicaba que el autor tenía ya una edad en la que la salud era un tema de atención permanente. La letra era clara, bien formada, de alguien que había recibido una educación cuidadosa y que la usaba con naturalidad.

Elena pasó páginas con metodología, buscando cualquier referencia al palacio, a una biblioteca, a un libro. Encontró lo que buscaba en una entrada de septiembre de 1842.

La entrada era larga. Más larga que las anteriores, lo que ya era un indicador de que algo había ocurrido ese día que el autor consideró necesario registrar con más detalle del habitual. Elena la leyó despacio, dos veces, con la concentración de quien sabe que cada palabra puede importar.

Llamó a Adler al teléfono antes de terminar la segunda lectura.

—Marcus —dijo—. Lo he encontrado.

Hubo una pausa breve al otro lado de la línea.

—¿Cuánto tiempo necesitas para leerlo completo?

—Ya lo he leído. Necesito fotografiarlo todo y luego necesito que vengas aquí o que vengas tú con Weber. Hoy, si es posible.

—Estoy en Coblenza hasta el viernes. ¿Qué dice?

—Espera. —Elena sacó el cuaderno de campo y empezó a tomar notas mientras leía la entrada en voz baja—: Septiembre de 1842. C.A. McLockey, que sería Conrad Alexander, el nieto del original según los documentos de la caja. Dice que estaba revisando la biblioteca del palacio para hacer un inventario con vistas a una posible venta de parte del fondo, y que al llegar al estante inferior encontró un volumen encuadernado en piel marrón que no recordaba haber visto antes. Dice que lo abrió y que reconoció de inmediato la tipografía como la de los primeros tiempos de la imprenta, aunque no dice con qué criterio lo identificó. Luego dice que al examinar las hojas de guarda con luz de vela desde un ángulo lateral vio unas marcas que en una primera lectura confundió con manchas de humedad pero que resultaron ser escritura.

—¿Describe lo que leyó? —preguntó Adler.

—Sí. —Elena leyó directamente del cuaderno—: Dice que la inscripción contenía una dedicatoria en latín, dirigida a un tal Konrad Humery de Maguncia, y firmada por alguien cuyo nombre descifró como Johannes Gutenberg.

El silencio al otro lado de la línea duró lo suficiente para que Elena supiera que Adler estaba procesando exactamente lo mismo que había procesado ella.

—¿Y qué hizo con eso? —preguntó Adler.

—Eso es lo más interesante —dijo Elena—. Dice que su primer impulso fue consultar con un especialista en Maguncia, pero que luego reflexionó sobre las implicaciones legales. Dice expresamente —y aquí cita la legislación prusiana, lo que indica que se tomó el tiempo de consultarla — que cualquier objeto de valor histórico excepcional hallado en una propiedad privada estaba sujeto a reclamación por parte del Estado si su existencia llegaba a conocerse. Y dice que no tenía herederos directos, que vivía solo, y que si el Estado prusiano se quedaba con el libro, nadie en su familia iba a conservar ningún beneficio de ese hallazgo.

—¿Entonces lo selló?

—Lo selló. Dice que encargó la construcción de un nicho en el muro del ala oeste del palacio, que no especifica a quién, y que depositó el libro dentro junto con algunos otros objetos de la casa que quería preservar. Y dice que redactó en ese momento un documento de intención que guardó con el libro, explicando lo que era y por qué lo escondía, pero que ese documento no aparece en la caja y probablemente se deterioró en el nicho junto con los legajos que encontré yo.

—¿Y el diario llega hasta cuándo?

—Hasta 1845. La última entrada es de diciembre de ese año. No hay mención posterior al libro. Lo que sugiere que tomó la decisión, la ejecutó y no volvió a escribir sobre ello, que es exactamente lo que haría alguien que ha decidido guardar un secreto y que sabe que los secretos se guardan mejor si no se mencionan.

—¿Murió sin herederos?

—El registro de la caja menciona que el fondo llegó al archivo a través de la liquidación de la propiedad. Lo que encaja perfectamente: murió sin herederos directos, la propiedad fue intervenida por las autoridades, los documentos llegaron al archivo y el libro quedó sellado en el nicho hasta que ciento ochenta años después el muro cedió solo.

Hubo una pausa larga.

—Elena —dijo Adler—, ¿sabes lo que tienes en las manos?

—Sí —dijo Elena—. La cadena de custodia completa. Desde Humery hasta el nicho.

—El eslabón que faltaba.

—El eslabón que faltaba —confirmó ella.

—Llama a Ashworth.

—Lo llamo ahora mismo.

Colgó con Adler y marcó el número de Ashworth. Era la una y cuarto del mediodía en Coblenza, lo que significaba la una y cuarto también en Oxford, que era una hora razonable para llamar a un catedrático aunque el motivo de la llamada fuera irrazonable en el mejor sentido posible.

Ashworth descolgó al primer tono, lo que indicaba que estaba mirando la pantalla del teléfono y que había visto el nombre de Elena antes de descolgar.

—Vancea —dijo.

—He encontrado el diario de McLockey —dijo Elena—. El del siglo XIX. Está en el archivo histórico municipal.

Silencio.

—¿Documenta la procedencia? —preguntó Ashworth.

—Documenta la procedencia, la inscripción, la decisión de sellarla y la razón de esa decisión. —Elena hizo una pausa—. Nigel, la cadena está completa.

Otro silencio, más largo.

—¿Puedo ver el original?

—Puedo enviarle fotografías hoy mismo.

—Prefiero el original. ¿Cuándo está disponible para consulta?

—Mientras se gestiona la solicitud de préstamo temporal, probablemente una semana.

—Estoy en Coblenza la semana que viene —dijo Ashworth—. Y luego en Maguncia, cuando usted lo organice, como acordamos.

—Lo organizo esta tarde —dijo Elena.

—Bien. —Una pausa—. Elena.

—Diga.

—Buen trabajo.

Colgó. Elena sostuvo el teléfono un momento antes de dejarlo sobre la mesa de consulta. Luego abrió el cuaderno de campo y siguió tomando notas con la metodología de siempre: fecha, hora, signatura del documento, descripción del hallazgo, estado de conservación, referencias cruzadas con los datos ya conocidos. Era trabajo de archivo, con todo lo que el archivo implica de paciencia y de precisión y de la satisfacción específica de encontrar lo que llevaba semanas buscando en el lugar exacto donde debía estar.

Petra se asomó a la sala de consulta a las dos de la tarde.

—¿Ha encontrado lo que buscaba? —preguntó.

—Sí —dijo Elena.

—¿Tiene relación con el libro del palacio? —preguntó Petra, con una naturalidad que indicaba que había leído el Financial Times como todo el mundo en Coblenza.

Elena la miró un momento.

—¿Sabe usted paleografía del siglo XIX? —preguntó.

—Lo suficiente para leer una carta de ese período.

—Entonces —dijo Elena, girando el cuaderno hacia ella— dígame si esta traducción del pasaje que acabo de leer le parece correcta.

Petra leyó. Su expresión no cambió mucho, que era la reacción de los archiveros con experiencia: el documento más extraordinario del mundo llega a la sala de consulta con la misma apariencia que el inventario de una ferretería, y los archiveros aprenden pronto que la sobriedad de la reacción es parte de la dignidad del oficio.

—La traducción es correcta —dijo Petra—. Y el texto dice lo que usted ha escrito aquí.

—¿Habría algún problema en solicitar una copia certificada del documento para su uso en un proceso de investigación científica?

—Ninguno —dijo Petra—. Es el procedimiento estándar. Rellena otro formulario y en tres días tiene la copia certificada.

—Bien —dijo Elena.

—¿Necesita el formulario ahora?

—Sí, por favor.

Petra fue a buscarlo. Elena se quedó sola en la sala de consulta, con el diario de Conrad Alexander McLockey abierto frente a ella en la página de septiembre de 1842, y pensó en ese hombre: nieto de un aristócrata escocés colaboracionista de los franceses, heredero de un libro que no sabía que tenía, que había descubierto por casualidad lo que guardaba y que había tomado la decisión práctica y cobarde y completamente comprensible de esconderlo para que nadie se lo quitara.

Pensó también en Konrad Humery, que había tomado exactamente la misma decisión con exactamente la misma lógica casi cuatrocientos años antes.

Había algo en esa repetición que le parecía más revelador que cualquier dato de laboratorio: que el miedo a perder algo valioso produce en los hombres de distintas épocas exactamente el mismo gesto. Que el secreto es una forma de amor tosca e imperfecta que sin embargo funciona, cuando funciona, mejor que cualquier alternativa.

El libro había sobrevivido porque dos hombres, separados por cuatro siglos, habían decidido que sobrevivir en la oscuridad era mejor que desaparecer a la luz.

Tenían razón.

Petra volvió con el formulario.

Elena lo rellenó.

Capítulo 14

El legado de los rivales

Maguncia, otoño de 1466

La noticia llegó a Maguncia en octubre, con el retraso habitual de las noticias que viajan desde París: cuatro semanas, a veces cinco, dependiendo del estado de los caminos y de la velocidad con que los mercaderes que hacían la ruta consideraban que la información valía el esfuerzo de transmitirla. Johann Fust había muerto de peste en la capital francesa en el mes de septiembre. El mismo otoño que lo mató lo habría matado de todas formas en otra ciudad si la peste hubiera tenido la cortesía de esperar, porque Fust tenía ya más de sesenta años y los sesenta en 1466 eran una edad que el cuerpo negociaba con el tiempo de manera cada vez más costosa.

El mensajero que trajo la noticia al taller de Peter Schöffer era un comerciante de telas de Colonia que hacía la ruta París-Renania cuatro veces al año y que había estado presente en la feria del libro donde Fust había caído enfermo. Era un hombre con la cara curtida de los viajes largos y la voz directa de quien ha aprendido que las noticias malas no mejoran con los rodeos.

Schöffer lo recibió en el taller, entre las prensas que seguían funcionando con el ritmo constante que Fust había establecido y que Schöffer había convertido en el corazón visible de la empresa más próspera de la región.

—¿Cómo fue? —preguntó Schöffer, cuando el mercader terminó el relato.

—Rápido —dijo el hombre—. Cuatro días desde los primeros síntomas. La peste en París este otoño no da mucho tiempo. —Hizo una pausa—. Los libros que llevaba los recogió el representante de la corona francesa. El dinero del cobro estaba depositado en una casa de cambio. Habrá que gestionar la repatriación.

—Ya me ocuparé —dijo Schöffer.

El mercader recogió su sombrero y se marchó con la actitud de quien ha cumplido su función y no tiene más papel en el asunto.

Schöffer se quedó solo en el taller durante un momento. Las prensas seguían trabajando. Los operarios seguían en sus puestos. El negocio seguía siendo el negocio, con la indiferencia específica que tienen las empresas ante la muerte de sus fundadores cuando hay alguien competente esperando para continuar.

Se sentó en el banco junto a la ventana y permaneció quieto durante el tiempo suficiente para que el operario más antiguo, un hombre llamado Georg que llevaba en el taller desde los tiempos de Gutenberg, se acercara con la discreción de quien no sabe si debe acercarse o quedarse donde está.

—¿Es verdad? —preguntó Georg en voz baja.

—Es verdad —dijo Schöffer.

—¿Qué hacemos?

—Trabajar —dijo Schöffer—. Lo mismo que hacemos todos los días. —Miró a Georg con la expresión de un hombre que ha tomado ya la decisión que hay que tomar y que solo está esperando que el mundo se ponga al corriente—. El taller sigue siendo el taller. Y ahora es más mío que nunca.

Georg asintió y volvió a su puesto sin decir nada más, que era exactamente la respuesta que Schöffer esperaba de alguien que llevaba suficientes años en el oficio como para saber que los talleres de imprenta no detienen las prensas por los funerales.

La noticia llegó a Gutenberg por un camino diferente.

Humery se la trajo personalmente, dos días después del mensajero de Colonia, cuando el rumor ya circulaba por Maguncia con la velocidad de las noticias que la gente encuentra interesantes porque tienen que ver con el dinero y con la muerte, que son las dos cosas que la gente encuentra siempre más interesantes que las demás.

Encontró a Gutenberg en el taller pequeño que seguían compartiendo, trabajando en los tipos con la concentración habitual. Gutenberg no levantó la vista cuando Humery entró, lo que era su manera de indicar que estaba en un punto del trabajo donde interrumpirse costaba más que el tiempo que la interrupción ahorraba.

Humery esperó. Conocía ese silencio y sabía que tenía una duración previsible.

Cuando Gutenberg dejó el tipo sobre la mesa y levantó la vista, Humery dijo:

—Fust ha muerto.

Gutenberg lo miró durante un momento sin decir nada. Luego asintió, con la lentitud de quien recibe una información que estaba esperando sin saber exactamente cuándo iba a llegar.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Septiembre. En París. La peste.

—¿En París? —Gutenberg frunció el ceño ligeramente, no de sorpresa sino de algo que parecía consideración—. Siempre fue un hombre de viajes. Los negocios antes que nada.

—Los negocios le daban la vida —dijo Humery.

—Y se la quitaron —dijo Gutenberg.

Humery no respondió a eso. Era el tipo de observación que Gutenberg hacía a veces, con ese tono neutro que no era amargura ni satisfacción sino algo más difícil de nombrar: la constatación de un hecho que contiene una ironía que el mundo no ha pedido pero que existe de todas formas.

—¿Cómo estás? —preguntó Humery.

Gutenberg tomó el tipo que había dejado sobre la mesa y lo examinó contra la luz de la ventana con el gesto de quien verifica que un trabajo está bien hecho antes de continuar.

—No sé —dijo—. Pensé que cuando llegara esta noticia sabría cómo estaba. Pero no lo sé.

—Es natural no saberlo.

—No es natural nada de esto —dijo Gutenberg—. Es extraño. Que un hombre que arruinó tu vida muera y que lo primero que pienses no sea en él sino en el taller que te quitó, que sigue funcionando y seguirá funcionando cuando todos hayamos muerto.

—El taller es lo que inventaste tú —dijo Humery.

—El taller es lo que él convirtió en un negocio —dijo Gutenberg, con una honestidad que Humery reconoció como uno de los rasgos que más respetaba en su amigo: la capacidad de ver con claridad lo que le convenía no ver—. Yo lo habría arruinado de todas formas, Konrad. No sabía administrar. No quería aprender a administrar. Lo que me interesaba era el invento, no el negocio.

—¿Y eso lo exculpa?

—No exculpa nada —dijo Gutenberg—. Solo explica algunas cosas.

Se levantó del banco y fue hasta el estante donde guardaba los materiales del día. Era su manera de cambiar de tema: moverse.

—¿Y Schöffer? —preguntó, sin volverse.

—Heredará el negocio. Era yerno de Fust y lleva años siendo el cerebro de la operación. El nombre de Fust desaparecerá de los colofones en dos o tres años, cuando Schöffer esté seguro de que la transición está consolidada.

—¿Tiene hijos?

—Tres, creo.

Gutenberg asintió.

—El negocio seguirá entonces —dijo—. La dinastía Schöffer. —Había algo en su voz que Humery no supo clasificar con exactitud—. ¿Sabes lo que me resulta más difícil de aceptar, Konrad?

—Di.

—No es que Fust se quedara con el taller. No es que Schöffer haya prosperado. Es que el invento funciona mejor en sus manos que en las mías. Que el mundo está lleno de libros impresos y que esos libros los ha hecho posible la imprenta que yo construí, pero que la imprenta que yo construí la administra alguien que no soy yo y que probablemente lo hace mejor de lo que yo lo habría hecho.

—No sabes eso.

—Lo sé perfectamente —dijo Gutenberg—. Y aceptarlo me ha costado diez años. Pero lo sé.

Humery lo miró en silencio durante un momento. Había algo diferente en Gutenberg esa tarde, algo que era difícil de precisar: una especie de ligereza que no encajaba del todo con la noticia que acababa de recibir.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Estoy mejor de lo que debería estar —dijo Gutenberg—. Eso es lo que me resulta extraño. Pensé que esta noticia me iba a producir algo más. Y en cambio lo que siento es parecido a lo que siento cuando termino de limpiar los tipos y los dejo en orden. Que hay una cosa que estaba pendiente y que ya no lo está.

—¿Y ahora qué?

Gutenberg se volvió hacia él. Tenía los ojos vivos con esa viveza que Humery conocía desde hacía años y que nunca había dejado de encontrar impresionante en un hombre de su edad y de su historia.

—Ahora —dijo— me quedan algunas cosas por terminar.

—¿Qué cosas?

—Ya te lo dije. —Gutenberg sonrió levemente—. Cuando esté listo.

Era la tercera vez que usaba esa frase, y Humery lo sabía. La había usado al salir del tribunal de Helmasperger en 1455. La había usado la noche de la ceremonia de nombramiento del arzobispo en 1465. Y ahora la usaba de nuevo, once años después del juicio y un año después de la rehabilitación, en el taller pequeño que olía a metal y a tinta y a los años de trabajo que se habían acumulado en sus paredes sin que nadie los viera.

Humery no insistió. Había aprendido hace tiempo que algunas cosas de Gutenberg no se apresuraban.

Esa misma semana, en el taller de Schöffer, se estaban imprimiendo los primeros ejemplares de un libro de oraciones que llevaría en el colofón el nombre de Peter Schöffer como único responsable de la empresa, sin mención del fallecido Fust, que era la primera piedra de la reescritura que Schöffer iba a hacer de la historia del negocio con la paciencia y la eficiencia que lo caracterizaban.

Georg, el operario que llevaba desde los tiempos de Gutenberg, preparó la tinta esa mañana con la fórmula que había aprendido del propio

Gutenberg años atrás, que Schöffer había adoptado sin modificarla porque seguía siendo la mejor que conocía. Era una tinta densa, de base metálica ácida, con las proporciones específicas de vitriolo y tanino que producían ese negro profundo que hacía que los libros del taller de Maguncia fueran reconocibles entre los de cualquier otra imprenta de Europa.

Georg no pensó en Gutenberg mientras preparaba la tinta. Estaba pensando en el trabajo del día, en la cuota de páginas que había que imprimir antes del cierre. Pero la fórmula que usaba era la de Gutenberg, y los tipos que llenaba eran los de Gutenberg, y el invento que hacía posible todo lo que ocurría en ese taller era el de Gutenberg, aunque el nombre de Gutenberg no apareciera en ningún documento del taller desde hace más de diez años.

El conocimiento persiste aunque el nombre no lo haga. Eso era lo que Gutenberg había entendido, o estaba aprendiendo a entender, en el otoño de 1466.

Que el invento no era suyo en el sentido de la propiedad. Era suyo en el sentido de la responsabilidad. Lo había puesto en el mundo. Lo que el mundo hiciera con él estaba más allá de cualquier juicio de cualquier tribunal.

Humery salió del taller al mediodía, con el frío de octubre en la cara y esa sensación de siempre: que había estado cerca de algo importante sin llegar a verlo del todo. Que Gutenberg le estaba diciendo algo que no terminaba de decir.

Esa tarde, de vuelta en su estudio, abrió el cuaderno de cuero y añadió una línea a las tres preguntas que había escrito nueve años atrás.

Escribió: *Creo que ya sé cuándo estará listo.*

No escribió por qué lo creía. Era el tipo de intuición que pierde algo cuando se convierte en palabras.

Cerró el cuaderno.

En el taller pequeño, a tres calles de distancia, Gutenberg trabajó hasta que oscureció. Cuando apagó la vela y recogió los tipos del día, se quedó un momento en la oscuridad escuchando el silencio de la ciudad, que era el mismo silencio de siempre pero que esa noche sonaba diferente.

Le sonaba a conclusión.

No a final, que son cosas distintas. Las conclusiones tienen detrás de ellas todo lo que ha venido antes, y ese peso es lo que les da forma. Los finales no tienen nada detrás. Son solo el último punto.

Fust había llegado a un final. Gutenberg estaba llegando a una conclusión.

Había una diferencia, y esa diferencia le importaba.

Capítulo 15

La imprenta secreta

Maguncia, 1467-1468

El invierno de 1467 fue largo y Gutenberg lo pasó trabajando.

No era la primera vez que usaba el trabajo como defensa contra el frío y contra el tiempo, que son dos formas del mismo enemigo. Pero ese invierno había en su trabajo algo diferente de los anteriores: una deliberación nueva, más tranquila, como la de alguien que ha dejado de trabajar contra el reloj y ha empezado a trabajar con él. Los tipos que limpiaba cada tarde los limpiaba con la atención de quien sabe que quizás no va a volver a usarlos, y esa posibilidad en vez de entristecerlo le daba una especie de precisión adicional, la misma precisión con que los músicos dicen que los últimos ensayos de una pieza son siempre los mejores porque uno ya sabe exactamente lo que hay que tocar.

Humery lo visitaba dos veces por semana. Era su costumbre desde hacía años: los martes por la mañana y los jueves por la tarde, a horas que ambos habían establecido sin mencionarlo explícitamente, con la naturalidad de los hábitos que se forman solos cuando dos personas se frecuentan suficiente tiempo. En esas visitas hablaban poco de lo que importaba y mucho de lo que no importaba, que era exactamente la proporción correcta para una amistad de esa edad y de esa duración.

En enero de 1467, sin embargo, Gutenberg rompió la proporción.

Era un martes. Humery llegó al taller a la hora habitual y encontró a Gutenberg sentado en el banco con el volumen de piel marrón abierto sobre las rodillas, lo que era la primera vez, en todos los años que llevaban compartiendo ese taller, que Humery lo veía con ese libro en las manos.

—Siéntate —dijo Gutenberg.

Humery se sentó en el taburete frente a él.

—¿Es ese? —preguntó.

—Es ese.

No necesitaron especificar cuál. Había una sola cosa en ese taller que pudiera llamarse "ese" sin mayor explicación entre los dos.

Gutenberg pasó algunas páginas con los dedos endurecidos por el frío y los años. Se detuvo en una página del medio del volumen donde la impresión estaba particularmente bien lograda: los tipos alineados con una precisión que él mismo, incluso ahora, encontraba satisfactoria, la tinta distribuida con uniformidad perfecta, la columna de cuarenta y dos líneas tan regular como si hubiera sido diseñada por alguien que no tenía el pulso del artesano sino la geometría de la máquina.

—¿Sabes por qué guardé este? —preguntó Gutenberg.

—Me lo imaginé —dijo Humery—. Pero nunca me lo dijiste.

—Porque es el primero que salió bien —dijo Gutenberg—. No el primero que imprimimos, que tuvo cuarenta líneas en las primeras páginas antes de que encontráramos el ajuste correcto. El primero que salió exactamente como yo quería que saliera. El que demostró que el invento funcionaba de verdad, no como experimento sino como oficio. —Pasó otra página—. Fust tomó los demás. Este lo saqué del taller la noche anterior al juicio. Sabía lo que iba a pasar al día siguiente.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque había leído los contratos —dijo Gutenberg, con la ironía tranquila de quien reconoce sus propios errores desde la suficiente distancia como para que ya no duelan del mismo modo—. Los había firmado yo mismo. El derecho es el derecho, Konrad. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Sí —dijo Humery.

—Entonces salvé el que importaba. —Cerró el libro y lo miró desde fuera, con la encuadernación tosca que él mismo le había puesto años atrás—. He estado pensando en lo que hacer con él.

—¿Y?

Gutenberg lo miró.

—Quiero dártelo —dijo—. Pero no como objeto. Como documento.

—No entiendo la diferencia.

—La diferencia —dijo Gutenberg— es que un objeto es algo que uno posee. Un documento es algo que prueba algo. Y quiero que este libro pruebe algo que de otro modo no queda probado en ningún lugar.

Humery esperó.

—Quiero escribir en él —dijo Gutenberg—. En las hojas de guarda. Quiero dejar escrito que este libro existió, que yo lo hice, y que tú lo has preservado. Que sin ti no habría taller, no habría pensión del arzobispo, no habría nada de lo que me queda. —Hizo una pausa—. Y quiero que quede firmado. Con mi nombre y con la fecha. Para que nadie pueda decir después que no existió o que no fue mío.

Humery lo miró durante un momento largo.

—Johannes —dijo—, llevas treinta años sin firmar ningún libro.

—Lo sé.

—Si firmas este, existe un ejemplar firmado. Y si existe un ejemplar firmado, habrá personas que quieran encontrarlo.

—Habrá personas que quieran encontrarlo de todas formas —dijo Gutenberg—. La diferencia es que si firmo, el libro sabe lo que es. Si no firmo, el libro no sabe lo que es, que es peor.

Era una manera extraña de formularlo, pero Humery la entendió, que era lo que importaba.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Hoy, si tienes tiempo.

Humery no respondió de inmediato. Miró el volumen en manos de Gutenberg, la encuadernación tosca, el lomo sin ornamento, el libro que llevaba doce años escondido debajo de un banco en un taller de Maguncia esperando exactamente este momento.

—Tengo tiempo —dijo.

Gutenberg fue hasta el armario donde guardaba los materiales de escritura. Los tipos de imprenta y la tinta de impresión eran de un oficio; la pluma y el tintero eran de otro. Los sacó con el mismo cuidado con que habría sacado cualquier herramienta de precisión.

El tintero estaba casi vacío. Lo que quedaba era la tinta de la última mezcla que había preparado para el taller, la fórmula que llevaba décadas usando y que solo él conocía en todos sus detalles. Vertió lo que quedaba en el tintero de escritura con el cuidado de quien trabaja con cantidades exactas, sin derramar nada.

Se sentó en el banco. Abrió el libro en la segunda hoja de guarda. La superficie del pergamino estaba en blanco: él mismo se había asegurado de que lo estuviera cuando preparó el volumen años atrás, eligiendo para las guardas el pergamino de mayor calidad que tenía, el que sabía que duraría más que el papel, más que la madera, quizás más que la piedra si se daban las condiciones correctas.

Mojó la pluma.

Humery observó desde el taburete sin hacer ningún gesto. Era uno de esos momentos que uno sabe, mientras ocurren, que no deben interrumpirse.

Gutenberg escribió despacio. No porque la mano temblara, que no temblaba: a pesar de los años y del frío, la mano del artesano conservaba una firmeza que venía más del hábito que de la fuerza. Escribió despacio porque lo que estaba escribiendo merecía el tiempo que requería, y porque escribir demasiado rápido habría sido una forma de no respetarlo.

Cuatro líneas. Las mismas cuatro líneas que Humery había escuchado dos horas antes, cuando Gutenberg se las recitó de memoria antes de ponerse a escribir, sin consultar ningún borrador porque llevaba semanas preparándolas en silencio.

Hoc opus primum ex nova arte natum.

Konrado Humero, iuris perito et amico fidelissimo.

In memoriam perpetuam et gratitudinis signum.

Iohannes Gutenberg, Maguntiae, anno Domini MCDLXVII.

Cuando terminó la última línea, dejó la pluma sobre la mesa y sopló suavemente sobre el pergamino para secar la tinta. Luego esperó. Luego miró lo que había escrito.

—¿Está bien? —preguntó Humery.

—Está bien —dijo Gutenberg.

—¿Quieres que yo lo lea?

—Ya lo leíste cuando te lo recité. —Gutenberg cerró el libro—. Ahora es diferente. Ahora está.

Humery tomó el volumen de las manos de su amigo con el mismo cuidado con que se toma algo que uno sabe que es frágil aunque parezca resistente. Lo abrió en la segunda hoja de guarda. Las cuatro líneas estaban allí, con la tinta todavía ligeramente húmeda en los ángulos más profundos de los trazos.

Las leyó en silencio.

Luego cerró el libro y no dijo nada, porque no había nada que decir que no empeorara lo que el libro ya decía por sí solo.

—Ponle la encuadernación tosca —dijo Gutenberg—. La que tenía.

—¿Por qué?

—Porque los objetos que parecen poco valen más que los que parecen mucho. Los que parecen mucho desaparecen. Los que parecen poco sobreviven.

Humery lo miró.

—¿Cuándo aprendiste eso?

—Hace mucho tiempo —dijo Gutenberg—. Cuando aprendí a no poner mi nombre en los libros que imprimía.

Esa tarde Humery se llevó el libro a su casa. Le puso la encuadernación que Gutenberg había indicado: piel marrón, sin ornamento, sin título en el lomo. Lo colocó en el estante más discreto de su biblioteca, entre un tratado de retórica y un breviario sin tapas, y lo dejó allí.

Treinta y dos años después, cuando su hijo Heinrich hiciera el inventario de la biblioteca, anotaría: *Un volumen en folio, texto bíblico en latín, impresión gótica, sin datos de impresor, estado bueno.*

La encuadernación había funcionado.

Gutenberg murió el 3 de febrero de 1468, en Maguncia, probablemente en las dependencias que el arzobispo le había asignado como cortesano. No hay certeza sobre los detalles exactos de su muerte ni sobre el lugar preciso en que ocurrió, porque las muertes de los hombres que no tienen herederos directos y que no han dejado documentos notariales pendientes suelen ocurrir sin testigos que consideren necesario dejar constancia de ellas.

Humery supo de la muerte al día siguiente, por un criado del palacio arzobispal que vino a avisarle porque sabía que los dos hombres se frecuentaban.

El entierro fue cuatro días después, en la iglesia de los franciscanos de Maguncia, en una ceremonia discreta que asistieron pocas personas: algunos conocidos del gremio, dos o tres hombres del entorno del arzobispo, y Humery, que llegó el primero y se fue el último y que durante toda la ceremonia no dijo nada a nadie porque no tenía nada que decirle a nadie que no se lo hubiera dicho ya al hombre que estaban enterrando.

No había lápida. La iglesia de los franciscanos no era el tipo de lugar que pusiera lápidas a sus feligreses ordinarios, y Gutenberg era un feligrés ordinario con una pensión arzobispal, que es una condición más modesta de lo que suena. Años después la iglesia sería demolida y nadie sabría exactamente dónde estaba la tumba.

Humery salió de la iglesia cuando el sacerdote terminó y los pocos asistentes se dispersaron. Caminó hasta su casa por las calles de Maguncia, que eran las mismas calles de siempre pero que esa tarde tenían algo diferente en el modo en que la luz caía sobre ellas, o quizás no tenían nada diferente y era simplemente que Humery las miraba de otra manera.

Al llegar a casa fue directamente a la biblioteca. Sacó el libro del estante donde lo había puesto cuatro meses atrás. Lo abrió en la segunda hoja de guarda.

Las cuatro líneas estaban allí.

La tinta estaba seca.

El pergamino era firme.

Humery cerró el libro y lo devolvió al estante. Luego se sentó en el sillón junto a la ventana y abrió el cuaderno de cuero que llevaba años llenando con preguntas sin respuesta.

Buscó la última línea que había escrito, en el otoño de 1466.

Creo que ya sé cuándo estará listo.

Debajo escribió, con la letra apretada de siempre: *Estaba listo.*

Cerró el cuaderno.

En el taller pequeño, a tres calles de distancia, las herramientas de Gutenberg esperaban en silencio. Los tipos en sus cajas, la prensa con la palanca en reposo, el tintero vacío. Nadie sabía todavía qué iba a ocurrir con ellas: Humery tenía el derecho legal de reclamarlas, por el acuerdo firmado años atrás, y lo reclamaría, pero eso era asunto de otra semana.

Esta semana pertenecía al silencio.

El conocimiento que Gutenberg había puesto en el mundo seguía moviéndose sin él: en los talleres de Schöffer, en las imprentas que se

abrían cada año en nuevas ciudades, en los libros que cruzaban los Alpes y llegaban a Italia y de Italia a España y de España a los barcos que empezaban a explorar los bordes del mundo conocido. El invento era más grande que su inventor, como todos los buenos inventos. Y el inventor había tenido la lucidez, al final, de entenderlo y de no encontrar en eso ninguna tragedia sino simplemente la naturaleza de las cosas que importan.

Humery lo entendía también.

Por eso guardó el libro en el estante más discreto de su biblioteca, entre el tratado de retórica y el breviario sin tapas, y no le dijo a nadie que estaba allí.

Por eso funcionó.

Capítulo 16

La convergencia de las ciencias

Maguncia, febrero de 2025

El Museo Gutenberg de Maguncia es el único museo del mundo dedicado exclusivamente a la historia del libro y de la imprenta, y tiene en su planta baja, en una sala a la que el museo llama Sancta Sanctorum con una mezcla de reverencia y sentido del humor que resulta apropiada, dos ejemplares originales de la Biblia de cuarenta y dos líneas: uno en vitela, uno en papel, ambos expuestos bajo condiciones de temperatura, humedad y luminosidad controladas con la precisión de quien sabe que lo que custodia no tiene precio de reposición y que por tanto no puede reponerse.

Elena había visitado ese museo en dos ocasiones anteriores, en ambas como parte de su formación en historia del libro, y había experimentado frente a esos dos ejemplares exactamente lo que experimenta cualquier persona con sensibilidad para los objetos históricos cuando se enfrenta a algo que cambia la manera en que uno piensa en el tiempo. Pero entrar al museo ese febrero de 2025, con el libro del palacio Metternich en el maletín de transporte climatizado que llevaba en la mano y con Ashworth, Adler, Lin y Weber formando una especie de comitiva silenciosa a sus espaldas, era una experiencia de naturaleza completamente diferente.

Era como llevar a casa a alguien que llevaba mucho tiempo fuera.

El director del museo, Hans-Jürgen Kern, los esperaba en la entrada con la actitud de quien ha sabido durante semanas que este momento iba a llegar y que ha empleado ese tiempo en decidir exactamente cómo comportarse cuando llegara. Había optado por la sobriedad, que era la opción correcta.

—Bienvenidos —dijo—. La sala de trabajo está preparada.

La sala de trabajo que el museo había habilitado para el examen era una sala que normalmente usaban para las restauraciones internas: amplia, bien iluminada, con mesas de superficie neutra y los equipos de apoyo que Adler había solicitado por correo tres semanas antes. En las paredes había reproducciones de alta resolución de páginas de los dos ejemplares del museo, impresas en papel fotográfico en tamaño natural, que permitían la comparación directa sin necesidad de acercarse a los originales.

Ashworth se acercó a las reproducciones antes de tocar nada.

Las miró durante varios minutos con las manos en los bolsillos, sin hablar, con ese silencio suyo que Elena ya conocía y que había aprendido a interpretar no como hermetismo sino como el proceso visible de un hombre que piensa antes de decir.

—Las reproducciones son de los ejemplares del museo —dijo finalmente.

—Sí —dijo Kern—. El en papel y el de vitela. Escaneados a cuatro mil puntos por pulgada.

—¿Puedo ver las páginas del primer cuaderno?

Kern sacó una carpeta adicional de reproducciones que había preparado para exactamente esa pregunta, porque era el tipo de pregunta que uno espera de un paleógrafo de la categoría de Ashworth.

—Las páginas uno a dieciséis del ejemplar en papel —dijo, entregándola.

Ashworth las examinó página por página, con la lentitud de siempre. Elena lo observaba desde la mesa donde había depositado el maletín de transporte pero sin abrirlo todavía: sabía que Ashworth establecería primero sus propios parámetros de referencia antes de pedir ver el objeto que era el motivo de todo.

—¿Cuándo quiere ver el libro? —preguntó Elena.

—Cuando haya terminado con esto —dijo Ashworth, sin levantar la vista.

Nadie dijo nada más durante veinte minutos.

Cuando Ashworth terminó con las reproducciones las dejó ordenadas sobre la mesa con la pulcritud de alguien que cuida los materiales que no son suyos, y se acercó a Elena.

—Ahora —dijo.

Elena abrió el maletín. El libro apareció envuelto en su cubierta de tela, que Elena retiró y depositó a un lado. Lo colocó sobre la superficie de trabajo bajo la iluminación que Adler había preparado y dio un paso atrás.

Ashworth se puso los guantes, los suyos de cuero fino, y abrió el libro.

Lo primero que hizo fue ir directamente al primer cuaderno. Contó las líneas de la primera columna. Luego las de la segunda. Pasó páginas. Siguió contando.

—Aquí —dijo, deteniéndose.

Elena se acercó.

—Folio quinto, primera página del quinto cuaderno —dijo Ashworth—. Las columnas pasan de cuarenta a cuarenta y dos líneas. —Miró la reproducción del ejemplar en papel del museo que tenía al lado—. Exactamente en el mismo punto que en el ejemplar del museo.

—Lo mismo que encontró Adler cuando lo examinó por primera vez —dijo Elena.

—Lo sé —dijo Ashworth—. Pero necesitaba verlo yo mismo. —No lo dijo como crítica a Adler sino como declaración de método: la promesa de treinta años de verificación directa—. Ningún falsificador del siglo XIX tenía acceso a los estudios codicológicos que describen esa transición. Los primeros análisis sistemáticos de las variaciones tipográficas entre cuadernos de la Biblia de cuarenta y dos líneas son de finales del siglo XX. —Pasó más páginas—. Lo que significa que quien imprimió este libro tenía acceso a la misma fuente de tipos que produjo esa transición específica en el quinto cuaderno. Y esa fuente es el taller de Maguncia en la década de 1450.

—¿Eso es suficiente para usted? —preguntó Weber, que no podía evitar que la impaciencia se filtrara en el tono aunque lo intentara.

—Todavía no —dijo Ashworth—. Esto es necesario pero no suficiente. Quiero ver la inscripción.

El examen de la inscripción duró cuarenta minutos adicionales. Ashworth usó la lámpara de mano que sacó del bolsillo del abrigo, un instrumento de alta potencia y ángulo ajustable que evidentemente formaba parte de su equipamiento habitual, y examinó cada trazo de las cuatro líneas latinas con una concentración que Elena encontró, por primera vez en todos los meses que llevaban trabajando en esto, comparable a la suya propia.

Llamó a Lin.

—Quiero ver el mapa topográfico —dijo.

Lin abrió el portátil y le mostró las imágenes del escáner tridimensional del DESY: las letras en falso color, el mapa de presión, la aceleración del trazo en la firma.

—El punto que mencionaba en su informe —dijo Ashworth, señalando la pantalla—. La aceleración en la firma. ¿Ha replicado el análisis con los trazos de los documentos de Estrasburgo?

—Sí —dijo Lin—. Los trazos atribuidos a Gutenberg en los instrumentos notariales de Estrasburgo muestran la misma pauta de aceleración en la sección final de la signatura. No es idéntico, porque no puede serlo dada la diferencia de décadas entre los trazos y el deterioro diferencial de los soportes. Pero el patrón es consistente.

—¿Ha publicado esa comparación?

—Está en el informe complementario que le envié la semana pasada.

—Lo leí. Quería confirmarlo con usted en persona. —Ashworth se volvió hacia Adler—. ¿Los datos del sincrotrón incluyen el análisis de impurezas comparativo con los ejemplares del museo?

—Solicitamos las coordenadas elementales de los estudios publicados sobre los ejemplares de la Biblioteca del Congreso y la Biblioteca Estatal de Baviera y los integramos en el análisis —dijo Adler—. El perfil de impurezas del libro de Coblenza está dentro de los márgenes de variación de los ejemplares conocidos. Y las impurezas específicas de la inscripción coinciden con las de la tinta de impresión del mismo libro.

—Lo que significa que la inscripción y el cuerpo del texto salieron del mismo tintero.

—De la misma fuente. No necesariamente del mismo día, pero sí del mismo proceso de fabricación y de los mismos ingredientes.

Ashworth asintió. Fue hasta la ventana de la sala y miró afuera durante un momento, al patio interior del museo donde había una reproducción de la prensa de Gutenberg que los visitantes podían ver desde el exterior.

—¿El diario de McLockey está disponible? —preguntó, sin volverse.

—Tengo la copia certificada del archivo de Coblenza —dijo Elena—. Y la traducción anotada.

—Déjemela.

Elena depositó los documentos sobre la mesa. Ashworth volvió de la ventana y los leyó con la misma atención que había prestado a todo lo demás, en silencio, sin marcar el ritmo con ningún gesto.

Cuando terminó los dobló y los dejó al lado del libro.

Se quedó de pie frente a la mesa, mirando el volumen de piel marrón, durante un tiempo que nadie intentó interrumpir.

—Bien —dijo finalmente.

Todos lo miraron.

—El libro es auténtico —dijo Ashworth, con la misma voz con que habría dicho cualquier otra cosa, sin inflexión especial, sin dramatismo, con la llaneza del científico que llega a una conclusión y la enuncia—. La tipografía, la transición del cuaderno quinto, el análisis elemental de la tinta, el comportamiento del soporte bajo análisis multiespectral, el patrón de presión de la inscripción y la cadena de custodia documentada en el diario de McLockey son convergentes. No hay ningún dato en el conjunto que sea anacrónico o que contradiga la hipótesis de autenticidad. Y la hipótesis alternativa —la de la falsificación— requeriría una acumulación de coincidencias que ningún modelo de probabilidad razonable puede sostener.

Weber abrió la boca para decir algo. Ashworth lo anticipó.

—No he terminado —dijo.

Weber cerró la boca.

—Lo que tenemos aquí —continuó Ashworth— es el único ejemplar conocido de la Biblia de cuarenta y dos líneas con una inscripción autógrafa verificable de su impresor. La inscripción es posterior al cuerpo del libro, probablemente por un período de diez a doce años, lo que es consistente con la cronología que los datos históricos documentados permiten establecer. —Se volvió hacia Elena—. Su informe preliminar era correcto. Los datos decían lo que decían.

—Lo sé —dijo Elena.

—Lo sé que lo sabe —dijo Ashworth—. Lo estoy diciendo para el registro.

Kern, que había permanecido en segundo plano durante todo el proceso, se acercó a la mesa.

—¿Estaría dispuesto a firmar el documento de autentificación? —preguntó.

—Si el documento refleja exactamente lo que acabo de decir —dijo Ashworth—, con todas sus matizaciones y sin ningún exceso de lenguaje, sí.

—Le preparo el texto ahora mismo —dijo Kern.

Weber se acercó a Ashworth con la mano extendida. Ashworth la estrechó.

—Gracias —dijo Weber.

—No me agradezca nada —dijo Ashworth—. He hecho lo mismo que usted debería haber exigido desde el principio: verificar todo antes de concluir nada.

Era una observación que podría haber sonado como un reproche. Weber la recibió con la dignidad de quien sabe que tiene razón y que tiene también la entereza de reconocerlo.

—Tiene usted razón —dijo Weber—. Y lo reconozco.

Ashworth asintió. Fue el único signo de que la respuesta le había parecido aceptable.

Lin cerró el portátil. Adler recogió los informes de la mesa con el orden metódico de siempre. Elena se quedó mirando el libro durante un momento antes de volver a cubrirlo con la tela de protección.

—¿En qué está pensando? —preguntó Ashworth, que se había acercado a ella sin que Elena lo notara.

—En Humery —dijo Elena—. En lo que habría pensado si hubiera sabido que esto iba a ocurrir.

—Probablemente habría pensado que el tiempo lo arregla todo.

—No todo —dijo Elena.

—No todo —admitió Ashworth—. Pero algunas cosas sí. —Miró el libro cubierto—. Las que merecen arreglarse.

El documento de autentificación se firmó esa tarde, en la sala de trabajo del museo, con cuatro firmas: Kern en representación del museo, Weber en representación del archivo de Coblenza, Adler y Lin como responsables del análisis científico, y Ashworth en representación de la Universidad de Oxford, que era la firma que hacía que el documento tuviera el peso institucional suficiente para que nadie pudiera ignorarlo.

Elena no firmó. No le correspondía firmar: era la restauradora que había encontrado el libro, no la científica que lo había analizado ni la institución que lo custodiaba. Su nombre aparecería en los agradecimientos del informe que se publicaría meses después en la revista especializada de mayor impacto en codicología europea.

Era suficiente. Más que suficiente.

Cuando los últimos firmantes habían guardado sus copias del documento y el grupo se dispersó por los pasillos del museo, Elena se quedó sola un momento en la sala de trabajo con el libro todavía sobre la mesa.

Lo miró.

Era el mismo libro que había sacado de un arcón en un corredor de Coblenza cuatro meses antes, con la misma encuadernación tosca, el mismo lomo sin ornamento, la misma apariencia deliberadamente modesta de un objeto que no quería parecer lo que era.

Cuatro meses. Cuatro meses en los que el mundo de la codicología, la arqueometría, la inteligencia artificial aplicada a la paleografía, el derecho patrimonial alemán, el mercado de subastas internacional y tres ministerios de dos países diferentes habían girado alrededor de este volumen de piel marrón con la misma intensidad con que las cosas importantes hacen girar el mundo a su alrededor cuando finalmente se revelan.

Recogió el libro. Lo depositó en el maletín de transporte climatizado. Cerró el cierre.

Afuera, en las vitrinas de la planta baja del museo, los dos ejemplares conocidos de la Biblia de cuarenta y dos líneas esperaban a los visitantes del día siguiente con la serenidad de los objetos que llevan suficiente tiempo siendo lo que son como para no necesitar que nadie se los explique.

Pronto habría un tercero.

Era diferente de los demás en una sola cosa, que era también la única cosa que importaba: tenía un nombre.

Capítulo 17

El cambio de paradigma

Maguncia y el mundo, febrero-abril de 2025

El comunicado conjunto del Museo Gutenberg de Maguncia, la Universidad de Oxford y el Ministerio Federal de Cultura de Alemania se publicó un miércoles a las diez de la mañana, hora de Berlín, en cinco idiomas simultáneamente. Era un documento de once páginas con cuatro anexos técnicos y una lista de dieciséis firmantes que incluía a todos los científicos que habían participado en el proceso de análisis, más los representantes institucionales correspondientes. El lenguaje era el del informe académico riguroso: preciso, matizado, cargado de condicionales técnicos que los periodistas culturales de todo el mundo ignorarían de manera sistemática en las horas siguientes para reducir el hallazgo a algo que cupiera en un titular.

Los titulares llegaron a las diez y dieciséis.

La firma de Gutenberg: el hallazgo del milenio. Eso decía la primera edición digital del diario El País de Madrid, con una fotografía de la inscripción ampliada hasta llenar toda la portada. *El libro que cambió la historia de la historia.* Eso decía Le Monde, con su costumbre de no resistirse a los juegos de palabras que funcionan en francés y que funcionan peor en otros idiomas. El New York Times optó por algo más sobrio: *Historians confirm: Gutenberg's own Bible, signed.* Y el Financial Times, que llevaba semanas preparando la cobertura desde que la filtración de diciembre le había dado ventaja sobre los demás, publicó un análisis de fondo de cuatro páginas que era el mejor texto periodístico que Elena había leído sobre el asunto, con la excepción de que tenía tres errores factuales que ella habría podido corregir en cinco minutos pero que nadie le había pedido que corrigiera.

Adler la llamó esa mañana a las once.

—¿Has visto el Times? —preguntó.

—He visto todos —dijo Elena.

—El de la BBC dice que eres rumana.

—Soy rumana.

—Dice también que tienes treinta y dos años.

—Tengo treinta y ocho.

—Bien —dijo Adler—. Significa que no te han localizado todavía. Cuando te localicen van a querer saber la edad exacta.

—No pienso hablar con ningún periodista sin que Weber lo apruebe primero.

—Eso es exactamente lo que le he dicho yo también a Weber —dijo Adler —. Y Weber me ha dicho que la política de comunicación la gestiona el Ministerio Federal de Cultura a partir de ahora, lo que significa que

ninguno de los tres va a hablar con nadie sin pasar por tres filtros institucionales.

—¿Y Ashworth?

—Ashworth ha publicado una nota de dos párrafos en la página web del Balliol College. Dice que el proceso de verificación fue riguroso y que los resultados son los que son. Sin adjetivos, sin entusiasmo visible. Puro Ashworth.

—¿Ha leído ya los artículos de los que están cuestionando la autenticidad?

—¿Cuántos hay?

—Cuatro que yo haya encontrado —dijo Elena—. Dos en blogs académicos, uno en una revista de divulgación alemana y uno en Twitter que tiene cincuenta mil retuits.

—¿Son argumentos nuevos?

—No. Son los mismos argumentos de Ashworth antes de que Ashworth cambiara de posición, pero sin la solidez académica de Ashworth y sin el conocimiento directo de los datos. El de Twitter es especialmente interesante porque el autor no ha leído el informe pero tiene opiniones muy precisas sobre lo que debería decir.

Adler se rio. Era la primera vez en semanas que Elena lo oía reírse, y encontró que el sonido era bienvenido.

—¿Sabes lo más curioso de todo esto? —dijo Adler.

—Di.

—Que la discusión que está teniendo lugar ahora en los medios no es sobre si el libro es auténtico. Es sobre qué significa que lo sea. Los que cuestionan la autenticidad son una minoría ruidosa. El debate principal ha pasado ya al siguiente nivel.

Era cierto. Elena lo había notado también, mientras leía los artículos y los análisis de esa mañana. La autenticidad del libro, que durante cuatro meses había sido el centro de todo, había dejado de ser la pregunta principal en el momento en que el comunicado la resolvió. Lo que ahora ocupaba a historiadores, filósofos, críticos culturales y periodistas especializados era otra cosa: qué decía la existencia de ese libro sobre Gutenberg, sobre el invento, y sobre la manera en que la historia había contado ambas cosas durante cinco siglos.

Lin se lo explicó esa tarde, cuando los cuatro se reunieron en el laboratorio de Coblenza por última vez antes de que cada uno volviera a sus respectivas instituciones.

—El paradigma ha cambiado —dijo Lin, con la economía verbal de quien está acostumbrada a reducir problemas complejos a sus elementos esenciales—. Hasta ayer, la interpretación dominante de Gutenberg era la del artesano brillante pero desordenado que inventó algo que no supo

aprovechar y que terminó arruinado por sus propios contratos. La base documental de esa interpretación era el juicio de 1455. El instrumento de Helmasperger.

—Que sigue siendo un documento real —dijo Weber.

—Que sigue siendo un documento real —confirmó Lin—. Pero ahora hay otro documento. La dedicatoria del libro de Humery. Y ese documento dice algo diferente. Dice que Gutenberg, once años después del juicio, escribió cuatro líneas en las que llamó a este libro el primero nacido del nuevo arte y lo dedicó a su amigo como señal de gratitud eterna. Lo que es incompatible con la imagen del hombre que solo estaba buscando una solución comercial para pagar sus deudas.

—¿Y cuál de las dos imágenes es correcta? —preguntó Weber.

—Las dos —dijo Elena—. Por eso es un cambio de paradigma y no un reemplazo de una imagen por otra. El hombre que firmó ese contrato con Fust en 1450 y el hombre que escribió esas cuatro líneas en 1467 son el mismo hombre. Lo que cambia es la proporción.

—¿La proporción de qué?

—De lo que lo movía —dijo Elena—. Si solo hubiera el juicio, Gutenberg es un artesano con deudas. Si solo hubiera la dedicatoria, Gutenberg es un humanista visionario. Pero con los dos documentos juntos, Gutenberg es algo más complicado y más interesante: un hombre que necesitaba dinero y que al mismo tiempo entendía perfectamente lo que estaba haciendo con el conocimiento humano. Las dos cosas a la vez. Como casi todo el mundo.

El laboratorio quedó en silencio un momento.

—Eso es lo que están discutiendo en los periódicos —dijo Adler—. Aunque la mayoría de ellos no lo formulan así.

Lo formulaban de muchas maneras distintas, Elena lo había leído esa mañana. Un historiador de la ciencia de Cambridge argumentaba en The Guardian que la dedicatoria reposicionaba a Gutenberg en la tradición humanista del Renacimiento temprano, conectándolo con los intelectuales italianos de la misma época que habían teorizado sobre la difusión del conocimiento como proyecto político. Una filósofa alemana publicaba en Die Zeit un ensayo sobre la diferencia entre inventar algo y entender lo que se ha inventado, usando a Gutenberg como ejemplo central. Un novelista español escribía en El Cultural que la imagen del inventor que firma su única obra en secreto, para un solo destinatario, era la más literaria de todas las imágenes posibles del genio solitario y que alguien debería escribir una novela sobre eso.

Elena había leído ese último artículo con la sonrisa específica de quien sabe algo que el articulista no sabe.

—¿Y el debate sobre las técnicas? —preguntó Weber—. ¿La inteligencia artificial, el sincrotrón?

—Ese debate también está en marcha —dijo Lin—. Hay tres artículos académicos en preparación, que yo sepa, sobre el uso del análisis paleográfico computacional en la autentificación de manuscritos. Uno de ellos lo escribe Ashworth.

—¿Ashworth está escribiendo sobre el algoritmo? —preguntó Elena.

—Me lo dijo él mismo esta mañana. Me ha pedido acceso a los parámetros completos del modelo para citarlos correctamente. —Lin hizo una pausa—. El artículo argumenta que la inteligencia artificial no reemplaza al experto humano sino que lo obliga a ser más preciso sobre qué es exactamente lo que el experto sabe y qué es lo que la máquina puede verificar que el experto no puede.

—No es exactamente una capitulación —dijo Adler.

—No —dijo Lin—. Es Ashworth. Las capitulaciones no son su estilo. Pero es el reconocimiento de que el método tiene valor, que en el caso de Ashworth equivale a bastante más que una capitulación.

La reunión terminó con pocas ceremonias, porque ninguno de los cuatro era de las personas que hacen de las despedidas un acontecimiento mayor de lo que la situación requiere. Weber estrechó la mano de Adler y de Lin, que se marchaban esa tarde, y les agradeció el trabajo con la fórmula institucional habitual, que en este caso tenía el inconveniente de ser insuficiente para lo que había ocurrido pero la ventaja de no pretender serlo.

Adler, antes de salir, se detuvo en la puerta y se volvió hacia Elena.

—¿Sabes qué me parece lo más importante de todo esto? —dijo.

—Di.

—Que funcionó. No el análisis, no el sincrotrón, no el algoritmo de Lin. —Señaló el maletín de transporte donde estaba el libro—. Que la encuadernación tosca funcionó. Que Gutenberg tenía razón cuando decidió que el libro debía parecer lo que no era. —Hizo una pausa—. Quinientos años de anonimato para llegar a este momento. Si hubiera tenido una encuadernación de vitela con cantos dorados, el comisario de Napoleón se lo habría llevado a París en 1794 y lo habríamos tenido en el Louvre desde hace doscientos años. Pero no habría una dedicatoria. Habría solo un ejemplar más de la Biblia de cuarenta y dos líneas.

Elena lo pensó un momento.

—Creo que Gutenberg lo sabía —dijo.

—¿Que llegaríamos nosotros algún día?

—No. Que el libro sobreviviría mejor si parecía poco. Es lo que le dijo a Humery cuando le pidió que lo encuadernara así. —Elena miró el maletín —. Lo que no sabía es cuánto tiempo iba a tardar en ser encontrado.

—Quinientos años es mucho tiempo de espera —dijo Adler.

—O es el tiempo exacto que necesitaba —dijo Elena—. Necesitaba el sincrotrón. Necesitaba el análisis de imagen multiespectral. Necesitaba el algoritmo de Lin. Si hubiera aparecido en el siglo XVI o en el XVII, habría sido discutido y rechazado y perdido para siempre sin que nadie pudiera probarlo.

—Entonces llegó en el momento correcto.

—Llegó cuando podía ser verificado —dijo Elena—. Que es lo mismo.

Adler asintió. Recogió la mochila y se marchó.

Lin salió detrás de él, con las dos maletas de equipo que seguían pesando más que ella, y que siguió sin dejar que nadie le ayudara a cargar.

Weber y Elena se quedaron solos en el laboratorio durante un momento.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Weber.

—Ahora el libro va al museo —dijo Elena—. Kern ya tiene preparado el protocolo de custodia temporal mientras el Ministerio resuelve la situación legal de la propiedad. Y la investigación continúa: hay al menos otros cuatro análisis pendientes que el panel del ministerio quiere completar antes de que se publique el informe definitivo.

—¿Cuánto tiempo más?

—Meses. Posiblemente un año.

—¿Y usted?

Elena miró el laboratorio: las mesas de trabajo, los equipos, las lámparas, el taburete donde Weber se había sentado la primera noche que vio el libro y había intentado convencerse de que era una falsificación. El lugar donde todo había empezado.

—Yo —dijo— tengo una restauración pendiente en el ala este del palacio que lleva cuatro meses esperando porque el ala oeste lo interrumpió todo.

Weber se río. Era una risa breve, casi sorprendida, como la de alguien que no esperaba reírse en ese momento.

—Tiene usted un sentido muy sano de las prioridades —dijo.

—Soy restauradora —dijo Elena—. Mi trabajo es que las cosas no se pierdan. El libro ya está a salvo. Hay otras cosas que no lo están todavía.

Salieron juntos del laboratorio. Weber apagó la luz.

En el exterior, Coblenza tenía la frialdad brillante del febrero renano, ese frío seco que no pesa sino que aclara, que reduce el mundo a sus contornos más precisos. Elena caminó hacia el palacio Metternich, que seguía siendo el palacio Metternich con sus andamios y sus paredes a medio restaurar y el ala oeste con el nicho todavía visible detrás del muro que había cedido en octubre.

El hueco en el muro era ahora, técnicamente, el lugar más famoso de Coblenza.

Elena lo miró durante un momento antes de ponerse el casco y entrar a la obra.

Luego entró.

Había trabajo que hacer.

Capítulo 18

La vitrina y el escrutinio

Maguncia, septiembre de 2025

La vitrina costó cuatro meses de negociación entre el Museo Gutenberg, el fabricante suizo que la construyó y el Ministerio Federal de Cultura, que tenía criterios específicos sobre los niveles de iluminación, la composición del gas inerte del interior, el grosor del cristal antibalas y el sistema de alarma que se consideraban aceptables para un objeto de esa categoría patrimonial. Era una vitrina notable en términos técnicos: cristal de borosilicato de veintidós milímetros de espesor, atmósfera de argón al noventa y ocho por ciento, temperatura interior estable a dieciocho grados centígrados con una variación máxima permisible de medio grado, iluminación por LEDs de espectro fijo que no emitían radiación ultravioleta ni infrarroja. Era, en resumen, una vitrina más segura que la mayoría de los edificios donde se habían guardado los libros a lo largo de la historia, lo cual no era difícil de conseguir pero sí de costear.

Kern había insistido en un detalle que los técnicos del fabricante encontraron inusual: que la apertura de la vitrina fuera lo suficientemente amplia como para permitir el acceso directo al libro sin necesidad de desmontar el sistema completo. Los libros, había explicado Kern a los técnicos con la paciencia de quien ha tenido esa misma conversación demasiadas veces, no son solo objetos de contemplación. Son objetos de investigación. Y la investigación no termina cuando el libro entra en la vitrina.

Los técnicos lo aceptaron porque Kern pagaba la factura.

La inauguración de la exposición permanente tuvo lugar un martes de septiembre, con la asistencia del ministro federal de Cultura, el alcalde de Maguncia, los rectores de cuatro universidades, diecisiete embajadores acreditados ante el gobierno alemán que habían considerado que el acto merecía su presencia personal, y aproximadamente doscientas personas del mundo académico, periodístico y cultural que habían recibido invitación y que habían aceptado con la velocidad que indican que una invitación se considera irrechazable.

Elena asistió con el traje oscuro que guardaba para las ocasiones que lo requerían y con la incomodidad específica de quien sabe que va a estar en un lugar donde todo el mundo va a querer hablar con ella sobre algo que considera que ya ha dicho suficientemente.

Weber la recogió en el hotel con el coche del museo.

—¿Cómo estás? —preguntó Weber, cuando Elena subió al coche.

—Bien —dijo Elena—. Nerviosa.

—¿Por qué nerviosa? El trabajo ya está hecho.

—Por eso precisamente —dijo Elena—. Cuando el trabajo está hecho ya no hay nada que controlar. Solo hay que estar ahí y dejar que ocurra lo que tiene que ocurrir.

Weber la miró un momento con la expresión de quien entiende eso mejor de lo que le gustaría.

—Lo mismo me pasa a mí —dijo.

Llegaron al museo veinte minutos antes de que comenzara el acto. Adler y Lin estaban ya allí, juntos en el vestíbulo, con la actitud de los científicos en los actos protocolarios: completamente presentes en el espacio físico y parcialmente ausentes en todo lo demás, como si una parte de su atención siguiera dedicada a otra cosa más importante.

—¿Has visto a Ashworth? —preguntó Elena a Lin.

—Está en la sala principal —dijo Lin—. Con Kern. Discutiendo el panel explicativo.

—¿Discutiendo?

—Ashworth considera que una de las frases del panel es imprecisa. Kern considera que la precisión de Ashworth es excesiva para un texto destinado al público general. Los dos tienen razón, lo cual complica la resolución.

—¿Cuál es la frase?

—La que describe la inscripción como "firmada por Gutenberg". Ashworth quiere que diga "atribuida con alta probabilidad a Gutenberg sobre la base de convergencia de evidencias". Kern dice que eso no cabe en el espacio del panel.

Elena sonrió.

—Dile a Kern que proponga "de autoría verificada por análisis multidisciplinar" —dijo—. Son cinco palabras. Cabrá en el panel y satisfará a Ashworth.

Lin la miró.

—¿Cuándo te has convertido en diplomática?

—No soy diplomática —dijo Elena—. Soy restauradora. Aprendo a negociar los términos del trabajo con lo que hay disponible.

Fue a buscar a Ashworth.

Lo encontró, efectivamente, frente al panel explicativo que flanqueaba la vitrina principal, con Kern a su lado y la expresión de los dos hombres que ya había aprendido a leer: Kern con la paciencia del museógrafo que ha tenido esta conversación demasiadas veces con demasiados académicos, Ashworth con la inflexibilidad del hombre que no cede en los puntos que considera sustanciales.

—Nigel —dijo Elena.

Ashworth la miró.

—El panel dice "firmada por Gutenberg" —dijo, antes de que Elena pudiera añadir nada.

—Lo sé —dijo Elena—. ¿Qué tal "de autoría verificada por análisis multidisciplinar"?

Ashworth lo pensó durante dos segundos, que en él equivalían a una deliberación considerable.

—Es aceptable —dijo.

Kern exhaló.

—Gracias —le dijo a Elena, con el tono de quien acaba de ser rescatado de una situación que se prolongaba más de lo razonable.

—De nada —dijo Elena—. Tienen diez minutos antes de que empiece el acto.

El acto duró una hora y cuarto, que era quince minutos más de lo previsto, porque el ministro de Cultura tenía más cosas que decir sobre la importancia del hallazgo para la identidad cultural alemana de las que el protocolo había anticipado, y porque el alcalde de Maguncia, que hablaba después del ministro, consideró que sería descortés ser más breve que su predecesor en el podio. Elena escuchó los dos discursos con la atención que le permitía la incomodidad de los zapatos que había decidido ponerse y que a la media hora del acto ya le recordaban que la elegancia tiene un coste físico que el trabajo de restauración no prepara para asumir.

Kern habló el último, con la brevedad del hombre que trabaja en un museo y que sabe que los objetos son más elocuentes que los discursos sobre los objetos.

—El libro que hoy presentamos al público —dijo— ha esperado quinientos años para estar donde está. No parece necesario añadir mucho más a esa espera.

Era el mejor discurso de la noche.

Después del acto, cuando el ministro y los embajadores se habían marchado y la sala principal empezaba a vaciarse de los invitados que ya habían cumplido con el protocolo y se disponían a cumplir con el cóctel, Elena, Adler, Lin y Ashworth se acercaron juntos a la vitrina.

El libro estaba abierto en la segunda hoja de guarda, con la inscripción visible bajo la iluminación calibrada que Kern había diseñado para que fuera legible sin comprometer la conservación del pergamino. Las cuatro líneas latinas aparecían con la misma claridad con que Elena las había visto la primera vez bajo la lámpara de luz rasante en el laboratorio de Coblenza, pero con una dignidad añadida que no era de las letras sino del contexto: el mismo objeto, en el mismo estado, pero ahora en el lugar que le correspondía.

Hoc opus primum ex nova arte natum.

Konrado Humero, iuris perito et amico fidelissimo.

In memoriam perpetuam et gratitudinis signum.

Iohannes Gutenberg, Maguntiae, anno Domini MCDLXVII.

Los cuatro lo miraron en silencio durante un tiempo que nadie midió.

—¿Sabes lo que me pregunto? —dijo Adler.

—Di —dijo Elena.

—Qué habría pensado Humery si hubiera sabido que esto iba a estar aquí.

—Ya te lo dije una vez —dijo Elena—. Que el tiempo lo arregla todo.

—Tú dijiste que no todo.

—No todo —confirmó Elena—. Pero algunas cosas sí. Las que merecen arreglarse.

Era la misma conversación que habían tenido en el museo meses atrás, pero con el libro delante y con la vitrina y con la sala del Gutenberg Museum a su alrededor, la conversación tenía un peso diferente. Las mismas palabras en un contexto diferente son siempre, en alguna medida, palabras diferentes.

—¿Y Gutenberg? —preguntó Lin—. ¿Qué habría pensado Gutenberg?

Nadie respondió de inmediato.

Fue Ashworth quien habló primero, lo cual era, si uno pensaba en ello, lo menos esperado y lo más apropiado.

—Creo —dijo Ashworth, con la misma voz con que enunciaba cualquier conclusión, sin inflexión especial, sin dramatismo— que Gutenberg habría encontrado más interesante el sincrotrón que la vitrina. Un aparato que puede leer la composición de una tinta sin tocarla habría sido, para el hombre que pasó años buscando la fórmula exacta de la tinta de imprenta, una idea de una elegancia considerable.

Elena se rio. Era una risa genuina, el tipo que sale cuando algo sorprende agradablemente, y encontró que el sonido se propagaba de una manera que el espacio de la sala amplificaba ligeramente, como si la arquitectura del museo tuviera opinión sobre que alguien se riera allí.

—Probablemente también le habría interesado el algoritmo —dijo Lin.

—Probablemente —admitió Ashworth—. Aunque le habría señalado las limitaciones del corpus de referencia.

—Le habría señalado las limitaciones del corpus de referencia —confirmó Lin—. Y habría tenido razón.

—Como casi siempre —dijo Adler.

—Como casi siempre —repitió Ashworth, con algo que en otro hombre habría sido una sonrisa y que en él era el equivalente funcional de la misma cosa.

Se quedaron en silencio otro momento frente a la vitrina. Afuera, en la sala contigua, el cóctel seguía su curso con el ruido de fondo de las conversaciones múltiples que son la música inevitable de los actos institucionales. Dentro, en la sala principal, el libro esperaba con la indiferencia serena de los objetos que han terminado de esperar y que ahora simplemente están.

Weber se acercó a Elena desde el fondo de la sala.

—El ministro quiere saludarle antes de marcharse —dijo.

—Ahora voy —dijo Elena.

Weber asintió y volvió hacia el grupo del ministro. Elena miró la vitrina un momento más.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Lin.

—Como alguien que ha terminado una restauración —dijo Elena.

—¿Y cómo se siente eso?

Elena pensó en la pregunta con honestidad, porque era el tipo de pregunta que merecía una respuesta honesta aunque fuera más difícil de formular que una respuesta cómoda.

—Como cuando vuelves a ver algo que estaba roto y que ya no lo está —dijo—. No hay euforia. Hay algo más tranquilo. La satisfacción de que el objeto vuelve a ser lo que es, sin que tú tengas que hacer nada más para que lo sea.

—¿Y qué pasa cuando ya no tienes que hacer nada más?

—Que buscas el siguiente —dijo Elena.

Lin asintió, como si esa respuesta fuera exactamente la que esperaba.

Elena fue a saludar al ministro, que le estrechó la mano con la efusividad protocolaria de los ministros en los actos culturales y le dijo que el trabajo que había hecho era un orgullo para el mundo académico europeo, frase que Elena agradeció con la sonrisa correcta y que olvidó en el momento exacto en que el ministro se volvió hacia su siguiente interlocutor.

Luego volvió a la vitrina, porque todavía le quedaba un momento antes de que el cóctel reclamara su presencia, y porque había algo que quería hacer mientras la sala estuviera todavía suficientemente tranquila.

Se acercó hasta casi tocar el cristal. Lo suficientemente cerca para ver la inscripción con la misma claridad con que la había visto la primera vez, en el laboratorio de Coblenza, con la lámpara de luz rasante y las manos que le temblaban ligeramente.

Las manos no le temblaban ahora.

Leyó las cuatro líneas en silencio. Las mismas cuatro líneas de siempre. Las mismas que habían cambiado, según el Financial Times y Le Monde y El País y doscientos artículos académicos publicados en los últimos meses, la comprensión que el mundo tenía de uno de los inventos más importantes de la historia humana.

Cuatro líneas. El mismo espacio en que Gutenberg había decidido que cabía todo lo que necesitaba decir.

Era, pensó Elena, exactamente la clase de economía que uno esperaría del hombre que había entendido, antes que casi nadie, que el valor de la imprenta no estaba en el volumen de las palabras sino en la precisión con que podían reproducirse y transmitirse.

Cuatro líneas. Y habían tardado quinientos años en llegar a donde tenían que llegar.

Elena dio un paso atrás.

El libro seguía siendo el mismo libro. La vitrina seguía siendo la vitrina. La sala del museo seguía teniendo la temperatura controlada y la humedad calibrada y la iluminación que no emitía ultravioleta ni infrarrojo.

Todo estaba en su lugar.

Era suficiente.

Epílogo

El eco de la tinta

Coblenza, enero de 2026

El ala este del palacio Metternich quedó terminada en diciembre, con tres semanas de retraso sobre el calendario original, lo que Brenner consideró un resultado aceptable dado que el hallazgo del ala oeste había consumido cuatro meses de atención institucional y presupuestaria que el proyecto no tenía previsto absorber. Elena firmó el acta de recepción de los trabajos el último día hábil del año, en una ceremonia breve que consistió en caminar por los corredores restaurados con Brenner y con el representante del consorcio inmobiliario, comprobar que todo estaba donde tenía que estar, y firmar tres copias de un documento que certificaba que el palacio Metternich estaba en condiciones de continuar su conversión en hotel de lujo.

El abogado Hartmann había resuelto la disputa patrimonial en noviembre, con un acuerdo entre el consorcio inmobiliario y el Ministerio

Federal de Cultura que Elena no conocía en todos sus detalles pero cuyo resultado general era que el libro permanecía en custodia del Museo Gutenberg de Maguncia indefinidamente, a cambio de una compensación económica que el consorcio había aceptado con la actitud de quien sabe que un acuerdo razonable es siempre mejor que un litigio largo.

El palacio iba a ser un hotel. El libro iba a ser del mundo.

Las dos cosas podían coexistir, que era la conclusión más pragmática y probablemente más honesta a la que el derecho patrimonial alemán había llegado en los últimos cien años.

Elena volvió a Coblenza en enero para recoger los últimos materiales que había dejado en el laboratorio del museo durante los meses de la investigación. No era mucho: el cuaderno de campo original con las anotaciones del día del hallazgo, la cámara que había usado para las primeras fotografías del nicho, algunos informes preliminares impresos que ya existían en versión digital pero que ella conservaba en papel por el hábito de los restauradores que desconfían de los soportes que dependen de la electricidad para ser leídos.

Weber la recibió en su despacho con el café de siempre y con la actitud de siempre, aunque con algo diferente en el tono que Elena tardó un momento en identificar: una relajación nueva, como la de un hombre que ha vivido bajo una presión que ya no existe y que todavía está aprendiendo lo que significa moverse sin ese peso.

—¿Cómo está el museo? —preguntó Elena.

—Lleno —dijo Weber—. Desde que abrió la exposición en septiembre, la lista de espera para la visita guiada a la sala principal tiene tres meses de anticipación. Hemos tenido que contratar dos guías adicionales y rediseñar el recorrido para gestionar el flujo de visitantes. —Hizo una pausa—. No me quejo.

—No tiene motivo para quejarse.

—No —admitió Weber—. Aunque hay días en que la cantidad de gente que viene a ver el libro me produce una sensación extraña. Como si el libro ya no fuera del todo nuestro.

—Nunca fue nuestro —dijo Elena.

—Lo sé. —Weber bebió un sorbo de café—. Pero había algo en los meses en que lo teníamos en el laboratorio, cuando éramos solo nosotros cuatro con el libro y las preguntas, que era diferente de esto. Más íntimo.

—Era una investigación —dijo Elena—. Las investigaciones son íntimas. Las exposiciones son públicas. Son cosas distintas.

—Sí —dijo Weber—. Aunque las dos son necesarias.

Elena asintió. Era la conclusión correcta, aunque tomara tiempo llegar a ella.

Antes de marcharse del museo pasó por la sala principal. Era un martes por la mañana y había ya una cola de treinta personas esperando para entrar, con esa mezcla de paciencia y expectación que tienen las colas en los lugares donde la gente sabe que lo que va a ver merece la espera. Elena entró por la puerta lateral que los empleados usaban, sin hacer cola, con el pase de identificación que Kern le había enviado el mes anterior con una nota que decía simplemente: *Para cuando quieras volver.*

Se acercó a la vitrina.

Había un hombre de unos sesenta años mirando el libro con la concentración de quien está leyendo algo en un idioma que conoce pero que no practica con frecuencia. Tenía el gesto de quien mueve los labios ligeramente mientras lee, sin darse cuenta, que es el gesto de los lectores genuinos cuando el texto les importa lo suficiente como para pronunciarlo mentalmente.

Leyó las cuatro líneas. Se quedó quieto un momento. Luego sacó el teléfono y fotografió la vitrina con el cuidado de quien quiere que la fotografía salga bien, ajustando el ángulo para evitar el reflejo del cristal.

Elena lo observó desde el lado opuesto de la vitrina, sin decir nada.

El hombre guardó el teléfono, miró el libro una vez más, y se alejó hacia el resto de la exposición con el paso de quien ha visto lo que venía a ver y que lleva consigo una imagen que le va a durar un tiempo.

Elena se quedó sola frente a la vitrina.

Pensó en Adler, que había vuelto a Bonn y que le había mandado la semana anterior el borrador de un artículo sobre el uso de la fluorescencia de rayos X en sincrotrón para el análisis elemental de tintas de incunables. Era un artículo técnico, riguroso, con dieciséis páginas de datos y tres páginas de conclusiones. En las tres páginas de conclusiones no aparecía ninguna vez la palabra Gutenberg. El artículo era sobre la metodología, no sobre el objeto. Era, en ese sentido, más parecido al espíritu del trabajo científico que la mayoría de los artículos que se habían publicado sobre el libro en los últimos meses.

Pensó en Lin, que había vuelto al MIT y que le había mandado un correo dos semanas atrás diciendo que el algoritmo de análisis paleográfico que habían usado en la inscripción estaba siendo adaptado para su aplicación a doscientos treinta manuscritos medievales sin catalogar en archivos de Francia, Bélgica y los Países Bajos. El correo incluía un enlace a una interfaz de acceso abierto donde cualquier investigador con credenciales universitarias podía subir imágenes de manuscritos y recibir un análisis preliminar automatizado. El sistema había recibido en sus primeras dos semanas de funcionamiento setecientas cuarenta y dos solicitudes de análisis de diecinueve países diferentes.

Pensó en Ashworth, que le había enviado el mes anterior las galeradas del artículo que había escrito con Lin sobre el uso de la inteligencia artificial en la paleografía. Era un texto extraordinariamente equilibrado: reconocía las capacidades del método, señalaba sus limitaciones con la precisión de siempre, y terminaba con una frase que Elena había leído tres veces antes de decidir que era la conclusión correcta: *El instrumento no reemplaza al juicio. Lo obliga a ser más preciso sobre lo que el juicio puede y no puede hacer.* Era, pensó Elena, lo más parecido a una reconciliación con la tecnología que Ashworth iba a escribir nunca, y era suficiente.

Pensó en el libro de Lorsch, el manuscrito carolingio que Ashworth había autenticado por error treinta años atrás y que seguía en una caja en el rincón más oscuro de su despacho en Oxford. Se preguntó si Ashworth lo había vuelto a abrir después de su conversación con James el doctorando. Probablemente no. Probablemente la caja seguía donde estaba, con la etiqueta escrita a mano con la letra de treinta años atrás. Algunos errores no se cierran. Se aprende a vivir junto a ellos, que es diferente.

Pensó en Konrad Humery, que había guardado un libro durante once años sin decirle a su hijo lo que guardaba, y que había muerto con ese secreto tan bien custodiado que la generación siguiente ni siquiera supo que existía.

Pensó en Fray Anastase Lorie, que había cargado el libro al hombro durante dos jornadas de camino sin saber lo que cargaba, y cuya ignorancia había resultado ser, paradójicamente, la protección más eficaz que el libro había tenido en siglos.

Pensó en el Comandante Henrie Lemesurier, que había clasificado el libro como copia menor sin valor artístico y cuyo error había salvado el libro del Louvre.

Pensó en Conrad Alexander McLockey, que había descubierto las cuatro líneas en latín en septiembre de 1842 y que había tomado la decisión de sellarlas en un muro porque tenía miedo y no tenía herederos y porque a veces el miedo y la soledad producen accidentalmente los mejores resultados.

Todos esos hombres habían actuado sobre el libro sin entenderlo del todo. Y cada uno de esos actos parcialmente ciegos había contribuido, de alguna manera que ninguno de ellos podía prever, a que el libro llegara donde tenía que llegar.

Era una forma de colaboración involuntaria que cruzaba siglos, que no requería coordinación y que producía resultados que ninguno de sus participantes había planeado. Era, pensó Elena, la manera en que funciona la historia cuando no está siendo dirigida por nadie: con errores que resultan ser aciertos, con silencios que resultan ser protecciones, con miedos que resultan ser, a escala de siglos, una forma de cuidado.

La cola de visitantes había avanzado y ahora había otras tres personas frente a la vitrina, mirando el libro con la concentración silenciosa que los objetos verdaderamente importantes producen en la gente que ha esperado para verlos. Elena se apartó para dejarles espacio.

Salió de la sala por la puerta lateral, devolvió el pase de identificación en la recepción y salió al frío de enero en Maguncia, que era el mismo frío de siempre pero que esa mañana tenía la claridad específica de los días de invierno en el Rin cuando el cielo está despejado y la luz viene de un ángulo bajo y hace que todo parezca más nítido de lo habitual, como si el mundo hubiera decidido mostrarse sin ambigüedades.

Caminó hasta la estación. En el andén, mientras esperaba el tren a Coblenza, sacó el cuaderno de campo del bolso: no el de la investigación, que estaba en el laboratorio del museo esperando a que viniera a recogerlo, sino el cuaderno nuevo que había empezado en octubre, cuando el ala este del palacio volvió a requerir su atención. Las primeras páginas estaban llenas de las anotaciones habituales: estado de los materiales, registro de intervenciones, notas sobre el comportamiento del yeso en la zona norte del corredor.

La última anotación era de esa mañana, escrita antes de entrar al museo: *Visita final. Recoger materiales. Cerrar.*

Debajo de esa línea Elena escribió, porque era su costumbre anotar lo que le parecía importante y porque esto le parecía importante: *El libro está donde tiene que estar. La investigación continúa. Hay otros libros esperando.*

Cerró el cuaderno.

El tren llegó con el puntual retraso del ferrocarril regional alemán, que es más puntual que el de cualquier otro país de Europa pero que tiene su propio margen de variación que los usuarios aprenden a incorporar a sus cálculos. Elena subió, encontró un asiento junto a la ventana, y dejó el cuaderno sobre la mesa frente a ella.

Mientras el tren salía de la estación de Maguncia y empezaba a ganar velocidad hacia el norte, Elena miró el paisaje del Rin en enero: el río ancho y oscuro, los viñedos desnudos en las laderas, los pueblos pequeños con sus iglesias de torre cuadrada que llevaban allí desde antes de que Gutenberg naciera y que seguirían allí cuando el libro de Humery llevara otros quinientos años en la vitrina del museo.

El Rin en enero es siempre el mismo Rin. Y es siempre diferente.

Elena abrió el cuaderno en una página en blanco y escribió en la parte superior, sin fecha todavía, la primera línea de las notas para el próximo trabajo:

Palacio Metternich. Ala norte. Estado de las cimentaciones.

Luego miró por la ventana el río que pasaba.

La historia, como el conocimiento que Gutenberg había ayudado a multiplicar, no termina. Se corrige, se amplía, se matiza, incorpora lo que encuentra y sigue moviéndose hacia delante con la indiferencia productiva de los procesos que no necesitan que nadie los dirija para funcionar.

Lo que Elena Vancea había encontrado en el nicho de un muro de Coblenza en octubre de 2024 era una corrección. Una de las muchas que la historia se hace a sí misma, en todos los archivos y laboratorios y salas de restauración del mundo, cada vez que alguien tiene la paciencia de mirar donde nadie ha mirado antes y la honestidad de decir lo que ve aunque no sea lo que esperaba encontrar.

El tren llegó a Coblenza.

Elena bajó con el cuaderno bajo el brazo y caminó hacia el palacio Metternich, donde el ala norte esperaba con sus cimentaciones y sus grietas y sus siglos acumulados, lista para que alguien hiciera las preguntas correctas.

Era su trabajo. Lo hacía bien.

Era suficiente.